

Grupo Editorial Portal

Un canalla para la ESTRELLA

HERMANOS CLARK

JÉSSICA MACEDO

AUTOR BESTSELLER DE AMAZON

JÉSSICA MACEDO

Un canalla para la ESTRELLA

HERMANOS CLARK

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 por Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y página central

Jéssica Macedo

Preparación

Aline Damasceno

Corrección

Gabriel Marquezini

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que realmente existen o existieron en algún momento de

la historia para ambientar la obra. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno

Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)



ADAN

CAPÍTULO

Uno

Abrí la puerta que daba al balcón de la habitación y me apoyé en la baranda, observando a lo lejos la hermosa construcción de la ciudad de piedra en lo alto de la montaña. Era temprano por la mañana y el sol apenas comenzaba a salir, revelando poco a poco los árboles y colinas que rodeaban mi hotel. La brisa fresca se deslizaba entre las hojas hasta rozar mi rostro.

Sentí un beso en la nuca, sin embargo, me mantuve inmóvil mientras una mano delicada bajaba por mi abdomen hasta tocarme la verga.

—Vuelve a la cama, guapo.

—No. —Aparté su mano.

—Ven. —Mordisqueó mi oreja, provocándome un leve escalofrío—. Puedo ser tuya toda la mañana.

—Pero no puedo quedarme en la cama toda la mañana. Tengo que trabajar y creo que lo mejor es que te vayas, antes de que mi hijo te vea.

—¿Tienes un hijo? —Frunció levemente sus cejas rubias.

—Sí —respondí con sequedad, esquivándola y entrando en la habitación.

Recogí mi ropa interior y la bermuda que estaban tiradas en el suelo y me vestí.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Eso no te incumbe. —Mantuve un tono frío y distante, haciéndola tragar saliva.

Abrí mi billetera y saqué algunos billetes de cien dólares, colocándolos sobre el sostén de la mujer, cuyo nombre ni siquiera recordaba. Si es que alguna vez lo dijo, no le presté atención.

—¿Para qué es ese dinero? —Abrió aún más sus grandes ojos verdes.

—Para ti. Por la noche que pasamos juntos.

—Nos conocimos en una fiesta, no soy una puta, no tienes que pagarme por sexo. Me divertí mucho anoche.

—Me gusta dejar los límites bien definidos en mis relaciones. Acepta el dinero.

Negó con la cabeza, pero se vistió y terminó guardando los billetes en su bolso de mano. Caminó hasta la puerta, aunque se detuvo y se dio vuelta para mirarme de nuevo.

—¿Nos volveremos a ver? —Había una expresión ingenua de esperanza en sus ojos.

—Es muy probable que no.

—Qué lástima. La noche fue realmente buena. —No ocultó su decepción, pero mantuvo la compostura antes de saludarme con la mano y salir de mi habitación.

El sexo era solo sexo. Me aseguraba de dejar eso bien claro con cualquier mujer con la que me relacionara. No sería tan estúpido de volver a involucrarme demasiado y terminar decepcionado. Yo tendría placer, y ellas, mi dinero.



—¡Señor! —Me detuvo un empleado mientras caminaba por el pasillo del hotel.

—¿Sí?

—Tenemos un nuevo blend que nos gustaría que probara.

—Está bien, iré a la destilería más tarde.

—¡Perfecto!

—¿El destilado de ayer ya fue puesto en los barriles de cerezo?

—Sí, señor.

—¡Ok!

—¡Papá!

Me giré justo a tiempo para ver a mi hijo corriendo hacia mí con los brazos abiertos. Estaba sosteniendo una hoja y saltó a mis brazos apenas le di espacio.

—¿Qué haces, Bryan?

—La abuela me llevó a dibujar allá cerca de la fogata.

—¿Por eso tienes los dedos sucios de crayón?

—¡Sí! —Asintió y escondió el rostro en mi pecho.

—Después ve a lavarte bien las manos antes de ir a almorzar.

—Siempre me las lavo.

—Ajá… Te conozco bien, pillín. Ahora muéstrame qué hiciste.

—¡Esto! —Me mostró el dibujo con muñecos que supuestamente nos representaban a mí, a él y a su mamá, además de lo que parecía ser un perro.

—¿Ese es Max?

Bryan asintió y me miró de reojo, como si la pregunta fuera tan obvia que le parecía un insulto que la hiciera.

—¿Puedo pegarlo en la pared de mi cuarto?

—En ese marco que compré, ¿está bien? —Lo bajé al suelo y acaricié su cabello rubio y lacio.

—Sí, ya tengo hasta las chinchetas.

—Ten cuidado de no lastimarte.

—Ya soy grande, papá.

—No, no lo eres. —Comparé su altura con mi cintura. Todavía le faltaban varios centímetros para llegarme a la cadera, aunque estaba creciendo muy rápido—. Ahora ve con la abuela para que puedas lavarte las manos e ir a almorzar.

—¿No vienes con nosotros?

—Tengo que resolver unas cosas del hotel, pero esta noche prometo que podemos derretir malvaviscos en la fogata y te cuento algunas historias.

—¡Yupi! —Dio algunos saltitos, arrugando la hoja que tenía en la mano.

—¿Todo bien, hijo? —Mi madre, que hasta ese momento solo nos observaba desde el pasillo, se acercó y puso ambas manos sobre los hombros de Bryan.

—Sí, el equipo de filmación llega a inicios del mes que viene y necesito que todo esté listo para entonces. Los próximos meses van a ser muy ajetreados aquí en el hotel.

—Será una buena temporada. —Sonrió.

—Eso espero. Ahora por favor lleva a Bryan a almorzar. —Me agaché para ponerme a la altura de los ojos de mi hijo—. Nada de

dejar el brócoli ni la zanahoria en la esquina del plato, ¿me oíste?

—Pero el brócoli no tiene gusto a nada, papá. —Cruzó los brazos e hizo un puchero.

—Mejor aún. Así es más fácil de comer. Imagínate si tuviera un sabor horrible.

—¡Oh, papá!

—Sin quejarse. —Le despeiné el pelo lacio que le caía sobre los ojos—. Procura comértelo todo, si no, no habrá nada de malvaviscos esta noche.

—Está bien. —Finalmente asintió y siguió a mi madre hacia la cocina del hotel.

Después de todos los giros que había dado mi vida en los últimos años, ese niño de seis años era mi ancla a la cordura. Mi razón para seguir trabajando y salir adelante. No había nada que amara más en el mundo que a mi hijo.



DAPHNE

CAPÍTULO

Dos

Vi a mi madre derramar lágrimas de emoción y alegría mientras mis hermanos intercambiaban anillos y votos con sus esposas, frente a todos los invitados reunidos en el jardín de la mansión Clark.

Nunca imaginé que los gemelos llegarían a vivir algo así. Dean y Dylan siempre llevaban con orgullo el título de solteros empedernidos. Sin embargo, dos mujeres lograron hacerlos caer de lleno y dejarlos completamente enamorados.

Pensaba que sería la única que llegaría a casarse, pero me sentía muy feliz por ellos.

Cuando terminó la ceremonia y cortaron el pastel con sus esposas, los vi acercarse entre ellos y no pude evitar aproximarme también, curiosa, como cuando era niña. Tal vez por ser gemelos, Dylan y Dean eran inseparables, y a veces sentía que me dejaban fuera.

—¡Esto no es justo! —Me metí entre los dos y crucé los brazos, haciendo una mueca.

—¿Qué pasa, hermanita? —se burló Dylan con su tono sarcástico habitual.

—Ustedes dos eran unos solteros convencidos, decían que nunca se casarían y mírenlos ahora. En cambio yo, la única que siempre quiso casarse, sigo soltera —admití, porque en el fondo me molestaba un poco.

—Solo tienes que encontrar a alguien —Dylan se hacía el gracioso. Le encantaba provocarme, lo hacía desde que éramos niños.

—Como si fuera tan fácil. Cuando no están casados, los hombres en Hollywood pueden ser peores que ustedes dos juntos.

A veces sentía que Hollywood era aún peor que Miami. El lujo y el glamour estaban por encima de cualquier vínculo real. Todos los novios que tuve buscaban usar mi fama para impulsarse ellos mismos.

—Tranquila, hermana —Dylan me abrazó por los hombros y me dio un apretón—. Tu momento va a llegar.

—Eso espero. —Respiré hondo—. No quiero ser solo una tía.

—Sé que vas a ser una tía genial —Dean intentó animarme.

—¡Claro! ¡La mejor de todas! Y considerando que voy a ser la única tía que tu hija va a tener, ya que Angel[1] no tiene hermanas...

—Eso no le quita mérito. —Se encogió de hombros.

—Gracias. —Le di un beso en la mejilla a mi hermano y ambos me abrazaron, aplastándome entre sus pechos anchos.

—¡Hora de lanzar el ramo! —gritó la madrina de Angel, reuniendo al resto de las mujeres solteras de la fiesta detrás de las novias, quienes estaban en un área construida sobre la piscina cubierta, para que la gente pudiera caminar por encima sin correr el riesgo de caer al agua.

—¡Ve! —Dean me empujó un poco—. Atrapa el ramo.

—No creo en esas cosas. —Puse cara de fastidio.

—Creo que deberías intentarlo —insistió Dylan. No sabía si hablaban en serio o si solo estaban molestando.

—Prefiero confiar en el poder de nuestra madre. —La señalé con el mentón en su dirección.

—Sí, ella es buena con esas cosas. —Dean esbozó una sonrisa incómoda.

Todavía cerca de mis hermanos, observé a las invitadas reunirse para atrapar el ramo. Con dos novias, las probabilidades aumentaban. Algunas ya rozaban la histeria, y pensé que en cualquier momento comenzarían a gritar como fanáticas.

Caroline y Angel se pusieron una al lado de la otra y se prepararon para lanzar los ramos. Hicieron una cuenta regresiva y los lanzaron hacia atrás. Las mujeres se movieron detrás de ellas intentando atraparlos, pero los ramos salieron rectos y regresaron a

las manos de las novias. Caroline y Angel rieron antes de darse vuelta hacia nosotras y correr en nuestra dirección.

Pensé que irían hacia sus esposos, pero en lugar de eso, rodearon mi cuello y me abrazaron.

—¡Para ti! —Me entregaron los ramos.

—¡Gracias! —Me puse completamente incómoda. No esperaba que me los dieran a mí.

—¡Ojalá encuentres a alguien especial! —La sonrisa de Angel fue contagiosa.

Suspiré y le devolví el abrazo.

Era curioso pensar que mis hermanos no solo habían sumado esposas a la familia. Siempre me sentí un poco sola por lo cercanos que eran ellos entre sí, y por el hecho de que fueran hombres. Pero con su matrimonio, sentía como si me hubieran regalado hermanas. Sobre todo con Caroline, mi relación con ella se había vuelto muy fuerte durante su falso compromiso. Tenía claro que ella era perfecta para Dylan, igual que Angel lo era para Dean.

—¡Ven, vamos a tomar fotos! —La organizadora me tomó del brazo y me arrastró frente a uno de los fotógrafos.

Solo esperaba que ninguna de esas fotos mías sosteniendo los dos ramos terminara en algún medio de comunicación. Lo último que necesitaba era una nota llamándome solterona.



Estaba en la suite de mi habitación, quitándome el maquillaje con una toallita, cuando escuché que golpeaban la puerta.

—¿Daph?

—¿Mamá?

—¿Puedo entrar?

—Sí. La puerta está abierta.

Entró en la habitación y, con los brazos cruzados, se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Estás bien, querida? —Me miró de arriba abajo sin ningún pudor en ocultar que me estaba analizando. Mi madre hacía eso todo el tiempo.

—Sí, lo estoy. —Sonreí mientras tiraba la toallita usada y la reemplazaba por una limpia para quitar cualquier residuo que me hubiera quedado en el rostro.

—Parecías algo triste.

—No, mamá, estoy bien. Muy feliz por Dean y Dylan.

—Todos lo estamos. Pero ¿y tú?

—¿Qué pasa conmigo? —Fruncí el ceño.

—¿Cómo te sientes con todo esto?

—Ya te dije, mamá. Estoy feliz.

Terminé de limpiarme el rostro y la miré. No entendía bien adónde quería llegar con esa conversación. No cabía en mí otro sentimiento más que una profunda felicidad por la boda y la alegría de mis hermanos.

—¿Y ese novio tuyo?

—¿Qué novio? —Pasé junto a ella y me senté en la cama.

—El que me presentaste el año pasado.

—¡Ah! —Torcí los labios al recordar al último hombre con quien estuve más en serio, solo para terminar sumamente decepcionada—. Solo estaba conmigo porque quería que lo recomendara para un papel. Terminó conmigo apenas firmó contrato con los productores.

—¡Ay, querida, lo siento mucho! —Se sentó a mi lado y me acarició el rostro—. Eres tan bonita.

—Lo sé, mamá. Necesito serlo. —Me reí al recordar que esa era mi carta de presentación en Hollywood. Los mejores papeles siempre se los daban a los rostros más atractivos.

Se levantó y caminó por la habitación hasta encontrar algunos documentos de mi próxima película, que estaban sobre el escritorio.

—Hmm... ¿y este chico? —Sacó una foto de entre los papeles.

—¡Deja eso ahí, doña Laura! —Reí por su terquedad en encontrarme al hombre ideal. Mi madre nunca se había empeñado tanto en buscarme novio, pero ahora que Dylan y Dean se habían casado, todos sus esfuerzos iban a centrarse en su única hija soltera.

—Es guapo.

—Sí, muy guapo.

—¿Cuántos años tiene? ¿Va a trabajar contigo en la próxima película?

—¿Esto se volvió un interrogatorio ahora? —Crucé los brazos, dándole una mirada ladeada.

Mi madre torció los labios y alzó la nariz. Conocía bien esa expresión suya, era señal de que no me dejaría tranquila hasta que respondiera todas sus preguntas.

—Se llama Jake Montagu. Tiene treinta y tantos, probablemente la misma edad que mis hermanos. Es inglés, y según los medios de comunicación hasta tiene título de duque. Ya actuamos juntos antes de esta película que vamos a hacer ahora, y nos hicimos amigos. Pero, antes de que te emociones, está muy bien casado.

—¡Oh! —Hizo un puchero y volvió a dejar la foto en su sitio—. Qué lástima. Pero está el hijo de una amiga mía del bingo...

—¡Mamá, no! No hace falta que me consigas desesperadamente un pretendiente solo porque Dylan y Dean se casaron. Espera, todo va a suceder cuando tenga que suceder.

—Ay, es que te noto tan bajita de ánimo.

—Estoy feliz, mamá. En serio. Si voy a tener un marido, déjame elegirlo a mí.

—Pero si quieres ir conmigo a la iglesia, allá hay unos muchachos...

—¡Doña Laura, basta!

—¡Okay! —Tragó saliva—. Si cambias de idea, solo dime.

—Está bien. —Le sonreí antes de que por fin saliera de mi habitación, dejándome aliviada.

Sí, quería vivir un gran amor, pero esperaba que el destino lo pusiera en mi camino, tal como lo hizo con Dylan y Caroline.



ADAN

CAPÍTULO

Tres

—Entonces el globo con el niño y el perro llegó al cielo. Joseph sintió que podía tocar las estrellas, que eran amarillas y brillaban mucho.

—¿Un perro como Max? —Bryan acarició la cabeza de nuestro perro, que estaba echado a nuestros pies.

—No. Era más grande y tenía muchas manchas de colores.

—Pero Max ya es enorme, papá. ¿Hay perros más grandes?

—En la historia, sí. —Me reí cuando nuestro labrador dorado ladró, como si estuviera participando en el cuento que le contaba a mi hijo—. En la historia, todo puede tener el tamaño de nuestra

imaginación. —Lo acomodé mejor en mi pecho, porque noté que ya empezaba a adormilarse.

—Entonces tu imaginación es bien grande, ¿no, papá?

—Tan grande como mi amor por ti. —Le besé la coronilla y Bryan cerró los ojos, dejando que el resto de su malvavisco cayera al suelo.

Max corrió y lo devoró antes de que pudiera alcanzarlo. *¡Perro listo!*

Tomé a mi hijo en brazos y lo llevé hasta nuestro chalet, que estaba en la cima de la montaña con una hermosa vista hacia la ciudad de piedra, un lugar que atraía a miles de turistas de todo el mundo al estado de Tennessee.

Hacía unos quince años que había construido ese hotel con parte de las ganancias de la destilería que pertenecía a mi familia desde hacía generaciones, lo cual solo había multiplicado mi fortuna hasta cifras casi incalculables.

Mi bisabuelo, James Watson, había llegado desde Escocia más de cien años atrás y fundó en el interior de Tennessee una destilería dedicada a la producción de whisky. Con los años, el Ruby Watson se convirtió en una de las marcas más reconocidas de Estados Unidos y del mundo, compitiendo con otras de igual peso. Un imperio que heredé, mantuve y que, eventualmente, pasará a manos de Bryan cuando sea mayor.

El dinero era bueno, pero a veces traía consigo heridas difíciles de curar. Bryan era, sin lugar a dudas, lo mejor que me había pasado en la vida. Amaba a ese pequeño más que a mí mismo, aunque no podía decir lo mismo de su madre. La vida me enseñó muchas cosas, entre ellas a no ser ingenuo.

Conocí a Janeth en una feria de bebidas en Texas; era la mujer más encantadora que había visto en mi vida. Estaba trabajando en el stand de una distribuidora y la vi mientras cerraba un negocio con el dueño. Su cabello rubio, su sonrisa amable… era una trampa perfecta.

Me involucré, me enamoré, y cuando quise darme cuenta, ya estaba en el altar con una mujer embarazada. Pero los cuentos de hadas solo existen en los libros, y la vida está muy lejos de tener finales felices. Un año después del matrimonio, todo se estaba viniendo abajo. Ella no trabajaba, pero parecía que tampoco tenía tiempo para Bryan. Solo quería más y más de mi dinero. Nuestra relación ya estaba destruida, hasta que la sorprendí siéndome infiel.

Al día siguiente, se cumplirían exactamente seis años desde que se fue, llevándose consigo más de dos millones de dólares que robó del cofre del hotel. Bryan era apenas un bebé cuando ella nos dejó. Con seis años, él ni siquiera la recordaba.

Acomodé a mi hijo en su cama y le subí la manta hasta los hombros, luego le di un beso en la frente y me alejé.

Después de lo que viví con Janeth, no permitiría que ninguna mujer volviera a hacerme quedar como un idiota. Yo buscaba placer, ellas buscaban dinero, y dejaba eso muy claro desde el principio en cada una de mis relaciones, para evitar malos entendidos. No quería, ni permitiría, que otra mujer volviera a entrar en mi corazón.



Cuatro

Una semana después...

La grabación de mi nueva película comenzaría en dos días, pero necesitaba estar allí en ese momento. Era el primer show de mi hermano después de su boda, y toda la familia quiso estar presente. Estábamos en el palco VIP y los fans que pagaron para estar allí se tomaron fotos conmigo y con Dean, además de pedirnos autógrafos. Era curioso que, por ser gemelos, las fans veían a Dean y Dylan casi como si fueran la misma persona, y se desesperaban al estar cerca de Dean.

—No sé cómo soportan todo esto. —Angel acomodó la falda de su vestido sobre su vientre, que estaba cada vez más grande.

—Con el tiempo, te acostumbras. Son mucho mejores que los paparazis.

—Ay, esos sí que son insoportables. No sé cómo, pero mi ecografía apareció en una de esas revistas y ya están haciendo apuestas sobre cómo se va a llamar mi bebé. ¿No tienen temas más útiles para hablar?

Me reí al ver la expresión en su rostro.

—Yo también me lo pregunto, pero parece que no, o quizás es el público el que prefiere saber sobre los detalles de nuestras vidas antes que cosas importantes.

—¡Metiches!

Solté una carcajada al ver la mueca que hizo.

—¡Va a empezar el show! —Mi madre prácticamente se colgó del vidrio.

Las luces bajaron y los gritos aumentaron. Dylan apareció en el escenario y el nivel de histeria se disparó. Empezó con la primera canción, tocando las manos de las fans que estaban más cerca.

Después de esa canción, Dylan fue a los bastidores y sacó al escenario a Caroline, que venía completamente avergonzada. La colocó en el centro del escenario, regresó a buscar un ramo de rosas rojas y se lo entregó.

—Ciudad de Dallas, ¿ya conocen a mi musa? Mi esposa, Caroline.

Caroline estaba toda nerviosa en el escenario, mientras él le hacía una declaración de amor delante de todos. Sentí que hasta se me humedecían los ojos, jamás imaginé que Dylan fuera capaz de algo así.

—*I'm yours, baby.* —Le guiñó un ojo antes de empezar a cantar la canción que había escrito para Caroline mientras estuvo encerrado en casa durante el paso del último huracán.

Angel se apoyó en el pecho de Dean mientras suspiraba.

Yo estaba muy feliz por el amor que ellos estaban viviendo, de verdad lo estaba, pero inevitablemente no podía evitar desear vivir un amor así también. Conocer a un hombre que me mirara con la misma intensidad con la que Dylan miraba a Caroline o Dean a Angel.

Tal vez era momento de aceptar alguna de las sugerencias de mi madre. Tal vez el hijo de alguna de sus amigas del bingo fuera más interesante y menos interesado que los actores solteros de Hollywood con los que solía involucrarme.

Negué con la cabeza. No debía pensar en eso ahora. Estaba a punto de empezar una nueva película y la búsqueda de un compañero sentimental podía esperar.



Dos días después...

Llegué al aeropuerto de *Chattanooga*, en Tennessee, al final de la tarde. Había algunos fans que se enteraron de mi llegada para el rodaje de la película y me esperaban en la zona de desembarque, pero no fue nada caótico. Posé para algunas fotos y firmé autógrafos antes de seguir con el equipo de producción que había venido a buscarme.

Fuimos en una van hasta el hotel donde nos hospedaríamos durante las grabaciones de las escenas en la ciudad de piedra, que serían filmadas en un parque en las montañas Lookout, un lugar lleno de cuevas y jardines de piedra en lo alto de las montañas. La película que íbamos a grabar mezclaba suspenso y romance, y ese escenario era más que perfecto.

Aunque nací y pasé la mayor parte de mi vida en Estados Unidos, esa era una parte del país que nunca había conocido. Los paisajes que veía por la ventana de la van estaban compuestos por árboles y montañas al fondo, completamente distintos a lo que estaba acostumbrada a ver en Miami.

Llegamos al hotel y parecía estar compuesto por varios chalets, que eran como casas de piedra. Fuimos directo al principal y más grande, donde se encontraba la recepción y probablemente los salones comunes. La recepción tenía un estilo rústico, con una hermosa lámpara de cristal, y la sensación que me dio fue la de entrar a una casa del siglo pasado, aunque extrañamente acogedora y lujosa.

La recepcionista estaba revisando unos papeles y tardó un poco en darse cuenta de que yo y Elizabeth, la productora, ya habíamos llegado.

—¿En qué puedo ayudarlas? —Levantó la cabeza para mirarnos, aunque en realidad parecía seguir contando los papeles que tenía entre los dedos.

—Necesitamos la llave del cuarto de Daphne Clark.

—¿Quién? —Frunció los ojos.

—Daphne Clark —repetí mi nombre para ella.

—¡Ah, sí! La estrella. —Sonrió mientras me extendía una tarjeta magnética con un llavero de madera en la punta.

—Gracias.

—Para llegar al chalet, solo tienes que seguir el sendero hacia la izquierda. Es el segundo a la derecha.

—Muchas gracias. —Sonreí al tomar la llave entre los dedos.

—Bienvenida al *Ruby Park Palace Hotel.*

—Gracias.

—Tus maletas ya deben estar en la puerta —avisó Elizabeth mientras salía de la recepción y seguía las indicaciones para llegar a mi chalet, que sería mi casa durante al menos un mes.

Fue fácil encontrar el chalet siguiendo las instrucciones. Desde afuera parecía una casa de muñecas. Tenía una puerta de madera, pero todo el revestimiento era de piedra en un tono claro, entre gris y amarillento, que cambiaba según la luz del sol. Vi mis maletas junto a la puerta y la abrí, empujándolas hacia adentro con sus ruedas.

El chalet tenía dos pisos. En la planta baja había una pequeña sala con chimenea, y en el segundo piso un cuarto con una enorme y cómoda bañera de hidromasaje en la que ya estaba deseando sumergirme.

Cerré la puerta con llave y dejé las maletas cerca de la entrada antes de subir la escalera de madera y dejarme caer sobre la cama suave. Considerando que estaría sola ahí, no podía quejarme del espacio. Era más que cómodo. Ya había estado en lugares mucho más precarios para otras grabaciones más complicadas, como las que hice en Alaska.

Iba a darme un baño y arreglarme, porque siempre había una pequeña reunión del equipo antes del primer día de grabación. Estaba ansiosa por volver a ver a Jake y quería aclarar algunas dudas sobre las escenas con la directora.



Cinco

El equipo de la película ya había llegado y no recordaba haber visto el hotel tan lleno como en esa ocasión. Prácticamente todas las habitaciones, incluso las más sencillas, fueron destinadas a los miembros de la producción.

Yo no solía aparecerme por la cocina; normalmente dejaba esa parte de la administración en manos de mi madre. Sin embargo, ese día decidí revisar personalmente cada uno de los platos que se servirían. Era una inversión muy alta para el hotel, y mientras ellos estuvieran allí, un solo error podía costarnos la reputación.

—Las entradas, los platos principales...

—Todo el *mise en place* está listo, señor —me aseguró el chef mientras yo probaba la masa hojaldrada que formaría parte del postre.

—¡Perfecto! Todo tiene que estar más que impecable, Pablo.

—Ya está más que impecable.

—Confiaré en ti.

—¡Adan! —Mi madre apareció en la puerta de la cocina y me hizo una señal con la mano.

—¿Sí?

—Ve a recibir a nuestros huéspedes, que yo me encargo de todo por aquí.

—¿Dónde está Bryan? —Metí las manos en los bolsillos, desconfiado.

—Está jugando a la pelota con Max, y la niñera lo está vigilando. ¡Ahora anda, sal de aquí!

Negué con la cabeza, pero al final le hice caso a mi madre. Salí de la cocina y fui hacia el salón de eventos, donde ya comenzaban a reunirse las personas que formarían parte del filme. Nunca fui muy fan del mundo del cine; prefería los libros o simplemente observar la naturaleza. Aun así, reconocía una que otra cara o voz.

Un rostro en particular llamó mi atención, porque cuando ella entró, todos la miraron. Era una mujer muy hermosa, alta, de cabello negro y ojos azules intensos. Debía haberla visto en la

televisión o en alguna película, porque me resultaba extrañamente familiar.

—¡Daphne! —llamó una mujer al acercarse a ella.

¿Así se llamaba? Me pregunté en silencio, sin apartar los ojos de ella. Era una mujer que destacaba, eso era innegable, por eso no solo captó mi atención, sino también la de muchos otros hombres en el lugar. Pero era una joven, seguramente varios años menor que yo. Tal vez el que estaba envejeciendo era yo. Estaba a pocos meses de cumplir cuarenta años. Por suerte, con mi cabello rubio, las canas se mezclaban entre los tonos amarillos y pasaban desapercibidas.

¡Adan! Sacudí la cabeza, intentando alejar ese deseo que me invadió desde el primer momento en que la vi. No podía permitir que una simple atracción comprometiera mi negocio. Gente como ella estaba allí por trabajo, igual que yo, y cualquier impulso físico debía quedarse fuera de la ecuación.

—¡Adan Watson! —gritó alguien, y me sentí agradecido por tener una excusa para apartar la mirada. Salí de esa atmósfera extraña y magnética en la que ella me había envuelto. Estaba a varios metros de distancia, pero aún sentía esa atracción inexplicable hacia ella.

Volteé y me encontré con un hombre con quien había hablado por teléfono durante meses y que por fin veía en persona. William Smith era uno de los productores de la película y el encargado financiero de todo el proyecto. Si tenía que agradecerle a alguien por haber elegido mi hotel, era a él.

—William, ¿todo bien? Si necesitas algo, solo dímelo.

—Todo va perfectamente —respondió con una sonrisa mientras me daba una palmada en la espalda y bebía de su copa de vino—. Al equipo le encantó el hotel. De verdad, es un lugar maravilloso.

—Me alegra mucho. Pasa por mi oficina mañana, mandaré traer una botella de una reserva especial para ti.

—¡Ah, es cierto! ¿Tú también produces whisky?

Asentí.

—De hecho, el whisky ha sido nuestro negocio familiar por generaciones. El hotel empezó como una especie de pasatiempo, pero terminó convirtiéndose en otro negocio.

—Siempre es bueno unir lo útil con lo placentero.

—Sin duda.

—¡Daphne! —La llamó y ella se acercó a nosotros, deteniéndose al lado de William, mientras me examinaba discretamente de pies a cabeza. No supe decir si con desdén o simplemente por curiosidad, ya que claramente se esforzaba por no parecer interesada—. Déjame presentarte al dueño del hotel. Este es Adan Watson.

—¡Daphne Clark! —Me tendió la mano y yo la besé en el dorso.

—Un placer conocerte. —Mantuve una sonrisa discreta, intentando ser lo más cordial posible.

—Ella es la estrella de nuestra película —añadió William, rompiendo la extraña tensión que se había instalado entre Daphne y yo—. Daphne ya ha ganado dos veces el Óscar a mejor actriz y la crítica la adora.

—Gracias, William —dijo ella mientras humedecía los labios, y eso, de forma absurda, me provocó una oleada de deseo.

No entendía bien la reacción que me provocaba. No me sentía tan atraído físicamente por una mujer desde que... Odié pensar en eso y corté el hilo de pensamiento tan rápido como pude. No iba a comparar a ninguna mujer con Janeth, no iba a ser tan imbécil de caer en el mismo juego otra vez.

—Eres más que bienvenida en mi hotel. —Le sonreí antes de apartarme de ella.



DAPHNE

CAPÍTULO

Seis

El dueño del hotel me dio la espalda y me quedé observando cómo se alejaba, prestando atención a sus hombros anchos y a la nuca parcialmente cubierta por su cabello rubio. No sabía decir si era solo una impresión mía, pero sentí como si estuviera huyendo de mí. Lo cual, en teoría, no tenía sentido. Seguramente solo estaba ocupado, como todos los empleados del hotel. Recibir un equipo de ese tamaño no debía de ser tarea fácil.

Es guapo... ¡Daphne, contrólate! Por lo general, no me sentía atraída por hombres mayores, pero ese tenía un encanto extraño.

Las leves arrugas realzaban sus ojos verdes, y el cabello rubio disimulaba bastante bien las canas. Además, su cuerpo era lo suficientemente definido como para notarse bajo el traje negro que llevaba puesto.

—¡Daphne! —Escuché la voz de Jake y dejé de mirar al misterioso dueño del hotel, que había desaparecido del salón en un abrir y cerrar de ojos.

Vi a Jake acercarse junto con su esposa y guionista de la película. Si recordaba bien, su nombre era Kalina.

—¿Tuviste un buen viaje? —Se detuvo frente a mí.

—Sí, ¿y ustedes? —Le sonreí, mirándolo a los ojos.

Jake era actualmente uno de los actores más queridos de Hollywood. Además de ser un excelente intérprete y tener un carisma increíble, su belleza y su título nobiliario llamaban mucho la atención.

—Nosotros también. Llegamos hace como tres horas. Solo acostamos a los niños antes de venir para acá.

—¿Trajeron a sus hijos? —No pude ocultar mi sorpresa.

—Creo que me habría dado un ataque si los dejaba —confesó Kalina con una sonrisa algo forzada—. Además, Sophia está de vacaciones.

—Pero igualmente, la niñera siempre viaja con nosotros —añadió Jake, encogiéndose de hombros—. Eso nos permite trabajar con más tranquilidad.

Yo no tenía hijos, pero considerando la relación que tenía con mis hermanos y mi madre, entendía bien por qué querrían tener a

los suyos cerca todo el tiempo.

—Es bonito tener a los niños cerca. —Sonreí—. Qué bueno que voy a poder conocerlos pronto. ¿Son un niño y una niña?

—Sí. —Los ojos de Jake se iluminaron al hablar de sus hijos—. Una niña, Sophia, de ocho años, y un niño de un año, Leonard.

—Estoy ansiosa por verlos en persona.

—Sophia va a enloquecer cuando te conozca —comentó Kalina —. ¿Recuerdas esa película que hiciste cuando eras adolescente? *Una mentira casi perfecta*. Mi hija la ha visto tantas veces que seguro puede repetir los diálogos al revés.

—¡Qué adorable!

—Pero no la consientas demasiado —advirtió Kalina entre risas —. Suele ser terrible.

—Tranquila.

No me molestaba en absoluto la emoción de una niña de ocho años. Hacía tiempo que no convivía con una, y pensaba que nos podríamos llevar muy bien.

—Se va a servir la cena —avisó alguien, y fuimos a ocupar nuestros lugares en una de las mesas ubicadas en las esquinas del gran salón.

Durante la cena, recorrí el salón con la mirada en busca del dueño del hotel, mientras comía mi entrada: una especie de tartaleta de queso con masa hojaldrada. Era como si, desde nuestro primer encuentro, él hubiese recibido una especie de shock. Yo solía provocar muchas reacciones en la gente, pero esa clase de sobresalto no era común. Tal vez solo era mi imaginación, y él

simplemente estaba muy ocupado. Aun así, no podía dejar de pensar en eso.



Regresé a mi chalet justo después de la cena. Estaba agotada y necesitaba descansar. Al día siguiente comenzarían los primeros ensayos, y tenía que repasar algunas escenas con Jake y otros actores del elenco.

Pude descansar bien, y cuando desperté, la luz del sol invadía tanto la habitación que era difícil mantener los ojos abiertos. Estaba tan cansada la noche anterior, que olvidé cerrar las cortinas.

Me levanté con los ojos entrecerrados y tropecé con algo en el suelo, probablemente con la alfombra peluda, antes de llegar a la ventana para cerrarlas. Solo entonces pude abrir los ojos por completo. Volví a la cama y rebusqué entre las almohadas hasta encontrar mi celular, que casi había terminado dentro de una funda. Nunca entendía cómo pasaban esas cosas.

Había algunos mensajes de mis hermanos y una llamada perdida de mi madre, a la que devolví la llamada y esperé que atendiera.

—¿Daphne?

—Hola, mamá. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Bien, ¿y tú? ¿Ya estás en el hotel?

—Sí, llegué ayer.

—¿Estás media dormida?

—Es que acabo de despertar, pero dormí bien.

—Qué bueno, hija. Espero que todo salga bien con la grabación. Cualquier cosa, me avisas.

—Descuida, mamá. Todo va a salir bien, no hay razón para que no sea así. —Sonreí—. Ahora tengo que colgar. Voy a arreglarme y a desayunar. Las grabaciones empiezan en unas horas.

—Está bien. Mucha suerte con el nuevo proyecto, querida.

—Gracias, mamá. Dale un beso a Dean y a Angel de mi parte.

—Claro que sí.

—Bye, mamá. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero, mi estrella.

Doña Laura cortó la llamada y yo me levanté para ir al baño, hacer mi higiene personal y vestirme antes de bajar al restaurante, donde servirían el desayuno.

Apenas puse un pie fuera del chalet, lo vi caminando por el mismo sendero de piedras que coincidía con el mío. Había algo misterioso en ese hombre que captaba toda mi atención. Sus ojos verdes se cruzaron con los míos, y sonreí sin poder evitarlo.

—¡Hola! —lo saludé con un gesto, sin saber si debía hacerlo o no. Solo seguí mi instinto.

—Hola... —respondió con una sonrisa, mostrando unos dientes perfectamente blancos y alineados, lo cual me hizo suspirar de forma extraña.

—Daphne, mi nombre es Daphne —comenté como una tonta, al sentir que esa era la pregunta no formulada en el aire.

—Sí, me acuerdo de ayer —respondió con cordialidad, deteniéndose frente a mí.

—Ah, claro... señor Watson.

—Puedes llamarme Adan.

Volví a sonreír al recibir esa pequeña apertura al poder llamarlo por su nombre.

Él era claramente un hombre mayor que yo. Si no fuera rubio, las canas se notarían con facilidad, pero yo lo encontraba extremadamente atractivo. Además de guapo (en el sentido más literal de la palabra) tenía una forma de caminar y una mirada que seducían. Quizás no lo hacía a propósito, pero no podía dejar de observarlo.

Culpé a mi propia carencia emocional o al simple hecho de que ya no soportaba involucrarme con los hombres del ambiente en el que me movía.

—¿Todo bien? —Dio un paso hacia mí, y me di cuenta de que lo estaba mirando como una tonta.

No debía hacerlo, pero cada vez me interesaba más por el dueño del hotel.

—Sí, estoy bien. Perdón.

Él sonrió, y se le formaron unas pequeñas hendiduras en las mejillas que lo hacían aún más encantador. Me humedecí los labios. Tal vez no había nada de malo en coquetear un poco...

—¡Papi! —Mis pensamientos atrevidos fueron interrumpidos por el grito de un niño que corrió hacia nosotros y se abrazó a la pierna de Adan.

Giré el rostro a un lado para ocultar la decepción que invadió mi cara. Debí haber previsto que un hombre así, mayor y atractivo, seguramente estaba casado. Siempre era lo mismo: o no servían para nada, o ya estaban comprometidos.

—¡Hola, hijo! —Adan se agachó y alzó al niño en brazos—. ¿No deberías estar con tu abuela o con Grace?

—Quiero quedarme contigo —dijo el pequeño, haciendo un puchero, y me pareció adorable. Me recordó a mí misma cuando tenía su edad y no quería separarme ni de mis padres ni de mis hermanos mayores.

—Está bien, pero más tarde voy a tener que salir.

—¿Vas a ver el whisky? ¿Por qué no me llevas?

—Porque el olor del alcohol es fuerte, y tú eres solo un niño.

—Oh... —El niño frunció el ceño y se abrazó al cuello de su padre.

Sonreí antes de darme la vuelta y seguir mi camino hacia el restaurante. Tenía hambre y no había motivo para quedarme allí parada mirando esa escena.

Confieso que, después de haber fantaseado un poco con el dueño del hotel, no quería toparme con su esposa justo en ese

momento. Habría sido, como mínimo, incómodo.

—¡Daphne! —Escuché la voz de una niña al entrar al restaurante.

Era una pequeña rubia que estaba sentada en una mesa con Jake y Kalina. No tenía nada de Jake físicamente, pero se parecía muchísimo a la madre.

—Hija, ¿qué te dije sobre portarte bien? —Kalina le lanzó una mirada severa justo cuando me acerqué y tomé la silla vacía junto a la niña.

—Imagino que tú eres Sophia.

—¿Sabes mi nombre? —Abrió los ojos como platos, sorprendida.

—Sí, tu mamá me habló de ti.

—¡Ah! —Pude notar una mezcla de vergüenza y emoción en su expresión.

—Es un enorme placer conocerte, Sophia.

—¡Gracias! Eres muy amable. —Volvió a sonreír—. ¿Mi mamá te dijo que soy tu fan?

—Sí, me lo dijo. ¿Tú también quieres ser actriz?

—No sé... A veces quiero ser veterinaria.

—También es una profesión genial.

—Amo a los animalitos. Sobre todo a los perros. También me gustan los gatos. Mamá dice que podré tener uno cuando tenga edad para cuidarlo sola.

—Ya falta poco.

—¡Sí!

—Soph, deja que Daphne tome su desayuno y termina tu omelet. Luego pueden seguir conversando.

—¡Está bien, Jake! Perdón, Daphne.

—No te preocupes, cariño.

Me levanté para servirme en el bufé antes de volver a sentarme con ellos. Elegí yogur con frutas y cereales.

Mientras comía, alternaba la mirada entre Jake y Sophia. No me pareció una niña rebelde, y la relación entre ellos era muy buena. Ella sonreía cada vez que lo miraba y parecía respetar su autoridad. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue que no lo llamara papá o papi.

No le di muchas vueltas al asunto. Me concentré en desayunar.



Después del desayuno, nos reunimos en una sala de eventos del hotel para repasar el guion y hacer un ensayo antes de la grabación, que comenzaría por la tarde.

Me senté al lado de Jake en un sofá mientras hojeaba el guion buscando la primera escena que tendría con él. En la historia, él era un guía turístico de la ciudad de piedra y yo una arqueóloga extranjera que creía en la posibilidad de encontrar un tesoro escondido por nativos americanos que habitaron ese lugar cientos de años atrás.

—¿Jake?

—¿Sí? —Se giró hacia mí, prestándome total atención—. ¿No encontraste nuestra primera escena?

—Sí la encontré, pero quería hablar contigo sobre otra cosa. —Tal vez debería haberme guardado eso, pero la curiosidad me estaba consumiendo.

—¿De qué cosa?

—Disculpa la indiscreción, pero no pude evitar notar que Sophia no te llama papá. ¿Está pasando por alguna de esas fases difíciles en las que los niños se rebelan?

Jake empezó a reír, y yo arqueé las cejas sin entender qué era lo que le causaba tanta gracia.

—Ah, probablemente no lo sabes.

—¿Saber qué? —De inmediato me sentí tonta por haber hecho una pregunta así. Debí haberme guardado la curiosidad.

—Sophia no me llama papá porque no soy su papá.

—¿No? —Me sorprendí aún más, y fue imposible disimular mi incomodidad.

—No. —La forma tranquila y sin reservas con la que Jake lo dijo me alivió. No parecía tener ningún problema en hablar de ese tema—. Kalina estuvo casada antes, y cuando nos conocimos ella ya estaba divorciada y Sophia tenía cinco años. Aunque Daniel, el padre biológico, a veces le saque canas verdes a Kalina, es un buen padre.

—¿Y lo llevas bien?

—¿Por qué no lo llevaría bien? —Se encogió de hombros—. Sophia entendió rápido que su mamá podía tener otro novio que no fuera su papá. Amo a esa niña como si fuera mi hija. A veces tengo que recordarme que hay un idiota con más derechos que yo, pero fuera de eso, todo va bien.

—¡Qué bien! —Sonreí con algo de timidez.

Al principio me sentí una metida, pero en cuanto noté que a él no le importaba responder mis preguntas, me alegré de haber iniciado esa conversación. Poco a poco me daba cuenta de que estábamos formando una buena amistad, lo cual ayudaría bastante a construir a nuestros personajes y la relación amorosa entre ellos.

—¿Empezamos con el ensayo? —La directora se acercó a nosotros, y Jake y yo nos levantamos del sofá.

—Estamos listos —aseguró él.



Siete

Giré el líquido amaderado en el vaso antes de olerlo. El aroma era fuerte, y no logré identificar de inmediato los granos utilizados en la destilación para componer esa mezcla. Tomé un sorbo y sentí cómo el líquido se expandía por mi lengua mientras intentaba captar todos los sabores y los efectos que provocaba en ella.

—Creo que está afrutado, tal vez demasiado cítrico. Puedo sentir la acidez al final del trago. Creo que este blend necesita una mezcla un poco más equilibrada.

—Claro, señor. —Francis, uno de los encargados que trabajaba conmigo en la destilería, bajó la cabeza—. Le haré llegar sus observaciones a nuestro maestro destilador.

—Perfecto. —Me acomodé en la silla de cuero de mi oficina—. ¿Y esa reserva de doce años de single malt que estaba prevista para ser embotellada esta semana, cómo va?

—El proceso ya comenzó. Creo que, como máximo, a inicios de la próxima semana ya estarán etiquetadas y listas para enviarse a los distribuidores.

—Excelente.

—¿El contacto con aquel distribuidor en América Latina con quien hablé la semana pasada avanzó?

—Sí. Yo mismo me encargué de eso. Retirará el primer lote con nuestra exportadora a inicios del próximo mes. Con su ayuda, vamos a llegar a algunas tiendas del interior de Brasil, Chile y Argentina. A diferencia de antes, que solo llegábamos a las grandes capitales.

—Perfecto. Justamente eso era lo que estaba buscando.

—Señor, perdón por meterme, pero ¿no cree que la destilería ya le da suficiente trabajo? Aún reparte su tiempo entre esto y el hotel.

—Por eso es que te tengo a ti y a otras personas a las que les delego funciones.

—Tiene razón. —Francis sonrió con cierta incomodidad, claramente arrepentido de haberse metido.

—¿Puedes mandar a traer una de las botellas especiales?

—¿Va a celebrar algo?

—También, pero es para un regalo.

—Como usted diga, señor.



Volví al hotel al final de la tarde y me sentí aliviado al comprobar que todo estaba funcionando bien. Con excepción de los chalets que ya estaban reservados para huéspedes frecuentes, todos los demás habían sido ocupados por miembros de la producción. Nuestro equipo nunca había tenido tanto trabajo. Sin embargo, para mi total sorpresa, mi madre estaba manejando todo sin necesidad de que yo interviniera. Aunque ya tenía más de sesenta años, el hotel había sido una de las mejores decisiones que tomé tanto para mí como para ella. Le daba ocupación, mantenía su mente activa y la hacía feliz.

Mientras iba camino a mi chalet, el más grande y apartado, vi a Daphne aparecer en la distancia. Reía y conversaba con otro hombre. Nuestro encuentro por la mañana había sido, por lo menos, extraño. Era como si ella se hubiese puesto incómoda cuando Bryan apareció queriendo quedarse conmigo.

¿Y si era de esas mujeres que no les gustan los niños? Me pareció un pensamiento estúpido, pero cosas así solían pasar. O tal vez estaba viendo cosas donde no debía. Era una mujer hermosa, pero probablemente una década más joven que yo. No era el tipo de

mujer con quien me involucraría solo por diversión, y había algo dentro de mí que me decía que debía mantenerme alejado.

Cuando ella entró a su chalet, dejé de mirarla. Aquello estaba empezando a volverse raro y tenía que controlar ese impulso. Había mujeres hermosas por todos lados, incluso algunas con edades más cercanas a la mía. No entendía por qué, justamente ella, llamaba tanto mi atención.

No debía gastar mi tiempo pensando en ella.



Ocho

—¿Cómo estuvieron las grabaciones hoy, querida? —La voz de mi madre sonó al otro lado de la línea en cuanto respondí la llamada y puse el celular en altavoz sobre la cama, mientras me quitaba la ropa para entrar a la bañera.

—Hicimos algunas tomas, mamá, pero el director de fotografía quiere repetir esas escenas mañana por la mañana con otra luz, para ver cómo se compone la imagen.

—¿Pero no puede ser con cualquier luz?

—La luz influye muchísimo en una escena, mamá.

—Ah, yo pensaba que solo tenía que estar claro.

—No, también hay escenas oscuras importantes.

—Es complicado eso, ¿no?

—Sí. —Me reí por su comentario—. Mucho más de lo que parece, a veces.

—Comprendo... ¿Daph?

—¿Sí, mamá? —Dejé el celular en el borde de la bañera y entré en el agua, sintiendo cómo el calor envolvía mi cuerpo. Solté un suspiro.

Después de un día intenso de ensayos y grabaciones, todo lo que necesitaba era un poco de relajación y descanso.

—¿Puedo pasarle tu número al hijo de una amiga? Solo quiere hablar contigo, a lo mejor te interesa.

—¡No, mamá! —Me reí para no terminar discutiendo. ¿A qué punto había llegado mi soltería para que mi madre empezara a actuar con ese nivel de desesperación?—. Doña Laura, tienes que entender que, aunque los gemelos se hayan casado, eso no significa que yo tenga que hacerlo también.

—Pensé que tú querías...

—Sí quiero. No dije que no. Pero tienes que confiar en que puedo encontrar un esposo por mi cuenta. —*Solo tengo que dejar de tener tan mala puntería...* pensé, recordando que el hombre que más me había llamado la atención en ese lugar estaba casado.

—Ni siquiera intentaste hablar con él...

—¡Mamá!

—Está bien. Si en algún momento quieres, me avisas. Es un muchacho encantador y está terminando la universidad en Miami para ser dentista.

—¿Terminando? —Fruncí el ceño—. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—Mamá, no quiero alguien más joven que yo.

—Ni siquiera lo conoces, querida...

—¡No, Doña Laura! —subí el tono. Ya empezaba a irritarme con el tema—. Mejor preocúpate por la llegada de tu nieta y déjame elegir a mi futuro esposo.

—Está bien, pero...

—Sin peros. Si algún día necesito tu ayuda, yo te aviso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Solo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé. Ahora voy a descansar un poco y luego comeré algo. Hablamos después.

—Sí. Cuídate.

—Gracias, mamá.

Ella cortó la llamada y respiré aliviada. No quería que esa conversación se alargara más. Claro que deseaba enamorarme de alguien y vivir algo intenso, pero no estaba tan desesperada como para dejar que mi madre saliera a buscarme un pretendiente. La mayoría terminarían siendo solo oportunistas buscando beneficiarse por estar con Daphne Clark. Ya estaba harta de eso.



En lugar de pedir servicio a la habitación, decidí salir a cenar al restaurante. Solo quería estirar las piernas y conocer un poco más el hotel... o al menos eso me dije a mí misma. Era más fácil justificar esa inquietud que admitir las ganas que tenía de ver a Adan otra vez. Involucrarme con un hombre casado estaba totalmente fuera de consideración. Tal vez era mejor aceptar la llamada del universitario de los suburbios.

Me senté sola en una de las mesas del restaurante y le hice una seña al mesero, que se acercó con el menú de la noche.

—Quiero el menú con el filete de cordero, por favor.

—Le traeré la entrada en unos minutos. —Asintió con la cabeza.

—Gracias.

Me quedé mirando al vacío hasta que abrí una de mis redes sociales en el celular. Entonces vi a Adan entrar al restaurante. Como dueño del hotel, era normal que se paseara por las instalaciones para quedar bien con el equipo, pero al verlo, algo me apretó el estómago y sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Esa sensación se intensificó cuando noté que él me había visto y se acercaba a mi mesa.

—¿Puedo sentarme? —Señaló la silla frente a mí, y asentí con la cabeza, sin atreverme a abrir la boca—. ¿Todas tus necesidades están siendo atendidas?

No todas... Volví a mirarlo. Llevaba una camisa polo negra con el botón desabrochado, lo que le daba un aire sexy, y un pantalón de jean que acentuaba sus fuertes muslos. *Todo un hombre... Daphne, contrólate.*

—¿Daphne?

—¿Qué? —Sacudí la cabeza tras tardar unos segundos en reaccionar—. Perdón, me perdí en mis pensamientos. ¿Podrías repetirme, por favor?

—Te pregunté si estás cómoda, si todo lo que necesitas te lo están brindando.

—Sí. Tienes un hotel maravilloso perdido entre las montañas. Supiste combinar muy bien lo rústico con el lujo.

—Gracias. —Sonrió de una forma que me dejó embobada. Adan tenía los labios delgados, pero se veían increíblemente suaves —. Me alegra escucharlo.

—Tu hijo es encantador. —Saqué el tema recordando la razón por la cual no debía coquetear con él—. ¿Cuántos años tiene?

—Seis. —Vi cómo su rostro se iluminó al mencionarlo. La paternidad realmente transformaba a los hombres.

—¿Los ojos azules son de la madre?

—Sí. —Su postura cambió de inmediato, volviéndose más cerrada, y no entendí por qué.

—Imagino que debe ser una mujer muy guapa.

—Hasta donde recuerdo, sí lo era. —Su tono se volvió aún más cortante.

Por su reacción y la ausencia de anillo en su dedo, me di cuenta de que estaba tocando un tema mucho más delicado de lo que imaginaba.

—Disculpa... ¿Eres viudo? No quería tocar algo tan personal. Perdón...

—Si puedo usar ese término para una mujer que se fue y me dejó solo con un bebé en brazos, entonces sí, soy un viudo. De cualquier modo, para mí, ella está muerta. —Vi cómo un rayo de rabia le atravesaba la mirada al recordar eso. Sin duda era una herida profunda.

—Hablemos de otra cosa —me apresuré a cambiar de tema antes de provocar más incomodidad—. ¿Hace cuánto tiempo tienes este hotel? ¿Es un negocio familiar?

—Quince años. Lo construí yo mismo. —Se relajó un poco más en la silla, lo cual me alivió—. El negocio familiar es el whisky.

—¿En serio? Nunca conocí a alguien que tuviera una destilería. —Sonreí mientras me echaba una mecha de cabello detrás de la oreja.

Estaba por inclinarme un poco hacia él cuando llegó el mesero con mi entrada y la colocó frente a mí, entre ambos. Era una ensalada que apenas miré. La atraje hacia mí y comí un poco. Me interesaba Adan, sí, pero no podía ignorar el hambre.

—¿Te gustaría un vino? Cortesía de la casa.

—¿Cómo negarme? —Era difícil contener la sonrisa. Por fin tenía la oportunidad de interactuar con un hombre distinto a los que solía conocer en Hollywood, y no quería desaprovecharla.

—Paul —llamó al mesero—, tráenos una botella de la reserva del ochenta y siete. Uno de esos vinos especiales. Y dos copas, por favor.

—Sí, señor.

—¿Reserva especial? —Puse un trozo de queso en la boca antes de volver a mirarlo.

—Sí. Es el mejor vino que tenemos en el restaurante.

—¿Para ocasiones especiales?

—Creo que este momento lo es. No todos los días ceno con una actriz famosa.

Solo sonreí, sin saber qué decir. Tenía razón. Por más dinero que él pudiera tener con el hotel y la destilería, compartir una cena conmigo no era algo que cualquiera podía lograr.

El mesero regresó y nos sirvió el vino. Una copa para cada uno. No vi la etiqueta, pero al tomar un sorbo, mis papilas gustativas se activaron de inmediato. Supe que era un Cabernet Sauvignon. No es que fuera una experta en vinos, prefería las bebidas dulces, pero mi padre lo era. Y algunos recuerdos con él me negaba a olvidar, como aquella vez en que me dejó probar un poco de vino siendo adolescente, solo para calmar mi curiosidad.

—¿Qué opinas? —Adan esperó mi respuesta.

—Es delicioso.

—Va a maridar muy bien con el menú que elegiste.

—Además de productor de whisky y dueño de hotel, ¿también sabes de cocina? Pareces un hombre muy ocupado y talentoso.

—¡No! Ojalá —Hizo una mueca y solté una risita—. Según mi madre, lo único que hago en la cocina es estorbar al chef. Pero soy curioso, y siempre termino aprendiendo algo.

—La curiosidad no debería subestimarse.

—Yo también lo creo. —Se humedeció los labios antes de beber de su copa, lo que hizo que me pareciera aún más atractivo—. Eres estadounidense, ¿verdad?

—Sí —respondí, aunque lo había dicho en forma de afirmación —. Nací en Florida, y mi familia aún vive allá.

—Por eso ese tono bronceado en tu piel.

—Tal vez. —Bebí un poco más de vino y empecé con el plato principal. Cuando puse el primer bocado de carne en la boca, se deshacía entre mis dientes, liberando una explosión de sabor—. Debo felicitar al chef. Está delicioso, realmente exquisito.

—Le haré llegar tus elogios.

—Gracias.

—Tú me preguntaste por la madre de Bryan. Creo que tengo derecho a hacerte la misma pregunta. Una mujer tan hermosa como tú, ¿tiene novio, prometido, esposo?

—No. —Bebí otro trago de vino para disimular mi sonrisa. *¿Estábamos coqueteando?*—. Estoy soltera.

Él solo sonrió, sin decir nada más al respecto, y confieso que eso me decepcionó un poco. Sin embargo, seguimos conversando sobre nuestras vidas hasta que comencé a bostezar, y él sugirió que fuéramos a dormir.

Al menos me acompañó durante el camino hasta mi chalet, y me quedé con unas ganas enormes de invitarlo a entrar. *Quizás otro día…*



—¿Carol? —llamé al darme cuenta de que mi cuñada había respondido.

Apenas me dejé caer sobre la cama, sentí unas ganas enormes de hablar con alguien, pero no creía que mi madre fuera la persona adecuada para hablar de ese tema. Caroline y yo nos habíamos vuelto muy amigas después de su boda con Dylan. No es que no me llevara bien con Angel, pero con Caroline sentía una afinidad mucho más fuerte.

—Hola, Daph, ¿todo bien?

—Sí. ¿Ya estás acostada?

—Bueno —tardó en responder, como si dudara de qué decir—. Estoy acostada, pero no estoy dormida.

—Oh, están teniendo sexo y yo interrumpí. —Me sentí la hermana más inoportuna del mundo y pensé en colgar de inmediato.

—¡No! —Caroline soltó una carcajada—. Tu hermano jamás me dejaría atender el teléfono en medio de... eso. Pero si hubieras

llamado hace unos quince minutos, seguro te hubieras cansado de esperar que alguien atienda del otro lado.

—¡Dios! —Me reí tratando de borrar de mi cabeza la imagen de mi hermano acostándose con su esposa. Era divertido y perturbador al mismo tiempo—. Me alegra que estén bien.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? ¿O querías hablar con Dylan? Está tirado aquí en la cama, pero si quieres, lo despierto.

—No. Solo quería hablar contigo, pero no es nada urgente, puede esperar a otro día. Imagino que tú también estás cansada.

—Un poco, sí, pero no tanto como para no poder conversar un rato. Dime.

De pronto me pregunté si había sido una buena idea llamarla. No tenía amigas cercanas desde la secundaria, y sentía que con Caroline podía construir ese tipo de relación. Pero quizás no era el momento adecuado.

—¿Daphne?

—No es nada importante. Puedes volver a dormir con mi hermano.

—¡Habla! —Rió—. Tu hermano está inconsciente. Hoy tuvo un día pesado de grabaciones y no va a despertar en horas.

—Estoy muy interesada en Adan, el dueño del hotel donde me estoy hospedando, y al mismo tiempo, siento que mi interés es una completa locura.

—¿En serio? —Se rió y yo me encogí de hombros—. ¿Qué tiene de loco? Daphne, estoy casada con mi jefe. No puedo bajar la guardia ni un poco, porque me encierra en su camerino.

Me reí al imaginar a mi hermano cerrando la puerta con llave y atrapando a Caroline con él. Pero lo conocía lo suficiente como para saber que era capaz de algo así si ella se ponía tímida con la idea de tener sexo en el camerino.

—A ver, ¡cuéntame más de ese hombre!

De repente noté que Caroline estaba entusiasmada, y eso me hizo sentir más cómoda para hablarle de Adan.

—Desde que llegué hemos tenido varios encuentros, y esta noche, durante la cena, se sentó conmigo y conversamos un rato. Es dueño del hotel y de una destilería. Parece muy dedicado a su hijo de seis años. Tiene unos ojos verdes que brillan cada vez que lo menciona. Está por cumplir cuarenta, tiene casi doce años más que yo, pero es increíblemente atractivo y encantador.

—¿Adan qué?

—Watson —Fruncí el ceño, sin entender por qué preguntaba.

—¿Rubio?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Vi una foto suya en internet. Hoy en día, por desgracia, todo está en la red. Ya hay fans de Dylan comprando la ropa que uso. No entiendo cómo ustedes soportan eso.

—Con el tiempo, una termina acostumbrándose a tanta exposición.

—Ojalá, porque a veces siento que voy a volverme loca con tanto acoso. Solo estoy esperando el día en que pongan una foto íntima de Dylan y de mí en la portada de alguna revista.

—Solo hay que evitar que las saquen.

—Lamentablemente, tu hermano no es la persona más discreta del mundo. Pero volvamos a Adan... ¡Wow! Qué cuarentón. Es normal sentirse atraída por él.

—¿Estás segura de que mi hermano está dormido? No quiero que me mire feo después.

—No te preocupes. —Se rió—. Si hubiera escuchado algo, ya habría saltado de la cama. Tú y ese Adan...

—¡No! No ha pasado nada. Pero me encantaría que pasara. Parece muy distinto a los hombres con los que me he involucrado en Hollywood.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte en su hotel?

—Un mes y medio, quizá dos.

—Creo que tienes tiempo de intentar algo.

—Tal vez me estoy ilusionando. Creo que son los efectos de la presión de Doña Laura para que encuentre pareja. ¿Puedes creer que quería pasarle mi número a un universitario de su iglesia?

—¿En serio? Bueno, tal vez el miedo de Dylan a veces tiene fundamentos. Tu madre se pasa un poco.

—Quiero casarme algún día, pero quiero elegir yo misma a mi marido. Tal vez ella no vea con buenos ojos que todavía no tenga a nadie, pero es que simplemente no he encontrado al hombre indicado.

—¿Y crees que Adan puede ser ese hombre? Sin duda es muy guapo. Ojalá Dylan llegue a los cuarenta así. Pero también creo que

ustedes se conocen desde hace poco.

—Que esté buenísimo no me hace pensar que esto va a funcionar. Solo quiero ver a dónde puede llevar. Con calma. Me conformo con unos buenos besos en este chalet tan acogedor.

—Entonces, ¡lánzate!

—Gracias. Ahora te dejo dormir, y yo haré lo mismo. Mañana tengo grabaciones temprano.

—Buena suerte, Daphne.

—Gracias, Caroline.



Nueve

Había una presencia fuerte y un carisma inmenso en esa actriz. Probablemente esas eran las cualidades que la hacían tan buena en su profesión. Me gustó poder conversar con ella; nunca antes me había abierto de esa manera con una desconocida. Sin embargo, Daphne sabía llevar la conversación con tanta naturalidad que, cuando me di cuenta, ya le había contado cosas que normalmente guardaba muy dentro de mí. Quién sabe, tal vez además de actriz, en otra vida también habría sido una gran interrogadora. Aun así, no me arrepentía de lo que le había dicho. A veces, una conversación sincera hacía bien, y ahora me sentía más liviano por dentro.

—¡Papi! —me llamó Bryan en cuanto entré al chalet.

—Hijo, ¿qué haces despierto? Deberías estar en la cama. ¿Grace o la abuela no te acostaron?

—Sí. Grace me llevó a dormir antes de irse a su cuarto, pero me desperté por una pesadilla y ya no puedo dormir. Hay un monstruo en mi cuarto.

—¡Ey, campeón! —Me acerqué a él y le puse la mano sobre la cabeza. Él levantó los ojos para mirarme—. ¿Qué te ha dicho papá sobre los monstruos?

—Que no existen.

—¿Entonces?

—¡Pero lo vi, te juro que vi algo en mi cuarto! —Abrazó mi pierna, temblando.

—Vamos, voy a revisar todo contigo. —Le tendí la mano.

Subimos por la escalera de madera hasta los cuartos de mi chalet, que era una casa grande con cinco habitaciones, un salón y otros ambientes, con paredes de madera y vidrio. Abrí la puerta del cuarto de mi hijo y encendí la luz. Hice que Bryan entrara conmigo y me agaché para mirar debajo de su cama.

—Aquí no hay nada. —Me levanté y abrí todas las puertas del armario—. Tampoco hay nada aquí. Ni en el baño. Te aseguro que cualquier cosa que hayas visto ya se fue y no va a volver.

—Está bien. Lo has espantado, papi.

Solo sonreí, sin contradecirlo, por miedo a que volviera a alterarse.

—Ahora vuelve a la cama. —Le acomodé las cobijas para que se recostara. Esperé a que me obedeciera y se pusiera cómodo antes de arroparlo y darle un beso en la frente.

—¿Papi?

—¿Qué pasa?

—¿Puedes dejar la luz encendida, por favor?

Era un miedo infantil, pero no importaba. Prefería que el temor a la oscuridad fuera la mayor preocupación de mi hijo, al menos por unos años más.

—La dejaré encendida. Puedes dormir tranquilo, no te va a pasar nada, papá te lo promete. Voy a estar en el cuarto de al lado.

—Papi, te amo.

—Yo también te amo, hijo. Ahora duerme, que ya es tarde.

Asintió y cerró los ojos.

Sin duda, él era la parte más importante de mi vida. Nada me daba más fuerzas para seguir adelante que ese niño.



Diez

Corrí hacia el interior de la cueva, pero Jake me sujetó por la muñeca, impidiéndome avanzar.

—¡Suéltame! —Lo miré a los ojos con furia.

—No puedes entrar ahí.

—¿Por qué no? —Tiré del brazo para zafarme, pero ambos mantuvimos la mirada firme el uno en el otro.

—Es una zona restringida. —Señaló los letreros que nuestra producción había colocado allí. Estábamos en una parte del complejo de cavernas que había sido cerrada exclusivamente para las grabaciones de la película.

—¿Y qué?

Jake rodó los ojos azules y bufó.

—Es peligroso. A veces hay desprendimientos. Por eso no está abierto al público.

—Puedes venir conmigo y asegurarte de que todo salga bien.

Me miró de reojo antes de apretar los dientes.

—¿No tienes miedo de lastimarte?

—No.

—¿Estás loca?

—Lo que puedo encontrar ahí es mucho más importante que tú y yo.

—¡Corten! —gritó la directora, haciéndome dar un salto por el susto—. Ustedes dos están maravillosos, pero necesito sentir un poco de tensión sexual creciendo entre sus personajes. Si no, cuando empiecen a involucrarse, el público no se lo va a creer.

—¿Puedo tomar un poco de agua antes de la siguiente toma? —pregunté.

—Claro, adelante.

Necesitaba esos minutos para concentrarme un poco más. No era difícil transmitir una fuerte atracción por Jake frente a las

cámaras. Después de todo, él era un actor muy guapo. Sin embargo, confieso que tenía la cabeza en otro hombre y necesitaba apagar ese interruptor por unos segundos para centrarme en mi papel. Frente a las cámaras, éramos Juliet y Cameron.

—¿Lista? —Volví junto a Jake, quien asintió con la cabeza.

—¡Acción! —anunciaron, golpeando la claqueta, y corrí de nuevo hacia la cueva restringida.

Jake me sujetó por detrás y mi suspiro fue totalmente real. Kalina era muy afortunada, tenía un esposo con todas las letras.

—¡Suéltame! —gemí, mientras él me sostenía con cada vez más fuerza.



Después de horas incansables de grabación, me alegré de volver al hotel y poder descansar un poco, pero justo cuando cruzaba el camino de piedra hacia el chalet donde me hospedaba, vi al hijo de Adan jugando con un enorme perro de pelaje dorado. No era buena identificando razas, pero me pareció que podía ser un labrador.

El niño lanzó una pelota que terminó llegando hasta mis pies. El perro vino corriendo y casi muerde mis dedos.

—Perdón, señorita —dijo Bryan acercándose a mí, visiblemente avergonzado.

A lo lejos, una mujer de unos cincuenta o sesenta años lo miraba con desaprobación.

—No pasa nada. —Me agaché para acariciar al perro en la cabeza—. ¿Cómo se llama?

—Max —respondió Bryan, aún algo tímido.

—Hola, Max —seguí hablando como si me dirigiera al perro—. Yo soy Daphne.

Él me ladró y sonreí.

—Le caíste bien. —Bryan se acercó un poco más, como si se le hubieran ido los nervios.

—Y él a mí también.

—Tú eres esa actriz, ¿verdad?

—Sí.

—¡Qué genial!

—Bryan, ¿qué te dije sobre molestar a los huéspedes?

Nos volteamos y vimos a Adan acercándose. Llevaba las manos en los bolsillos y parecía incómodo por ver a su hijo tan cerca de mí.

—No te preocupes. No me está molestando. Estábamos hablando de Max, ¿verdad, Bryan?

—Sí —respondió el niño con una enorme sonrisa—. Ella es la actriz de las películas, papá.

—Así es. —Adan le tendió la mano a su hijo, y la actitud me pareció algo brusca—. Ven, deja tranquila a Daphne.

—Ya te dije que no me estaba molestando.

El perro ladró y se sentó a mi lado, provocando que Bryan sonriera.

—A Max le cae bien, papá.

—Sí, pero vamos a dejarla tranquila. —Le tomó la mano al niño y lo llevó hacia la mujer que nos observaba. Ella pareció disculparse con la mirada.

Luego Adan silbó y el perro ladró antes de correr tras ellos.

Lamenté que se marcharan, porque me hubiera gustado pasar más tiempo con el niño y conocerlo mejor. Parecía un niño listo y muy dulce. Mi vida solía ser tan caótica con tantos viajes y grabaciones que nunca me había detenido a pensar en la posibilidad de tener hijos, pero parecía que ellos hacían la vida un poco más especial.

Cuando se alejaron, fui al chalet a darme una ducha y relajarme un rato.

Había quedado en cenar más tarde con Jake y su familia. Aún no había conocido a su hijo menor, el que sí era biológicamente suyo.



ADAN

CAPÍTULO

Once

Me acerqué a la mesa del salón y vi que Bryan estaba haciendo un dibujo. Aunque fuera algo infantil y sencillo, reconocí de inmediato la escena, pero fingí no saberlo, quería comprobar si él entendía lo que estaba dibujando o si solo era una imagen pasajera en su mente.

—¿A quién estás dibujando, hijo? —Tiré de una silla y me senté a su lado.

—Es Daphne y Max.

—¿Y por qué la estás dibujando?

—Para que me firme el dibujo y yo lo pueda guardar para Max.

—Hijo, no puedes estar pidiendo autógrafos a las personas que están hospedadas aquí por la grabación de la película. Podrías molestarlas.

—No es a todo el mundo. —Se encogió de hombros como si el equivocado fuera yo. Tal vez había más de mí en ese niño de lo que me daba cuenta—. Daphne dijo que le gustaba Max. Ella va a firmarlo para él.

—Bryan... —Me detuve, sin saber bien qué decir. No quería que mi hijo estuviera molestando a los huéspedes. Él no era de hacer ese tipo de cosas, pero con parte del elenco de una película en el hotel, toda la situación era muy inusual. Aun así, el chico tenía buenos argumentos, porque Daphne claramente le había dado pie para acercarse.

—¡Listo, papá! —Me extendió el dibujo con total entusiasmo.

—¿Y por qué me lo das a mí?

—Para que tú le pidas el autógrafo a Daphne, claro.

No pude reaccionar de otra manera que no fuera riéndome ante su actitud tan autoritaria.

—¿Y por qué yo, si tú eres el que quiere la firma?

—Porque tú eres el adulto, y tú dijiste que no debía molestarla.

¡Touché! Me rasqué la barba del mentón al darme cuenta de que me había metido solo en ese lío.

—Veré qué puedo hacer. —Tomé el dibujo.

—¡Gracias, papá!

Con esa sonrisa, era imposible decirle que no, por más incómoda que pudiera resultar la situación.



Salí de la ducha y me puse una camisa de manga larga, arremangándola hasta el codo antes de abotonarla. Me peiné hacia atrás, y cuando fui a tomar mi reloj de pulsera que estaba sobre la cama, vi el dibujo que Bryan había hecho de Daphne y Max. Ella era la primera persona que él dibujaba además de mí, mi madre y la niñera. No sabía si eso era algo bueno o si debía preocuparme. A pesar de todos mis esfuerzos, ser padre era difícil. Nunca sabía si iba por el camino correcto.

Esperaba que Daphne no le negara ese autógrafo a Bryan, porque simplemente no sabría cómo decirle que no.

Tomé el dibujo y salí de mi chalet para ver si la encontraba en el suyo. Caminé por el sendero de piedra unos segundos y toqué la puerta, esperando a que abriera.

—¿Quién es?

—Adan.

—Un momento, por favor. —Escuché su voz desde adentro y me quedé de pie frente a la puerta, esperando.

Eran cerca de las ocho de la noche, y pensé que tal vez ya estaría acostada o incluso dormida. Me arrepentí de haber tocado. No era el momento, debería haber esperado hasta la mañana.

Unos instantes después, escuché cómo descorría el pestillo y di un paso atrás por reflejo. Cuando Daphne abrió la puerta, mis ojos se abrieron solos, sin que pudiera evitarlo. Estaba hermosa. No es que no lo fuera todo el tiempo, pero llevaba un vestido rojo ajustado, de esos con los tirantes caídos a los lados del brazo, dejando los hombros al descubierto. Sus ojos azules resaltaban con un maquillaje suave, y el cabello negro caía en ondas alrededor de su rostro fino.

—¿Sí? —rompió el silencio.

—Perdona por molestarte a esta hora. —Parpadeé varias veces, dándome cuenta de que estaba hipnotizado.

—No te preocupes. —Sonrió de manera nada discreta, lo que me desconcertó aún más.

—Olvídalo, lamento haber interrumpido. —Me di la vuelta, pero me sorprendió sentir su mano suave sujetando mi muñeca. Giré la cabeza hacia ella, obligado a volver a mirarla.

—¿Vas a decirme qué querías? ¿O viniste hasta aquí para nada?

—No es para nada, pero tampoco es algo tan importante.

—Si no fuera al menos un poco importante, no estarías aquí. En todo caso, no veo por qué no decirlo.

—Bryan hizo un dibujo de ti y Max, y quiere que se lo firmes, pero si es una molestia...

—Voy a buscar un bolígrafo. —Sonrió y se metió en el chalet antes de que pudiera terminar de hablar—. ¿Dónde lo firmo?

—Aquí. —Le tendí la hoja, que ya estaba algo arrugada de tanto ir de un lado a otro.

—¡Qué tierno! —suspiró, contrariando por completo mis expectativas. Pensé que le parecería algo ridículo—. ¿Puedes darte la vuelta, por favor?

—¿De espaldas? —Fruncí el ceño, confundido.

—Sí, voy a usar tu espalda como apoyo para firmar.

—Ah, claro. —Accedí a su pedido.

Daphne apoyó la hoja cerca de mi hombro y pude sentir cómo el bolígrafo se deslizaba sobre el papel mientras firmaba.

—¡Aquí tienes! —Me devolvió el dibujo.

—Gracias, mi hijo va a estar muy feliz.

—De nada. —Su sonrisa se hizo aún más grande, como si realmente disfrutara de la situación y no solo fuera por cortesía—. Dile a Bryan que quiero un dibujo como este para mí.

—No lo animes tanto. —Negué con la cabeza. No quería que mi hijo cruzara los límites con ella.

—¿Y por qué no? El dibujo es precioso. ¿Has pensado en inscribirlo en alguna escuela de arte para que desarrolle ese lado artístico? Creo que podría tener futuro.

—Es solo cosa de niños.

—La mayoría de los grandes talentos empezaron siendo solo "cosas de niños".

—Tienes razón. —Me vi obligado a coincidir—. Ahora te dejo descansar.

—Voy al restaurante a comer algo. ¿Por qué no vienes conmigo?

—No sé si sería buena idea que tu producción nos vea cenando juntos todos los días —dije lo primero que se me vino a la cabeza. Ella estaba siendo amable con mi hijo, y no quería crearle complicaciones.

—Hasta donde sé, no hay nada que lo impida. A menos que tú no quieras.

—Me gusta tu compañía.

—A mí me encanta la tuya.

Me sorprendió la forma en que lo dijo. *¿Estaba coqueteando conmigo o era solo mi impresión?* Ella era una actriz hermosa y varios años más joven que yo, quizás una década. *¿Realmente me estaba dando señales?*

—¿Vienes? —Cruzó los brazos detrás de la espalda, algo tímida.

¿Por qué no? Era preciosa y una compañía mucho más agradable de lo que imaginaba, considerando que venía del mundo de Hollywood.

—¿Me das unos minutos para guardar este dibujo?

—Claro. Te espero aquí.

—Perfecto. —Le guiñé un ojo antes de prácticamente correr hacia mi chalet.



Doce

Observé a Adan alejarse caminando a paso rápido hacia el chalet grande y lujoso al borde de la montaña. Era más grande que cualquiera de los destinados a los huéspedes, una auténtica casa de lujo rústico, hecha de piedra y madera.

Me senté en un banco de acero a un costado del sendero de piedra, cerca de mi chalet, desde donde aún podía ver su camino hasta donde yo estaba, y me quedé esperando. Adan no tardó más de cinco minutos en ir y volver. De pronto, me pareció que él estaba tan interesado en mí como yo lo estaba en él. Eso me llenó de expectativas.

—¿Vamos?

—Sí. —Me levanté del banco y lo seguí hacia el restaurante del hotel.

—¿Qué opinas de otra botella de vino como la de ayer?

—Me encantaría, aunque terminé un poquito borracha. —Reí, cubriéndome el rostro, avergonzada.

—No me di cuenta. —Su sonrisa se amplió, dejando ver los hoyuelos en sus mejillas.

—Eres todo un caballero.

—Si tú lo dices. —Se encogió de hombros.

Llegamos al restaurante y Jake, Kalina y sus hijos estaban justo en la entrada. En cuanto nos vieron, nos saludaron con un gesto.

—Ven conmigo. —Le tomé la mano a Adan y lo llevé conmigo hacia la mesa—. Adan, él es Jake Montagu, que protagoniza conmigo la película, y esta es su familia. Kalina es escritora y guionista.

—Un gusto. —Él sonrió y saludó con la cabeza.

—Chicos, él es Adan, el dueño del hotel.

—El gusto es mío. —Jake le devolvió la sonrisa—. Imagino que ustedes se sentarán en otra mesa.

—Sí. —Me encogí de hombros, agradecida de que Jake fuera lo bastante perspicaz para captar mis intenciones.

—¡Que tengan una buena cena! —Me guiñó un ojo, y sentí cómo mis mejillas se encendían.

—¡Igualmente! —Intenté disimular ese momento incómodo de vergüenza.

—Vamos a sentarnos allá. —Adan me condujo hasta una mesa vacía un poco más retirada y me acomodó la silla.

Definitivamente, todo un caballero. Quizás ese hombre era incluso más perfecto para mí de lo que imaginaba.

Tomé el menú y le eché un vistazo a las opciones disponibles.

—¿Qué te parece el carré de cordero?

—Viene en una salsa de hierbas finas y es uno de mis platos favoritos.

—¿Entonces vamos con ese?

—Es una excelente elección. —Hizo una señal al camarero y pidió por los dos—. La misma botella de vino de ayer y una dosis de Royal Ruby *single malt*, para que Daphne pueda probarlo.

El camarero anotó el pedido y se alejó.

—¿Ruby es tu whisky?

—Sí. Esta reserva en particular se colocó en barrica hace más de veinte años. Ni siquiera tenía edad para beber cuando comenzó ese proceso, pero ya acompañaba a mi padre en la producción.

—Vaya, eso es mucho tiempo.

—Hay cosas que mejoran con los años. El vino y el whisky son algunas de ellas.

—Y algunos hombres también. —Me pasé la mano por el cabello. *¡Qué frase tan tonta!* Me arrepentí apenas la dije.

Adan no comentó nada, solo sonrió. Esperaba que no pensara que yo era una idiota. Era raro sentir que se invertían los papeles. No estaba acostumbrada a ser quien cortejara a los hombres, por lo general ellos caían a mis pies, pero con Adan era diferente. Era como si tuviera el control total sobre mí.

—Dijiste que tu familia es de Florida, ¿cierto?

Asentí con la cabeza.

—¿Eres la única famosa en tu familia?

—No. Dylan Clark, el cantante pop, es uno de mis hermanos mayores.

—¿Quién? —Frunció el ceño, entrecerrando los ojos como si intentara buscar una imagen mental con ese nombre.

—Dylan Clark. Todo el mundo conoce a mi hermano.

—Perdón, no estoy muy al tanto de esas cosas del pop.

—Ya me di cuenta.

—Disculpa si eso te molesta.

—Para nada. —Seguí sonriendo. Cuanto menos interesado se mostraba en el estatus de mi familia, más interesante me parecía. Justo lo que más me había molestado en mis relaciones anteriores era que los hombres se acercaran buscando quince minutos de fama o exposición mediática.

—Qué bueno, porque soy realmente malo para esas cosas. Entiendo más de whisky. —Tomó el vaso que el camarero dejó sobre la mesa y me lo ofreció—. Pruébalo.

Tomé el vaso de sus manos, sintiendo cómo se rozaban nuestros dedos, y tardé unos segundos más en soltarlo, disfrutando del calor de su piel. Bebí un trago con naturalidad y no pude evitar hacer una mueca cuando el líquido bajó quemándome la garganta. Dean tenía la costumbre de tomar whisky, pero yo nunca había tenido curiosidad por probarlo, y no imaginaba que fuera tan fuerte.

—¡Wow! —Me mordí el labio inferior intentando disimular el ardor.

—¿Fuerte? —Se rió a carcajadas.

—Demasiado.

—Tiene casi tres veces más alcohol que el vino. —Sirvió una copa para mí y se quedó con el resto del whisky—. Las mujeres, en general, prefieren bebidas más suaves.

—No sé si las mujeres en general, pero en mi caso, tengo que darte la razón.

—Me doy cuenta. —Tomó algunos sorbos de whisky sin inmutarse, lo cual me dejó impresionada.

Bebí un poco de vino para quitarme el sabor del whisky. Imaginé que debía ser una bebida muy valorada y costosa, considerando el tiempo que se almacenaba, pero definitivamente no era lo mío.

La entrada era una ensalada escocesa con salmón ahumado deliciosa. Sin embargo, estaba tan concentrada en la conversación con Adan que apenas prestaba atención a los platos.

—¿De qué parte de Escocia es tu familia?

—Inverness.

—¿En serio? —Abrí los ojos, sorprendida—. ¡Qué interesante! ¿Tienen ese tartán tradicional? Sería gracioso verte con una de esas faldas escocesas.

—Nunca usé un kilt. —]Negó con la cabeza mientras se reía de mí—. Ni siquiera me imagino usando uno. Pero mi madre guarda unas fotos familiares donde se ve el tartán. Era rojo, antes de que preguntes. Parte de mis antepasados perteneció al clan Wallace. No sé cuándo ni qué rama de la familia empezó a usar el apellido Watson. Imagino que fue durante la dominación inglesa.

—Eso es increíble.

—Sí. —Mantuvo la mirada fija en mí antes de alcanzar la botella de vino—. ¿Quieres un poco más?

Asentí mientras cortaba otro trozo de mi carré.

Seguimos conversando y, sin darme cuenta, terminamos hablando sobre familia e infancia. Incluso me contó que su madre era una italiana que su padre conoció en un viaje, y con la que prácticamente se fugó a Estados Unidos. Y yo que pensaba que la historia de mis padres era digna de película.

—Creo que ya debería volver al chalet. —Miré a mi alrededor y noté que el restaurante estaba vacío. Solo seguía abierto porque yo estaba sentada con el dueño. Como no tenía mi celular, no tenía idea de qué hora era.

—Tienes razón. —Adan se levantó, y yo intenté hacer lo mismo, pero perdí el equilibrio.

—¡Cuidado! —Me sostuvo antes de que cayera.

—¡Gracias! —Sonreí apoyando una mano sobre su pecho. Tal vez mi equilibrio solo estaba afectado por el whisky y la media

botella de vino.

—¿Quieres que te ayude?

—Tú tomaste whisky y estás perfecto.

—Pero estoy acostumbrado.

—Ya me di cuenta. —Me reí como una tonta, pero él fingió no notarlo.

Adan mantuvo una mano firme en mi cintura mientras caminábamos de regreso al chalet donde me hospedaba. Parecía tan fuerte, o tal vez yo solo estaba demasiado borracha.

—¡Listo! —Me dejó frente a la puerta, pero en cuanto me soltó, apoyé las manos sobre sus hombros anchos.

Nunca me había sentido tan atraída por un hombre como para perder la compostura. El haber bebido no ayudaba en absoluto, porque el alcohol tenía esa maldita costumbre de disolver el filtro moral de las personas. Levanté la cabeza y encontré sus ojos verdes observándome con atención. Sentí un escalofrío al fijarme en su boca, que se veía aún más roja. Mi corazón se aceleró y contuve la respiración mientras me ponía de puntas y rozaba sus labios con los míos.

Adan se quedó quieto, y por un momento pensé que me rechazaría, pero para mi alegría, apretó mi cintura y atrajo mi cuerpo al suyo, encajando perfectamente con mis curvas. Presionó la lengua contra mis labios, pidiendo entrada, y todo mi cuerpo vibró cuando finalmente empezó a besarme. Aún podía saborear el whisky en su boca, pero eso no lo hacía menos delicioso.

Di unos pasos hacia atrás hasta que mi espalda chocó contra la puerta del chalet. Bajé las manos por sus brazos, sintiendo los

músculos bajo la tela de su camisa azul oscuro. Poco a poco, la sangre se me incendiaba a medida que su lengua buscaba la mía con más intensidad.

Cerré los ojos y me entregué al beso sin preocuparme por el lugar en el que estábamos. Apreté sus brazos antes de subir una de mis manos hasta su nuca, entrelazando los dedos en su cabello suave y rubio. Adan me empujó con más fuerza contra la puerta y yo jadeé entre sus labios. Mi boca empezaba a adormecerse, pero no quería que dejara de besarme.

Ese beso solo encendió algo más profundo: el deseo. Lo quería, y mucho. Por la forma en que me estaba besando, cada vez con más fuego, podía jurar que él me deseaba tanto como yo a él. Sus manos se aferraron con más firmeza a mi cintura y solté un gemido suave. Si aún tenía fuerzas para mantenerme en pie, desaparecieron por completo.

Me faltaba el aire, pero envolví su cuello con los brazos para evitar que se apartara. Sin embargo, justo cuando una de sus manos bajó por mi muslo y pensé que iba a deslizarla bajo mi vestido, sentí que Adan tuvo un momento de lucidez y se separó.

—Buenas noches, Daphne.

Me apoyé en la puerta para no caerme.

¿Por qué se fue?



Trece

Me recosté en la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, mirando el techo de madera de mi habitación. No podía decir que no había querido ese beso, ni que no lo estaba esperando. Por cada actitud de Daphne, se notaba que tarde o temprano su boca terminaría en la mía. Sin embargo, lo que no lograba entender era por qué me sentía tan extraño al respecto.

La deseaba desde el momento en que puse los ojos en ella. Intentaba convencerme de que todo el mundo quería a esa mujer y que no había nada especial en eso, pero no me estaba funcionando.

Me giré en la cama y me tapé los ojos con la almohada. Probablemente yo era solo una distracción para ella, así que, ¿por qué no hacer de ella una distracción para mí también? Solo quería relaciones pasajeras en mi vida, y Daphne podía ser una de ellas. ¿Por qué no?



—¡Papá! —Bryan saltó sobre mí en la cama y ni siquiera había notado el momento en que me había quedado dormido.

—¡Hola, hijo! —Me estiré antes de sentarme y observarlo dar pequeños saltos junto a la cama.

—¡Gracias, papá!

—Ah, ¿ya viste el dibujo con el autógrafo de Daphne?

—¡Sí, lo firmó!

Fue difícil no sonreír al ver lo emocionado que estaba. Tenía suficiente dinero como para darle el mundo a mi hijo, pero lo que lo entusiasmaba era una simple firma.

—¿No le dijiste que era para Max?

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—Porque escribió "con cariño, para Bryan", pero era para Max, papá.

—Creo que Max lo entenderá.

—¡Yo puedo arreglarlo! —Me aseguró inflando el pecho, como si ya fuera un adulto.

—Estoy seguro de que sí. —Le acaricié la cabeza—. ¿No deberías estar en la escuela?

—¡No, papá! Estamos en vacaciones de verano, ¿lo olvidaste? Las clases no vuelven hasta el mes que viene.

—Tienes razón. —Me rasqué la barbilla, aún sintiendo algo de sueño.

—Ayer hice una amiga. Se llama Sophia.

—¡Qué bien, hijo! —Me levanté de la cama y fui hacia el baño.

Bryan me siguió y se quedó parado en la puerta, observándome.

—¿Sabías que ella vive en Hollywood?

—No, no lo sabía. —Abrí el armario y saqué el cepillo de dientes—. ¿Dijo que es bonito Hollywood?

—Dijo que hay un montón de gente famosa. Uno de sus papás, Jake, es actor, y su mamá es escritora.

Escupí la espuma y me enjuagué la boca.

—¿Cómo que uno de sus papás? —Fruncí el ceño mientras cerraba la llave del agua.

—Su papá de verdad vive en Brasil y se llama Daniel. El otro está casado con su mamá y es el papá verdadero de su hermanito Leonard, pero ella también lo quiere mucho. Tiene suerte, ¿no? Tiene dos papás.

—Sí que la tiene, hijo. —Me sequé el rostro con una toalla.

Al volver a mirar a mi hijo, noté que tenía la cabeza baja y los ojos tristes. Fue una expresión que no entendí al principio, porque venía contándome que había hecho una amiga.

—¿Qué pasa, hijo? —Me agaché frente a él, tratando de entenderlo.

—Ella tiene dos papás, y yo no tengo ninguna mamá.

—¡Oh, Bryan! —Lo abracé—. Pero tienes a la abuela y a Grace, hijo. ¿No las quieres?

—Sí, las quiero mucho.

—Ellas también te quieren mucho. Te aman tanto, pequeñín, como yo te amo. —Le despeiné el cabello.

—Sí, pero... —Tragó saliva, incómodo para continuar.

—¿Qué pasa, Bryan? —insistí para que hablara.

—¿Por qué no tienes una novia? Podría ser una mamá para mí, como Jake es un papá para Sophia.

—Hijo... —Respiré hondo mientras pensaba qué decirle—. Aunque tuviera una novia, no significaría que sería tu mamá.

—¿Por qué no?

—Porque son roles diferentes.

—¿Roles? —Frunció los labios, pensativo.

Me froté las sienes, buscando una forma de explicarle eso de manera que pudiera entender. Una mujer en mi cama no garantizaba que él recibiría el amor que necesitaba.

—Puedo tener una novia que me quiera a mí, pero que no te quiera a ti, hijo.

—Entiendo. —Cerró los labios, molesto—. Ojalá encuentres una que sí me quiera.

—No te preocupes por eso, ¿de acuerdo? Papá no va a tener novia.

—Pero yo quiero que tengas.

—Dejemos de lado ese tema y vamos a desayunar. —Lo tomé por los hombros y lo guié fuera de mi habitación.



Catorce

Me cubrí los ojos mientras presionaba las sienes con las yemas de los dedos.

—¿Estás bien? —Jake se acercó a mí justo antes de que comenzáramos a grabar las escenas de ese día.

El paisaje a nuestro alrededor era hermoso. Estábamos frente a un puente, y era aterradoramente alto. No es que tuviera miedo a las alturas, pero esperaba no tener que correr sobre él durante la escena.

—¿Daphne?

—Perdón, Jake. Me duele un poco la cabeza. —Le sonreí con incomodidad.

—¿Resaca?

—Sí, tal vez bebí un poco de más anoche, pero media botella de vino normalmente no me deja así. Supongo que fue la mezcla con el whisky.

—¡Vaya! Por lo visto tu noche fue bastante animada. ¿Tú y el dueño del hotel están saliendo?

—No sé si usaría ese término. Estamos conociéndonos, y anoche nos besamos.

—Parece que te gusta mucho. Kalina me lo comentó ayer, en cuanto los vio juntos.

—Sí me gusta, pero no sé lo que él quiere.

—Sería un idiota si no quisiera estar contigo.

—Gracias, Jake. —Sonreí.

Poco a poco el dolor de cabeza iba cediendo, y esperaba que desapareciera del todo en los próximos minutos, para que no me afectara durante las grabaciones.

—Daphne y Jake, vamos a hacer la escena catorce. —La directora nos hizo una señal para que nos acercáramos. La esposa de Jake estaba junto a ella, y supuse que hablaban de algún detalle del guion.



Quisiera decir que no estaba ansiosa por volver al hotel esa tarde, pero sería mentira. Puede que haya bebido un poco más de la cuenta la noche anterior, sin embargo, estaba lo suficientemente sobria como para recordar el beso. Un beso que ansiaba repetir.

Me sentí un poco decepcionada por no verlo en las áreas comunes, pero imaginé que estaría en la destilería. Tendría que esperar hasta la noche.

Estaba yendo hacia el chalet cuando escuché que alguien me llamaba. Me giré y vi al hijo de Adan corriendo hacia mí. Solo se detuvo cuando casi tropezó con mis piernas.

—¡Daphne!

—Hola, Bryan. ¿Todo bien?

—Sí. Te estaba buscando.

—¿Por qué?

—Papá no te explicó bien.

—¿Qué cosa? Puedes explicarme tú ahora. —Le hice un gesto para que se sentara conmigo en la banca.

—Disculpe, señorita. —Una mujer apareció jadeando. Era la misma que ya había visto cerca del niño en otras ocasiones—. Bryan es tan travieso que no logro mantenerlo en un solo lugar.

—No se preocupe. Solo estamos conversando, ¿cierto, Bryan?

Él asintió, y su sonrisa se volvió aún más grande.

—Tu papá te dijo que no molestaras a los huéspedes.

—No se preocupe... —interrumpí la frase esperando que me dijera su nombre.

—Grace. Me llamo Grace, señorita.

—No se preocupe, Grace. Bryan y yo solo estamos conversando.

—Eso, Grace. Solo estamos conversando. —El niño infló el pecho y me hizo reír con su actitud de niño grande.

—Entonces, Bryan, dime qué fue lo que tu papá no me explicó bien.

—El dibujo que hice de ti y de Max. Era para Max, no para mí. Papá debió decirte que lo firmaras para Max.

—Ya veo. —No pude evitar sonreír con eso. Bryan era realmente un niño adorable—. ¿Sabes qué, Bryan? Podemos resolver esto juntos.

—¿En serio? —Su sonrisa se ensanchó.

—Claro. Haz otro dibujo, aún más bonito que el anterior, y tráemelo. Entonces escribiremos juntos una dedicatoria muy especial para Max.

—¡Sería genial!

—Vamos a hacer el dibujo, Bryan. —Grace le tendió la mano para que se levantara.

—¡Nos vemos después, Daphne! —Me dio un beso en la mejilla y se fue con la niñera.

—Te estaré esperando con el dibujo.

Confieso que a veces me preguntaba cómo era para Jake convivir con un niño que no era su hijo. Sin embargo, con cada momento que pasaba con Bryan, no parecía una tarea difícil. Solo eran niños, y necesitaban cariño y atención.



Después de darme un baño que debió durar una eternidad, me estaba preparando para la cena cuando escuché que sonaba mi celular. Dejé la toalla en el baño y fui a la cama a contestar.

—¿Carol?

—Hola, Daphne.

—Cuando oí sonar el teléfono, juré que era mi mamá.

—¿Estás esperando que te llame? Puedo colgar y hablamos luego.

—No. No la estoy esperando. Es solo la costumbre. Doña Laura quiere saberlo todo.

—Creo que ya lo noté.

—¿Y cómo estás tú y mi hermano?

—Estamos bien. Apenas subimos al autobús de la gira, él se duerme como un bebé. Te llamé para saber de ti. Me quedé con curiosidad sobre ese tal Adan.

—¡Ah! —Solté una carcajada—. Nos besamos anoche. En realidad, creo que fui yo quien lo besó, pero como él respondió, eso ya no importa.

—¡Wow! ¿Y fue bueno?

—¡Fue increíble! —Nos reímos juntas.

—Entonces, ¿la última soltera de los Clark también va a casarse este año?

—Todavía no llego a tanto, pero tengo esperanzas de que pueda surgir algo especial. Siento que incluso me estoy acercando a su hijo. Nunca me imaginé como madrastra, pero es un niño tan tierno.

—Estoy muy feliz por ti, Daphne.

—¿Por qué estás feliz? —Escuché la voz de mi hermano al fondo de la llamada.

—Nada importante, al menos no todavía —respondió Caroline.

—¿Y ahora ustedes dos van a guardar secretos? —Imaginé que él estaba haciendo un puchero enorme, lo que me hizo reír—. Solo espero que no estén tramando algo contra mí otra vez.

—Jamás. Nunca tramamos algo contra ti, mi amor.

—Todavía no olvido el día que Daphne me dejó encerrado afuera.

—Los dos necesitaban eso. ¡De nada! —respondí aunque Dylan no me oyera, y Caroline soltó una carcajada.

—Es cierto. Necesitábamos ese tiempo.

—¿De qué hablan?

—De que necesitábamos ese tiempo.

—Habla por ti. Yo casi me vuelvo loco atrapado en ese huracán. Nunca más dejo que te alejes así de mí.

Aunque su dramatismo era gracioso, me gustaba ver cuánto significaba Caroline para él.

Escuché que tocaban la puerta. *¿Sería él?* Mi corazón empezó a acelerarse.

—Carol, hablamos después. Tengo que colgar.

—Okay, ¡buena suerte!

—Gracias.

Quienquiera que fuera, volvió a tocar.

—¡Ya voy! —Tomé la falda que había dejado lista y me la puse antes de ir a abrir la puerta.

Para mi felicidad, era él. Adan estaba ahí parado, con una camisa polo azul rey y un jean oscuro. Su cabello rubio estaba mojado y peinado hacia atrás. Sus ojos verdes se iluminaron al verme, y yo jugueteé con el cabello, coqueteando un poco.

—¿Cenamos juntos otra vez?

—Me encantaría... —Mi sonrisa se volvió aún más grande y me acerqué a él, sin pensar demasiado si debía hacerlo o no.

Tomé la solapa de su camisa y me puse de puntillas para rozar sus labios con los míos. Adan no me rechazó; al contrario, puso las manos en mi cintura, aunque se contuvo. No me besó con la misma intensidad de la noche anterior, probablemente porque a esa hora aún había huéspedes despiertos.

Detuvo el beso, pero antes de alejarse del todo, me dio un pequeño beso final, lo que me dejó satisfecha.

—¿Papá?

Volteamos y vimos a Bryan a unos metros del chalet. Sostenía una hoja en las manos, probablemente el dibujo que le había pedido, y por la expresión de sorpresa en sus ojos abiertos de par en par, había presenciado el beso.

—¡Bryan!

—Ve a hablar con él. —Di unos pasos hacia atrás y dejé que Adan fuera con su hijo.



Quince

Siempre me esforzaba para que mi hijo no me viera con ninguna mujer, ni siquiera con aquellas que terminaban conmigo en el hotel. Siempre me aseguraba de antemano de que estuviera dormido o en otra parte. Sin embargo, cuando Daphne me besó, no pensé en eso o simplemente no quise apartarla. Ni siquiera consideré el riesgo.

—¡Ven, Bryan! —Lo tomé de la mano y lo llevé de regreso a casa conmigo.

Tendría que tener una conversación seria con Grace sobre dejar que el niño anduviera solo por ahí. Sabía que era inquieto, pero con un niño había que tener mil ojos encima todo el tiempo.

—Hijo... —Solo lo solté cuando ya estábamos en la sala.

—¡Estás arrugando mi dibujo, papá! —Parecía molesto conmigo.

—Perdón.

Él negó con la cabeza y tomó la hoja, estirándola con las yemas de los dedos.

—Sobre lo que viste...

Me miró y abrió una sonrisa enorme que me tomó por sorpresa.

—¡Tú y Daphne son novios, qué genial! Nadie en la escuela va a creer cuando les diga que Daphne Clark va a ser mi mamá. El hermano de Tom tiene una foto de ella como fondo de pantalla en el celular.

—No, Bryan. —Le puse las manos sobre los hombros. Justamente por eso tenía miedo de que mi hijo me viera con alguna mujer, no quería que se hiciera ilusiones ni que se lastimara. Ya era suficiente con que su madre lo hubiera abandonado, no quería que enfrentara otro tipo de dolor tan pronto—. Daphne y yo no somos novios, hijo. Ella no va a ser tu mamá.

—¿Por qué no? A mí me gusta. Tú la estabas besando...

—Solo fue un beso, hijo. —Lo jalé suavemente para que se sentara en el sofá a mi lado—. No siempre que las personas se besan es porque están en una relación. A veces simplemente quieren besarse y eso no significa que vaya a pasar otra vez. Cuando seas más grande, lo vas a entender.

—Yo creía que las personas se besaban porque se gustaban.

—Sí, eso también es cierto, hijo, pero gustar es algo muy amplio. A veces ese gusto lleva a un beso, pero no es suficiente para que las personas estén juntas por más tiempo.

—¿Por qué tú no quieres estar con Daphne? Ella es bonita.

—Hijo, es mucho más complicado que eso.

—No entiendo por qué. Me gusta ella, a Max le gusta y a Grace también.

—Algún día vas a poder entenderlo. —Acaricié su cabello rubio y le di un beso en la cabeza—. Ahora vamos a dormir. Ya deberías estar acostado y no andando por ahí.

—Daphne y yo acordamos en hacer otro dibujo para Max. Ya terminé el dibujo, solo falta que ella lo firme.

—Eso puede esperar hasta mañana. Ahora irás a la cama.

—¿Puedes leerme la historia de la casa con globos?

—Claro que sí. Vamos. —Le tomé los hombros y lo guié escaleras arriba.



Bryan tardó en dormirse. Aún estaba inquieto y temía que eso estuviera relacionado con el beso que había presenciado. No quería

que mi hijo se hiciera ilusiones con algo que estaba muy lejos de volverse realidad. Si planeaba seguir involucrándome con Daphne, sería mejor ser mucho más discreto. No es que creyera que eso fuera a durar mucho, tampoco tenía intenciones de que lo hiciera.



DAPHNE

CAPÍTULO

Dieciséis

—No viniste a cenar. Supuse que te habías quedado en el chalé, probablemente con compañía.

Estaba distraída y tardé algunos minutos en notar que Jake me estaba hablando mientras nos maquillaban para la escena del derrumbe. Era la primera vez que nuestros personajes quedaban completamente solos y, como consecuencia, se acercaban.

—No pasó nada de lo que estás pensando, pervertido.

—Yo no estoy pensando nada —dijo, fingiendo inocencia.

—Anoche apareció en la puerta de mi chalé y me invitó a cenar...

—Entonces terminaron en la cama —me interrumpió.

—¿Me dejas terminar? —Fruncí los dientes.

—Okay, perdón.

—No me acosté con él, si eso es lo que estás imaginando. En realidad, ni siquiera estuvimos cerca de eso. Yo lo besé y su hijo nos vio. Adan fue a hablar con el niño y desde entonces no nos hemos vuelto a hablar.

—Puede ser confuso para el niño, sobre todo dependiendo de la relación que tenga con su madre.

—Adan me dijo que el niño prácticamente no la conoció. Cuando ella se fue, él todavía era un bebé.

—Bueno, es difícil prever la reacción del niño, ya que no lo conocemos bien. Podría alegrarse o tener celos del padre.

—Lo sé...

Empezaba a sentirme inquieta. ¿Y si Bryan le había pedido a su padre que se alejara de mí? Si eso fuera cierto, acercarme a Adan y a su hijo iba a ser todavía más difícil de lo que imaginaba.



Grabar ese día me dejó un poco tensa. Hubo una escena de beso entre Jake y yo, con Kalina mirando, y sentía el peso del mundo sobre mí. Por más que fuera puramente profesional, y aunque Jake no escondiera (por la forma en que miraba y sonreía a su esposa) lo enamorado que estaba de ella, Kalina se mostraba mucho más tranquila que otras esposas cuyos maridos habían hecho pareja romántica conmigo. Eso se debía, sin duda, a una relación estable y segura. Él era suyo, y ella lo sabía perfectamente.

Deseaba que algún día pudiera tener una relación como la de ellos.

—¡Daphne! —Escuché que Bryan me llamaba en cuanto entré al hotel.

Estaba sentado en una mesa dibujando, cerca del perro y la niñera.

Había una sonrisa tan grande iluminando su rostro que respiré aliviada. No estaría sonriéndome así si estuviera molesto por haberme visto besar a su padre.

—Ayer no firmaste el dibujo de Max.

—Es cierto. —Me acerqué a él y corrí una silla para sentarme más cerca—. ¿Lo tienes contigo?

—¡Sí! —Sacó una de las hojas y me la entregó. Era un dibujo muy parecido al que Adan me había traído. Una versión simple e infantil con mis rasgos al lado de un perro amarillo.

—¿Puedo usar uno de tus lápices de colores? No tengo ningún bolígrafo conmigo.

—Claro que sí. Toma este. —Me extendió uno color rosa.

Escribí una dedicatoria para Max y firmé con mi nombre.

—¡Muchas gracias, Daphne!

—De nada, cariño.

—También puedes firmar este. —Me dio el dibujo que estaba terminando.

—¡Sí!

Lo tomé para verlo mejor. Aunque no fuera una obra de arte realista, supe que nos había dibujado a su padre y a mí. Estábamos tomados de la mano en un jardín lleno de flores de colores. El niño no lo había dicho con palabras, pero ese dibujo me pareció una señal clara de que me daba su aprobación para estar con su papá.

—Este lo firmo para tu papá, ¿verdad?

Bryan asintió. Su sonrisa y su entusiasmo solo crecían.

—¿Daphne?

—¿Sí?

—¿Tú me quieres?

—¡Claro, Bryan! ¿Por qué no querría a un niño tan lindo como tú?

—Me gustaría que tú y mi papá fueran novios, y que tú fueras mi mamá.

Me puse completamente incómoda, y la forma en que Grace lo miró con desaprobación me salvó de tener que responderle. Por más que deseara a Adan, lo cierto era que solo lo conocía desde hacía unos días. No sabía hasta dónde podría avanzar nuestra relación. Si

es que avanzaba. No podía alimentar falsas esperanzas en el corazón de Bryan.

—Hay cosas que dependen de tu papá, pero ¿sabes qué no depende de él?

—¿Qué?

—Que seamos amigos. Puedo prometerte que voy a ser tu amiga.

—¡Gracias, Daphne! —Se levantó, rodeó la mesa y me abrazó con fuerza.

Le devolví el abrazo sintiendo un calor reconfortante en el corazón. La hija de Dean todavía no había nacido. Mi contacto con niños era solo durante grabaciones, y ni siquiera tenía tiempo para generar algún vínculo real con ellos. Pero con Bryan, me estaba enamorando de cada momento a su lado.

—¡Bryan! —gritó la hijastra de Jake al detenerse a pocos metros de nosotros—. Ven a jugar conmigo. Mamá dijo que puedo jugar un ratito antes de bañarme.

—¡Me voy, Daphne! —Me dio un beso espontáneo en la mejilla y salió corriendo para reunirse con la niña.

Me quedé observándolo mientras se alejaba y corría detrás de Sophia.

No es que no quisiera formar una familia. La verdad es que sí lo deseaba, por mí misma, por las semillas que mi madre había sembrado y por los sueños que tenía. Solo que no esperaba que, al involucrarme con un hombre, él pudiera terminar dándome una familia completa.

—Perdón por lo que dijo Bryan... —empezó Grace.

—No te preocupes. Es encantador.

Me quedé observándolo mientras jugaba con Sophia hasta perder la noción del tiempo.



Diecisiete

Tuve una reunión con el departamento financiero y administrativo de la destilería en la tarde, y cuando regresé al hotel, ya era de noche. Fui a mi chalé y, al entrar, vi que Bryan estaba dormido en el sofá de la sala. Debía de estar agotado.

—¿Qué hace aquí, Grace? —pregunté a la niñera, que apareció en cuanto escuchó mi voz.

—Insistió en esperar a que usted llegara. No pensé que se iba a demorar tanto, lo siento.

—Está bien. Lo llevaré a la cama.

Me detuve al lado del sofá y noté que mi hijo estaba abrazando una hoja blanca. Le aparté con cuidado los brazos para sacarle el papel, y vi que era un dibujo. Había dos personas tomadas de la mano, un hombre y una mujer. El hombre se parecía mucho a cómo él suele dibujarme, y la mujer, de cabello oscuro, supe enseguida que era Daphne en cuanto vi la dedicatoria que ella me había escrito. No me gustó lo que vi, sobre todo por la confusión que eso podía generar en la cabeza de mi hijo. Aún era muy pequeño para entender que no había nada serio entre esa mujer y yo.

Lo cargué y lo llevé a su cuarto, lo acomodé en la cama, y cuando iba camino a mi habitación, mi madre me interceptó en el pasillo.

—Te tardaste hoy.

—Tenía asuntos importantes que atender.

—Bryan estuvo muy feliz hoy. Deberías haberlo visto.

—Creo que la conversación que tuve con él anoche no fue suficiente —dije, bajando la cabeza, molesto.

—¿De qué hablaste con él? ¿Qué tiene de malo que el niño esté ilusionado?

—Anoche me vio besando a Daphne.

—¿Daphne? ¿Esa actriz que está hospedada aquí?

—Esa misma.

—¿Y qué está pasando entre ustedes?

—Nada.

—Si no pasa nada, ¿por qué la besaste? En mi época nadie se besaba solo por besar.

—¡Mamá! —bufé—. Hoy las cosas son diferentes, doña Agnes.

—Por eso el niño se confunde. ¿Qué quieres tú con esa mujer, hijo?

—Sexo.

Mi madre abrió los ojos como platos y tragó saliva, claramente arrepintiéndose de haber preguntado.

—Ya no tienes edad para eso, Adan. No sé cuántos años más voy a estar aquí contigo. Tu padre se fue el año pasado, y durante años no tuvo la mejor salud del mundo...

—Deja de hablar así, mamá —le gruñí—. Tus exámenes están perfectos.

—¿Y hasta cuándo? Necesitas una buena mujer a tu lado, Adan. Por tu bien y por el del niño.

—¡No, mamá! —Negué con la cabeza—. Ya pasé por eso una vez y no pienso volver a pasar por lo mismo.

—No todas las mujeres son como Janeth, Adan —dijo, poniéndose las manos en la cintura y sacando el pecho.

—No estoy dispuesto a jugar a la ruleta rusa. Ellas quieren mi dinero y yo quiero placer. Solo eso.

—Ten cuidado con las personas a las que puedes herir pensando así. Sobre todo con Bryan.

—Voy a cuidar de mi hijo como lo he hecho todos estos años. Lo estoy protegiendo. Ese niño no necesita ser abandonado otra vez,

mamá.

—¿Tienes miedo de que él sufra o de sufrir tú?

—Ambas cosas —me vi obligado a confesar. Ya no tenía corazón para soportar otra vez ese dolor del abandono—. No quiero seguir hablando de esto, ¿está bien, mamá? Quiero que mi vida se mantenga tal como está.

—Está bien. Solo espero que cambies de opinión pronto.

Negué con la cabeza y pasé junto a ella. No quería seguir hablando de ese tema. Mi madre era una mujer que creía en el amor. Tal vez lo que vivió con mi padre realmente fue especial, pero yo ya había tenido suficiente de corazones rotos para el resto de mi vida.



Dieciocho

Estaba en el chalé, dudando si ir o no al restaurante con la esperanza de encontrarme con Adan. Al final, terminé pidiendo servicio a la habitación. No solía lanzarme tanto con un hombre, y quizás estaba perdiendo el control de la situación.

Tener a Bryan cerca, convivir con él, encariñarme de forma maternal con ese niño, me estaba haciendo apostar todas mis fichas a una relación que ni siquiera sabía si tenía futuro. Nos habíamos dado un par de besos y ni siquiera sabía si eso iba a evolucionar a algo más, considerando que no volvió a buscarme desde que el niño nos vio besándonos.

Bebí los últimos sorbos de un jugo de naranja antes de contestar el teléfono.

—¿Mamá?

—Querida, ¿cómo estás?

—Estoy bien, mamá. ¿Y cómo van las cosas por allá? No he visto televisión, ¿hay otro huracán rondando?

—No. Gracias a Dios. Llovió el fin de semana, pero nada más. Dean se fue de viaje con Angel a Londres y estoy aquí con Valeria, pero extraño la casa llena.

—Pronto tendrás una nieta corriendo por todos lados.

—No veo la hora de que nazca Clara.

—¿Clara? ¿Ese es el nombre que le van a poner?

—No. Aún no decidieron. Es solo una sugerencia mía. Me haría muy feliz si tuviera un nombre brasileño.

—Mamá, ¡deja que la niña tenga un nombre estadounidense!

—Solo fue una sugerencia, como dije.

—Conozco muy bien tus "sugerencias", doña Laura.

—Ustedes siempre actúan como si no les gustaran mis opiniones. Tus hermanos están muy contentos después de un empujoncito mío.

—Prácticamente los tiraste por las escaleras. —Solté una carcajada—. Pero no puedo negarlo, están felices.

—¿Viste? Soy una buena madre.

—Nunca lo he dudado.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Conociste a alguien en estos días?

—Mamá, vine aquí por trabajo. —Dudé si debía o no contarle algo sobre Adan.

—Pero también necesitas un tiempo para ti, hija. A veces siento que te sientes muy sola pasando tanto tiempo lejos de la familia.

—Dylan también está lejos.

—Pero él tiene a Caroline.

—Llevan solo unos meses, mamá.

—Oficialmente...

—Siempre estás armando cosas, ¿no es cierto?

—Yo no hice nada. Todo fue de Dylan.

—Claro... Bueno, tal vez conocí a alguien que me gusta, pero todavía no sé si esto va a funcionar o si siquiera pasará algo.

—¿Quién es? ¿Cuántos años tiene? ¿Es otro actor? ¿Ese guapísimo con el que estás actuando?

—Mamá, Jake está casado y está completamente fuera de cualquier posibilidad. Incluso tú lees los libros de su esposa, la brasileña Kalina Richter.

—¿Está casado con ella? Amo los libros que escribe.

—Sí. Ella está aquí. Luego le pediré que me firme unos ejemplares para ti.

—Estás evadiéndome, Daphne.

—No es eso, mamá. Solo que no quiero convertir esto en un interrogatorio. Tiene cuarenta años y un hijo adorable de seis. Por ahora, eso es todo lo que necesitas saber.

—Cuarenta... ¿No es muy viejo para ti, hija?

—¿No te pareció viejo Dean para Angel?

—Bueno... —retrocedió, admitiendo que le devolví su propio argumento—. ¿Es guapo?

—Demasiado. Es rubio, tiene ojos verdes...

—¿Es educado?

—Sí.

Ahí estaba mi madre, continuando el interrogatorio aunque ya le había dicho que no insistiera.

—Mamá, tengo que colgar.

—¿Vas a verlo? Quiero una foto...

—No, voy a dormir. Nada de fotos. Al menos por ahora.

—Está bien. Buenas noches, hija. Te amo.

—Yo también te amo, mamá.

Colgué la llamada y fui al baño a cepillarme los dientes antes de acomodarme en la cama y cerrar los ojos.



Me acerqué al muro de piedras que se había formado por el derrumbe. Tomé la primera piedra y la arrojé lejos justo cuando Jake llegó a mi lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Me niego a quedarme aquí y morir sin hacer nada.

—Podríamos tardar días o incluso semanas en quitar todas estas piedras y abrir paso.

—Entonces, cuanto antes empecemos, mejor.

—¡Corten! —gritó la directora mientras se acercaba—. Estuviste espectacular, Daphne.

—Gracias. —Sonreí.

—Continuamos mañana. Por ahora están libres.

Me aparté de ellos, tomé una toalla de una asistente de producción y un vaso de agua mineral. Aunque las piedras eran de espuma, fingir que hacía esfuerzo me hizo sudar de verdad.

No era mi intención, pero terminé mirando a Jake cuando fue hacia Kalina. Me pareció tan tierno cómo se acercó y la abrazó, robándole un beso que la hizo ponerse nerviosa frente al resto del equipo. Esperaba que algún día tuviera un esposo que me mirara como Jake mira a Kalina.



Regresé al hotel esa tarde acompañada de Jake y Kalina. Íbamos camino a los chalés cuando escuchamos risas y, al girarnos, vimos a Bryan y Sophia corriendo hacia nosotros con los brazos hacia atrás.

—¿Qué estás tramando, piojita? —Jake intentó levantar a Sophia, pero ella esquivó el intento y se paró frente a Kalina, justo cuando Bryan se detuvo frente a mí.

—Mami, agáchate y cierra los ojos.

—¿Por qué? —Kalina la miró de lado, desconfiada.

—Solo hazlo, mami, por favor.

—Está bien. —Se agachó y cerró los ojos.

—Tú también, Daphne —me pidió Bryan.

—¿Qué pasa? —Sentí una mezcla de ansiedad y nervios.

—No es nada malo.

Asentí e hice lo mismo que Kalina, esperando ansiosa lo que iban a hacer. Pude ver la silueta de sus piecitos moviéndose mientras se estiraba lo más que podía. Levantó los brazos y sentí que colocaba algo en mi cabeza. Luego me dio un beso en la mejilla y se alejó.

—Ya pueden abrir los ojos.

Me incorporé y miré a Kalina. Llevaba una corona de flores hecha con pequeñas florecillas blancas silvestres, algunas hojas y lo que me pareció ser manzanilla, una flor pequeña y amarilla. Me toqué la cabeza y supuse que Bryan había hecho el mismo arreglo para mí.

—Ustedes son nuestras reinas —dijo con la sonrisa más grande del mundo.

Eso derritió mi corazón y me hizo suspirar. Por cómo se nubló un poco mi vista, imaginé que se me habían humedecido los ojos. Me agaché, lo abracé con fuerza y lo llené de besos. Solo paré cuando sentí que ya casi lo ahogaba, pero igual lo cargué, manteniéndolo bien cerca de mí.

—Eres un príncipe, Bryan.

—¡Gracias! —Me abrazó por el cuello y se quedó pegado a mí como una garrapata—. ¿Después podemos jugar con Max?

—Bryan, Daphne debe de estar cansada —lo reprendió Grace.

—Después podemos jugar con él, sí.

—¡Qué bueno! —Me dio un beso en la mejilla y saltó al suelo.

—Vamos a bañarnos —dijo Grace, haciendo un gesto para que el niño se acercara.

—¡Adiós, Daphne! —Me saludó con la mano y siguió a la niñera todo animado.

—¡Adiós, Bryan!

—¿Ya te ganaste un hijastro? —preguntó Jake en cuanto el niño se alejó.

—No sé si un hijastro, pero sí un amiguito. Es un encanto.

—Bryan cree que vas a ser su mamá —comentó Sophia.

—No puedo ser su mamá.

—Pero puedes ser como Jake lo es para mí —dijo mientras abrazaba la cintura de su padrastro.

—Soph, eso es entre Daphne y Adan. No te metas, ¿de acuerdo?

—Solo dije lo que piensa Bryan. —La niña se encogió de hombros.

—Los niños.... —dijo Kalina riendo—. Nos meten en cada lío.

—Así es —respondí con una sonrisa incómoda, sin saber qué más decir.

Quería lanzarme de lleno a eso, pero algo dentro de mí me decía que tuviera cuidado. Tal vez era por todas las relaciones que ya había tenido. Me habían roto el corazón más veces de las que me gustaría recordar.

—Voy al chalé. Si no nos vemos en la cena, hasta mañana.

—Hasta mañana, Daphne. —Jake puso la mano en la cintura de su esposa.

—Buenas noches. —Kalina me saludó con un gesto.

Terminé de caminar hasta el chalé y, apenas entré, me detuve frente al espejo para mirar la corona que Bryan había hecho para mí. Estaba un poco aplastada en algunas partes y deshaciéndose en otras, señal de que la había hecho con sus propias manos. Eso la hacía todavía más especial.

Yo tenía veintiocho años, había llegado al punto más alto de mi carrera. Tenía dinero para hacer lo que quisiera, pero pasar parte de mi tiempo con ese niño me hacía desear cada vez más tener una familia. Tal vez era toda esa presión que doña Laura me metía en la cabeza, pero sentía esa necesidad con más fuerza cada día. No quería tener que esperar hasta los cuarenta para ser mamá.

Estaba por quitarme la blusa cuando escuché que golpeaban la puerta.

—¿Daphne? —La voz de él hizo que mi corazón se acelerara.

Fui hasta la puerta y la abrí.

—¿Adan?

Estaba parado ahí con las manos en los bolsillos del pantalón negro y la cabeza un poco agachada, mirándome entre los mechones de su cabello rubio.

—¿Puedo pasar?

—Sí. —Me hice a un lado y lo dejé entrar.

—¿Estabas ocupada?

—No. Iba a ducharme. —*Puedes venir conmigo si quieres*, completé en mis pensamientos, sin atreverme a decirlo.

—Podemos hablar después.

—No. —Cerré la puerta detrás de él—. Quédate. ¿Hablaste con Bryan?

—Sí. Con el tiempo lo va a entender.

—¡Qué bueno! —Mi sonrisa se ensanchó.

—¿Y eso que tienes en la cabeza?

—Es una corona. La hizo Bryan. ¿Te gusta? —Toqué el arreglo sobre mi cabeza.

—Eres hermosa. Es difícil que algo no te quede bien.

—Gracias. —Bajé el rostro sintiendo mis mejillas sonrojarse.

La tensión entre nosotros crecía rápido y yo no sabía qué hacer. Deseaba tanto a ese hombre que empezaba a ponerme ansiosa. Por lo general, ellos hacían de todo por estar conmigo, pero Adan era reservado, medido. No sabía cuándo se rompería esa tensión y por fin me estrecharía entre sus brazos.

—Daphne... —comenzó a decir, pero rompí la distancia que nos separaba.

¿Sabes qué? A la mierda todo.

Me quité la corona de flores que Bryan había hecho y tomé el rostro de su padre, sintiendo la barba sin afeitar rasparme las palmas mientras lo acercaba a mí. Ya no aguantaba más las ganas, y por la forma en que me agarró de la cintura y me sentó sobre la

cómoda al lado del espejo, supe que él tampoco. Mordí su labio antes de buscar su lengua con la mía.

Me apretó la cintura, deslizó los dedos por debajo de mi blusa y tocó directamente mi piel, subiendo las manos hasta mis tetas. Tocó el sostén hasta meter los dedos por debajo de la tela. Mis pezones se endurecieron con su roce y gemí con la boca en su cuello, saboreando su piel.

Adan bajó las manos y, cuando pensé que tal vez se iba a controlar, agarró mis nalgas, las apretó, bajó por mis muslos y volvió a sujetarme con fuerza. Estaba un poco nerviosa y hasta culpable por haberme lanzado así sobre él, pero ese sentimiento se disolvió bajo el calor y el peso de sus manos recorriéndome sin reservas.

Su tacto y su beso eran tan intensos que me hacían arder. Ya lo imaginaba, y toda esa expectativa de estar con él volvía cada momento más apabullante. Deslicé los dedos por el cuello de su camisa y solté el primer botón, revelando parte de su pecho.

Adan levantó la cabeza, nuestras miradas se encontraron otra vez y vi cómo sus pupilas se dilataban, tiñendo de negro el verde de sus ojos. Había deseo en cada línea de su rostro.

Moví la mano hacia un lado y algo cayó al suelo. No supe qué era, no pareció romperse, pero no me importó en absoluto. Toda mi atención estaba centrada en el hombre que volvió a tomar mi boca. Sus manos regresaron a mi cintura y sus pulgares se deslizaron por mi vientre, subiendo mi blusa. Pasé los talones por sus piernas, dejé caer los zapatos al suelo y cerré las piernas alrededor de su cintura. Le había ofrecido un banquete a Adan y él se deleitaba con mis curvas.

Su boca me devoraba, me consumía hasta dejar mis labios adoloridos, haciéndome olvidar de todo lo que no fuera ese deseo.

Volví con las manos a su camisa y, uno a uno, fui desabrochando los botones mientras su boca no se separaba de la mía. Subí la cabeza en busca de aire y mordí su oreja, luego le quité la camisa, deslizándola por sus hombros hasta que cayó al suelo.

Me tomó del mentón y levantó mi rostro, rozó su barba por mi cuello antes de morderlo y succionar mi garganta. Gemí, cerrando los ojos con fuerza, dejándome llevar completamente por las sensaciones que me dominaban. Me apretaba contra él mientras nos besábamos, haciéndome quererlo cada vez más dentro mío.

Pasé las palmas por su pecho, sintiendo el calor de su piel, el volumen y la firmeza de sus músculos. A pesar de su edad, Adan tenía un cuerpo atlético y sólido. Sus hombros eran lo suficientemente anchos como para envolverme por completo, haciéndome sentir protegida.

Me quitó la blusa y levanté los brazos para que pudiera sacármela. Entonces hundió la cabeza entre mis senos y mordisqueó uno. Solté un gritito cuando una corriente me recorrió el cuerpo. Rasgué su espalda con las uñas al echar la cabeza hacia atrás, elevando mis tetas para presionarlas contra su rostro, pidiéndole en silencio que siguiera. Abría la boca una y otra vez, pero solo salían gemidos.

Respiraba entrecortadamente, el corazón me latía con fuerza y el calor húmedo entre mis muslos se volvía insoportable. Todo lo que quería era sentirlo dentro mío.

Con las manos rodeó mis senos y fue hasta mi espalda, desabrochando el sostén y quitándolo por fin. Su boca se apartó apenas lo necesario para quitar la prenda, luego atrapó uno de mis pezones con la boca y un gemido escapó de mi garganta. La fricción deliciosa de su piel contra la mía, el calor de su boca sobre mi pecho, transformaban el fuego en mis venas en un incendio.

Me sujetó otra vez de la cintura y envolví sus caderas con las piernas mientras me alzaba y subía conmigo por las escaleras hasta la cama. Me acostó sobre las almohadas, quedando entre mis piernas. Extendí la mano y acaricié su rostro, haciéndole mantener la mirada mientras bajaba el cierre de mi pantalón y lo retiraba. Me dejó con solo una tanga de encaje antes de quitarse los pantalones y la ropa interior.

Se recostó sobre mí, cubriéndome con el calor de su cuerpo. Su boca buscó la mía, yo lo abracé por los hombros, devolviéndole cada caricia con la lengua. Adan metió la mano en mi ropa interior y deslizó el dedo medio entre los labios húmedos de mi vulva hasta llegar al clítoris. Mis gemidos contra sus labios se hicieron más agudos mientras me estimulaba en círculos.

Extendí la mano y toqué su verga, sintiéndola palpitar entre mis dedos. La rodeé con la mano y la deslicé arriba y abajo, devolviéndole el placer, aunque lo que realmente quería era sentirlo dentro mío. Entonces él se apartó, dejando de besarme. Solté un bufido. No podía creer que se detuviera ahora, justo cuando lo necesitaba tanto. Pero mi disgusto se desvaneció cuando vi que sacaba algo metálico de su billetera y volvía a la cama. Se colocó un preservativo, luego me sujetó por las piernas, separándolas bien, me quitó la ropa interior y se posicionó entre ellas.

Sostuvo mis manos contra las almohadas mientras se deslizaba dentro mío. Estaba tan mojada que no tuvo ninguna dificultad para entrar. Levanté las caderas, sintiéndolo llenar cada rincón, con su cuerpo rozando deliciosamente mi clítoris. Me lamió los labios antes de besarme el cuello mientras empezaba a moverse con embestidas lentas y profundas.

Pasó las manos bajo mi espalda, sujetándome de la base para atraerme contra él con cada movimiento. Lo abracé por el cuello, acariciándole el cabello, queriendo mantener su rostro cerca del mío y escuchar sus gemidos mientras nos dejábamos llevar.

Giré sobre la cama y me quedé encima de él, agarrándolo por los hombros. Coloqué mis piernas a los lados de su cuerpo y él me sujetó por la cintura, marcando el ritmo mientras me balanceaba sobre él. Apoyé mi frente en la suya, jadeando y gimiendo, hasta que Adan me sujetó de la nuca y volvió a besarme.

Mordí su labio inferior, sintiendo el sabor metálico que compartí con su lengua. Intensifiqué los movimientos, guiada por el impulso de alcanzar el orgasmo.

Él me apretó contra su cuerpo y lo sentí temblar al acabar dentro del preservativo, pero yo no me detuve, quería llegar con él. Lo besé, atrapando sus gemidos. Luego dejó caer la mano a mi nuca y la bajó entre nuestros cuerpos, buscando mi clítoris. Me moví aún con más intensidad hasta que una explosión recorrió mi cuerpo, provocándome un orgasmo intenso. Gemí, gemí fuerte, sin preocuparme por el ruido.

Aún jadeando, acaricié su rostro y lo besé de nuevo. Estaba en las nubes, segura de que ese era el hombre que quería para mí.

—Creo que ahora sí puedes darte esa ducha —dijo, apartando con cuidado un mechón de mi sudoroso rostro.

—En un rato. —Seguí abrazada a él, con las manos en sus hombros. Quería seguir sintiendo su piel desnuda junto a la mía. Para ser sincera, no quería salir de sus brazos por lo menos en varias horas—. Eres tan guapo —murmuré, recorriendo su frente con la yema de los dedos.

—Tú también lo eres. —Tomó mi rostro por el mentón y volvió a besarme—. Déjame cambiar el preservativo. —Presionó mis labios con el pulgar mientras se alejaba.

—Está bien. —Me recosté de lado, aún sin tener completo control de mi cuerpo.

Vi a Adan deshacerse del condón usado y colocarse otro. Eso hizo que una sonrisa naciera en mis labios.

—Ven aquí. —Le extendí la mano, haciéndole señas para que regresara a la cama.

Adan se arrastró por encima mío y lo abracé por el cuello, reclamando de nuevo sus labios. Nos acomodamos hasta que mi espalda quedó recostada contra el cabecero. Adan me tomó del cuello y me tiró del cabello justo en el instante en que volvió a penetrarme. Atrapó mi gemido con su boca mientras me embestía con fuerza, con estocadas firmes, profundas, deliciosas. Yo podría quedarme toda la noche en la cama, haciendo el amor con él.

—¿Te gusta esto? —dijo, entrando con más fuerza solo para escucharme gemir.

Asentí, humedeciéndome los labios.

—¿Y si te pongo en cuatro patas? —preguntó al oído, erizándome la piel.

No respondí. Solo lo empujé, me giré y me apoyé con las manos en el cabecero. Adan me sujetó de la cintura y se unió a mí otra vez. Cada vez que se alejaba para volver a embestirme, yo me lanzaba hacia él. Ese ritmo era adictivo. Adan se entregó por completo, besaba y lamía mi cuello, apretaba mis tetas, me jalaba el cabello, haciendo que el placer solo aumentara más y más. Poco después estábamos derrumbándonos en la cama, jadeando otra vez.



Diecinueve

Salí de la bañera y tomé una de las toallas limpias, dejando a Daphne allí, mirándome y sonriéndome. Suponía que el sexo con ella podría ser bueno, pero había sido maravilloso. Solo paramos porque ya no dábamos más físicamente. Y eso, de alguna manera, me asustaba. Nunca había sentido tanto deseo por una mujer antes, ni siquiera por la madre de Bryan. Culpé a su belleza extraordinaria y a su cuerpo espectacular, y esperaba que fuera solo eso.

No tenía idea de qué hora era, solo suponía que ya era tarde porque tenía mucha hambre. Iba a tener que comer algo antes de dormir.

Recogí mi ropa y las cosas que estaban esparcidas por el chalé donde ella se estaba hospedando, y empecé a vestirme.

—¿Ya te vas? —Noté una pizca de decepción en sus ojos azules.

—Necesito irme. Los dos tenemos que trabajar temprano mañana.

Ella salió de la bañera y pude contemplar su cuerpo desnudo hasta que se cubrió con una bata.

—Quédate conmigo esta noche.

—No puedo. Sabes que no vamos a dormir. —Le sonreí con picardía, y vi cómo sus mejillas se sonrojaban.

—Creo que podría pasar una noche en vela contigo.

—Esta noche no. Tengo una reunión importante mañana.

—Está bien. —Mantuvo la sonrisa.

Como de costumbre, abrí mi billetera y saqué los billetes que había dentro, casi mil dólares, y los dejé sobre la cama. Daphne los vio y su expresión cambió por completo: tenía una mezcla de confusión y sorpresa.

—¿Para qué es ese dinero? —Abrió los ojos, desconfiada.

—Por la noche que pasamos.

—¿Qué?

—El dinero deja claros los límites de nuestra relación. Evita malentendidos.

—¿Malentendidos? —Cualquier atisbo de felicidad en su rostro se desvaneció junto con el sonido de mi voz.

—El dinero es por el sexo.

Ella apretó la mandíbula y frunció el ceño. No tuve tiempo de anticiparme a su reacción antes de que su mano estallara contra mi mejilla. No esperaba que me golpeara. Me llevé la mano al rostro, sintiendo el ardor, y me quedé ahí, quieto frente a ella, desconcertado.

—¿Tú crees que soy una prostituta, Adan? ¿Crees que me acosté contigo por dinero?

—Yo no creo nada, pero ¿no es eso lo que siempre quieren las mujeres? ¿Dinero?

Vi cómo todo el brillo que tenía por mí se transformaba en odio, tan rápido como una hoja de papel envuelta en llamas.

—Pensé que podías ser muchas cosas, Adan. Menos un terrible idiota. —Tomó el dinero de la cama y me lo lanzó encima—. ¡Trágate esta mierda! Métetelo por el culo o haz con él lo que te dé la gana, pero sácalo de mi vista. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

—¿Ahora vas a empezar a insultarme? —Recogí los billetes.

—Tú fuiste el que empezó. Pensé que eras maduro e inteligente, pero eres un completo imbécil. ¿Acaso olvidaste quién soy antes de ofrecerme ese maldito dinero? Soy Daphne Clark, la actriz mejor pagada de los Estados Unidos. Ya me ofrecieron millones por posar desnuda y nunca acepté.

—¿Entonces son millones lo que quieres?

—¡Hijo de puta! —Se lanzó sobre mí y tuve que sujetarla para que no me pegara otra vez—. Aunque no fuera una actriz famosa, formo parte de una de las familias más ricas del país. Que me ofrezcas dinero es una ofensa. Tal vez la idiota fui yo. —Retrocedió, con los ojos llenos de lágrimas, y la solté.

—¿Por qué?

—Pensé que podíamos tener algo especial. Me ilusioné con eso, pero tú no eres mejor que los otros hombres que he conocido. Quizás seas peor, porque ninguno me había humillado de esta manera. ¡Lárgate! —Me empujó del hombro—. ¡Vete!

—¿Daphne?

—¡Fuera!

Me aseguré de haber recogido todas mis cosas y me di la vuelta, bajando las escaleras para salir del chalé.

Durante los últimos seis años, permanentemente hice lo mismo: siempre pagué a las mujeres con las que me acosté, y ninguna había tenido una reacción ni remotamente parecida a la de Daphne. Tal vez porque ninguna de ellas realmente tenía el dinero que ella tenía. Por lo que dijo, Daphne incluso podría ser más rica que yo.

Caminé hacia mi chalé confundido. Si no quería mi dinero, entonces, ¿qué quería conmigo una mujer tan joven y hermosa como ella?

—¿Hijo?

—¿Mamá? —Me sorprendió verla tejiendo cerca de la chimenea al entrar—. ¿Qué haces despierta?

—Esperándote. Dijiste que llegarías tarde.

—No tienes que esperarme, mamá. Ya no hay necesidad de eso. Dejé de ser un adolescente hace mucho tiempo.

—Siempre me preocuparé por ti, hijo. ¿Por qué tienes la cara roja?

—¿La tengo roja? —Me toqué la mejilla y todavía ardía. Daphne era más fuerte de lo que imaginaba.

—¿Qué pasó?

—Me dieron una bofetada.

—¿Una bofetada? —Mi madre dejó el tejido a un lado y abrió los ojos con sorpresa—. ¡Dios santo! ¿Por qué? ¿Quién te golpeó?

—Daphne.

—¿Y por qué te golpearía?

—Tuvimos un momento... y parece que no le gustó cómo terminó.

—¿Qué hiciste, hijo? —Bufó, juzgándome incluso antes de escuchar la historia completa.

—Intenté pagarle, como siempre hago, y se ofendió.

—¡Adan, no! —Mi madre bajó los hombros, y su expresión de decepción me incomodó. Era la persona que más debería comprenderme, pero en vez de eso, también me juzgaba—. No todas las mujeres quieren tu dinero, hijo.

—Todas quieren algo de mí.

—¿Y si es algo bueno?

—¡Vete a dormir, doña Agnes! —Pasé junto a ella y me dirigí a mi habitación. Hasta se me había ido el hambre.



DAPHNE CAPÍTULO

Veinte

Estaba ahí, sentada como una tonta, sin reaccionar. Aquello fue una crueldad, mi corazón estaba destrozado. Me dolían los ojos de tanto llorar. Sin embargo, tenía que admitir que la única culpable por tener el corazón roto era yo. ¿Cuánto tiempo llevaba conociendo a Adan? ¿Una semana? ¿Tal vez un poco más o un poco menos? En el fondo ya ni importaba. Me había lanzado de lleno a esto y solo en ese momento logré entender el tamaño de la locura. *¿En qué estaba pensando?* Fue una ingenuidad enorme creer que él podía ser diferente.

Fui una estúpida. Solo en un mundo de fantasía podría haber formado una familia con ese hombre. Era algo que ya debería haber aprendido en todos esos años en Hollywood: los hombres solteros querían seguir siendo solteros.

Me dejé caer sobre la cama, enterrando el rostro en la almohada cuando las lágrimas volvieron a mis ojos. Nunca me había sentido tan ofendida y humillada. ¿Darme dinero? ¿Qué hice para que Adan pensara que yo era una prostituta? ¿Acaso eso fue lo que creyó mientras me tenía en sus brazos, llena de ilusiones?

O él era un canalla, o yo era demasiado ingenua. Y odiaba tener que considerar la segunda opción. Tal vez no era tan buena eligiendo al hombre *correcto*, y el destino estaba restregándome en la cara que debí haber escuchado a mi madre, dejándola presentarme a algún universitario cualquiera. Ella acertó con Dean y conspiró para que Dylan terminara junto a Caroline. Si lo hubiera dejado en sus manos, mi corazón no estaría doliendo tanto ni me habría sentido como una idiota.

Recordé a Bryan y eso me hizo llorar aún más. Me había involucrado y encariñado con ese niño sin considerar lo más obvio: su padre. Me dejé llevar y me engañé a mí misma todo el tiempo. Adan nunca dio señales de que quisiera estar conmigo. Todo ese dolor era solo culpa mía.

La angustia era tanta que no pude dormir esa noche. Pero cuando me levanté para trabajar, pensé que tal vez había sido mejor así. No me iba a seguir ilusionando ni a fantasear con algo que solo existía en mi cabeza. Era mejor cortar todo de raíz antes de sufrir más mientras me permitía seguir enamorada de Adan.

—Buenos días —saludé con una sonrisa cuando me encontré con Kalina y Jake en el desayuno. Nunca me había alegrado tanto de ser actriz. Sabía fingir mis sentimientos como nadie. Iba a encerrar

con llave todo el dolor que yo misma me había causado y enfocarme en el trabajo, en lo que realmente era buena.

—¿Cómo estuvo la noche? —preguntó Kalina, señalando una silla frente a ellos.

—Bien. Imagino que la de ustedes también —comenté al notar que ella irradiaba felicidad. Suponía que no era la única que había pasado parte de la noche teniendo sexo, pero seguramente su final fue mucho mejor que el mío.

Me serví algo para comer, ya que ni siquiera había cenado la noche anterior, y traté de no buscar a Adan con la mirada. Por suerte, no solía verlo por la mañana. Tal vez se iba temprano a la destilería. Por mi bien, y para evitar un escándalo, era mejor no verlo en los próximos días, porque por más actriz que fuera, aún no sabía cómo iba a reaccionar. La noche anterior quería arrancarle la piel con las uñas.

Terminamos el desayuno y fuimos a grabar. Trabajar me mantuvo distraída y agradecí tener la mente ocupada en otra cosa.



Me estremecí al ver el nombre de Caroline en el identificador de llamadas. Me encantaba hablar con mi cuñada, pero al recordar nuestra última conversación, tal vez ese no era el mejor momento. Sin embargo, terminé concluyendo que me haría bien compartir ese sufrimiento tonto con alguien.

—¿Daphne?

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Y Dylan?

—Estamos bien. Mañana viajamos a Europa. Tu hermano dará algunas presentaciones por allá. Madrid, Berlín, Ámsterdam...

—¡Eso suena genial! Tal vez puedan quedarse unos días más y disfrutar de un momento juntos en París.

—Sería una posibilidad si su agenda no estuviera tan llena, pero ya veremos cómo se da todo. ¿Y tú, cómo estás?

—Terrible —confesé, dejando caer la máscara que había sostenido durante todo el día.

—¿Qué pasó?

Abrí mi corazón y le conté todo. Lo que sentía, las expectativas que había creado, el sexo, el dinero que me ofreció y la pelea. Desahogarme me hizo sentir un poco más ligera, aunque no dolía menos.

—¡Vaya, Daphne! Lo siento mucho. Me imagino lo destrozada que estás.

—Sí, pero creo que pudo haber sido mucho peor si me hubiera ilusionado por más tiempo.

—Te entiendo perfectamente. Fue por eso que me alejé cuando me di cuenta de que estaba enamorada de tu hermano. No quería lastimarme más.

—Sí, solo que a diferencia de Dylan, Adan no va a venir a buscarme. Ni siquiera nos dio tiempo para construir algo.

—Él no es el indicado, Daphne. Vas a encontrar a otro.

—Por un momento creí que lo era. Pero tienes razón, no lo es.

Oí que llamaban a la puerta y me puse tensa. Él no debería volver a buscarme.

—¿Daphne, estás ahí? La mamá de Sophia dijo que estarías aquí. —Escuchar la voz de ese niño fue lo único que logró sacarme una sonrisa sincera desde que su padre me rompió el corazón.

—Sí, ya voy —le grité desde la puerta—. Caroline, tengo que colgar, hablamos después.

—Está bien. Si me necesitas, llámame.

—Gracias.

—Cuídate —dijo antes de terminar la llamada.

Fui hasta la puerta del chalé y la abrí, encontrando al pequeño parado junto al perro, que jadeaba con la lengua fuera.

—Hola, Bryan. ¿Todo bien?

Asintió y, sin querer, me pregunté si él sabría algo de lo que había pasado entre su padre y yo. Pero llegué a la conclusión de que era poco probable que Adan le hubiera dicho algo.

—¿Estás muy ocupada?

—No, ¿por qué?

—Dijiste que ibas a jugar conmigo y con Max. ¿Podemos ir ahora?

—Claro que sí. —Le tendí la mano. Al menos algo bueno iba a salir de todo esto—. ¿A qué quieres jugar?

—Tengo un *frisbee* que Max siempre atrapa para que le den una galleta. Es divertido.

—¡Entonces, vamos!



Veintiuno

Llegué de la destilería esa tarde con la cabeza hecha un lío. La voz de Daphne había estado resonando en mi mente durante todo el día. *¿Crees que soy una prostituta?* ¿Acaso no eran todas las mujeres iguales?

Atravesé el jardín y una risa llamó mi atención. Reconocí de inmediato la voz de mi hijo y lo vi corriendo junto al perro para atrapar un *frisbee* que Daphne acababa de lanzar. ¿Qué estaba haciendo ella jugando con Bryan?

Sin pensarlo demasiado, avancé hacia ellos con la intención de alejar a esa mujer de mi hijo, pero antes de poder acercarme lo suficiente, mi madre y Grace se interpusieron en mi camino.

—¿Qué crees que vas a hacer? —Mi madre se cruzó de brazos, con las manos en la cintura, mirándome con ese aire de reproche que usaba cuando era niño y había hecho alguna travesura.

—Voy a llevar a Bryan al chalé.

—¿Por qué? Aún es temprano y el niño está jugando.

—No debería estar jugando con Daphne.

—¿Y por qué no? A él le cae muy bien, y desde que empezaron a jugar, se ha estado divirtiendo muchísimo.

—¡Mamá, quítate de mi camino! Esa mujer debe estar odiándome ahora. —Intenté pasar, pero ella me puso una mano en el pecho y me detuvo.

—Entonces deberías estar agradecido de que sea lo suficientemente buena como para no desquitarse con el niño.

Bryan corrió hacia ella y la abrazó. Daphne se agachó y le dio un beso en la cabeza antes de recoger el *frisbee* del suelo. No podía entender por qué se estaba comportando así con mi hijo después de cómo habían terminado las cosas entre nosotros.

Apenas me vio, noté un cambio claro en su expresión. Su sonrisa desapareció de inmediato.

—¡Bryan, ven aquí! —lo llamó, mientras se agachaba para mirarlo a los ojos—. Tengo que irme ahora, pero te prometo que otro día jugaremos más, ¿sí?

—Está bien. ¡Gracias! —Él le dio un beso en la mejilla y la abrazó durante unos segundos.

Cuando se separaron, Daphne se dio vuelta y caminó hacia el chalé donde estaba hospedada, sin siquiera mirar en mi dirección.

—Bryan.

—No le reclames a tu hijo por buscar un poco de atención. Es solo un niño —me advirtió mi madre antes de alejarse y dirigirse hacia la recepción del hotel.

—¡Hola, papá! —Corrió hacia mí y se abrazó a mi pierna.

—¿Todo bien, hijo?

Asintió con la cabeza.

—Estaba jugando con Daphne y con Max.

—Los vi. ¿Te divertiste?

—Mucho. Daphne es muy buena.

—¿Ella fue quien te invitó a jugar?

Negó con la cabeza.

—Dijo que algún día podíamos jugar con Max. Entonces fui a buscarla.

Quise decirle que no lo hiciera más, que era mejor dejar a Daphne tranquila y no alimentar ninguna expectativa sobre ella. Pero lo vi tan feliz que no pude arruinarle ese momento, al menos no todavía.

—¿Vamos adentro para que te des una ducha?

—¿Puedo comer algo primero?

—Claro que sí.



DAPHNE

CAPÍTULO

Veintidós

Pasar ese momento con Bryan me hizo darme cuenta de que no todo había sido en vano. Adan podría haberme tratado como una cualquiera, pero su hijo era un niño maravilloso y merecía todo mi cariño. Iba a dar lo mejor de mí por él mientras estuviera allí, aunque por dentro me muriera de ganas de estrangular al padre.

—Hola, mamá —dije, sosteniendo el celular entre el hombro y la oreja mientras me quitaba los pantalones para darme un baño.

—¿Cómo estás, querida? ¿Todo salió bien con las grabaciones hoy? Te extraño mucho, hijita.

—Todo va bien, mamá. El cronograma de la película está bastante adelantado y creo que para fin de mes vamos a poder terminar las escenas aquí.

—Eso es excelente, Daph. Me preocupo tanto por ti cuando estás lejos de nosotros así.

—Mamá, ya no soy una niña.

—Pero nunca voy a perder el instinto de protegerte.

—Lo sé. —Sonreí. De alguna forma la entendía aún más desde que me había acercado a Bryan. Me iba a costar mucho alejarme de ese niño cuando terminara la filmación.

—¿Y las otras cosas?

—¿Qué otras cosas, mamá? —Sabía perfectamente a qué se refería, pero fingí no entender, con la ingenua esperanza de que abandonara el tema. Tenía miedo de ponerme a llorar y confesar lo tonta que había sido.

—El hombre que te interesaba...

—Mejor dejemos ese tema.

—¿Qué pasó? —Seguramente notó el tono triste en mi voz.

—No es nada. Solo que tengo un talento terrible para elegir hombres. Adan no era el tipo que yo pensé que era.

—¿A qué te refieres?

—Olvídalo, mamá.

—Daphne Camille Vieira Clark, ¿qué pasó? —Mi madre no solía usar mi nombre completo, y cuando lo hacía, era su forma de dejar

en claro que no importaba cuánto tratara de evitar el tema, ella iba a sacarme toda la verdad.

Respiré hondo y se lo conté todo.

—¿Y te acostaste con ese tipo así de rápido?

—¡Mamá!

—Nunca voy a entender a tu generación.

—¿Ahora vas a criticarme por haberme acostado con Adan? ¿En serio, doña Laura?

—No te estoy criticando, solo digo que tal vez podrías haber esperado un poco más. Los hombres suelen no valorar lo que obtienen fácilmente, pero eso no justifica lo que él te hizo.

—¡Es un imbécil!

—No sabemos qué pasa por su cabeza. Tus hermanos también se comportaban así.

—Eran unos idiotas.

—¿Tú crees que Adan no tiene remedio?

—¿En serio, mamá? —Puse los ojos en blanco—. Pensé que ibas a estar de mi lado.

—Estoy de tu lado, hija. Justamente por eso te pregunto. Te interesaste por él, tal vez haya algo especial en ese hombre.

—Sí, claro que hay algo: ¡ego! —gruñí. Estaba tan furiosa con Adan que ni siquiera quería pensar con claridad.

—Vas a encontrar a alguien que te ame, Daphne.

—¿Sabes qué, mamá? Ya estoy harta. Por lo menos tendré sobrinos a los que consentir como tía.

—¡Daph!

—No quiero hablar más del tema, mamá. Me voy a bañar y luego voy a pedir algo de comer. Mándales un beso a Dean y a Angel de mi parte.

—Descansa, querida —cedió al fin.

—Gracias. Besos, mamá —terminé la llamada y me dejé caer sobre la cama.

Cuanto más rápido aceptara que no iba a encontrar al hombre indicado, menos sufriría por todo esto. Estaba cansada de hombres como mis hermanos y no tenía la paciencia ni el amor que mis cuñadas habían tenido para cambiarlos.

Llamé a la recepción y pedí que me llevaran la cena al cuarto. Iba a evitar a Adan todo lo posible mientras siguiera hospedada en su hotel. No necesitaba un escándalo en los medios ni ninguna distracción que perjudicara las grabaciones de la película. Dentro de un mes, podría irme y olvidarme de ese hombre de una vez por todas.



Veintitrés

—¿Todo está marchando bien? —pregunté al acercarme a la mesa del productor, que cenaba junto con la directora y otros miembros del equipo principal de la película.

—Sí —respondió el productor, bajando su copa de vino y mirándome—. Estamos todos muy bien instalados y el rodaje va bastante adelantado.

—No esperábamos otra cosa. ¡Jake y Daphne son maravillosos! —dijo la directora con una sonrisa.

—Me alegra mucho saberlo. Sepan que estoy a disposición para lo que necesiten.

—Agradecemos toda su amabilidad.

Asentí con la cabeza y observé alrededor del salón del restaurante. Había muchas personas, pero ninguna era Daphne. Fui a la cocina y pregunté si había algún pedido reciente de su chalé, lo que confirmó mi suposición: me estaba evitando.

No entendía por qué se había enojado tanto. *¿Pensó que podríamos tener algo especial...? ¿En serio? ¿Algo especial conmigo?* Si era esa mujer poderosa que me había echado en cara ser, debería ser también menos ingenua. Apenas nos conocíamos, ¿cómo podía pensar que habría algo más entre nosotros además de sexo?

Regresé a mi chalé sin poder dejar de pensar en ello durante todo el camino. Tal vez era por su edad. Daphne todavía no tenía treinta y, aunque aparentara ser toda una mujer, quizás seguía siendo una chica ingenua que aún no sabía cómo funcionaba el mundo. No la habían engañado ni usado como me había pasado a mí. La verdad era simple: *no existía nada especial ni un final feliz.*

Serví un trago de whisky en el aparador de la sala y salí al balcón. Moví una de las sillas de metal, me senté y me dediqué a contemplar el cielo nocturno y los árboles que cubrían la región montañosa que nos rodeaba. Era luna nueva, así que el cielo estaba sin brillo, y el horizonte se perdía tan profundo en la oscuridad que era imposible ver *Lookout Mountain*, donde quedaba la ciudad de piedra donde se estaba grabando la película.

—¿Papá?

Giré la cabeza y vi a Bryan de pie junto a la puerta de vidrio, sosteniendo su osito de peluche. Se frotó los ojitos antes de volver a llamarme.

—¿Qué pasa, Bryan? Deberías estar dormido.

—Escuché que llegaste. ¿Estabas con Daphne?

—Ven aquí. —Le hice un gesto para que se acercara.

Lo tomé y lo senté en mi regazo. Se acomodó, mirándome, esperando que dijera algo.

—¿De qué hablaste con Daphne hoy?

—De nada. Solo jugamos.

—¿Ella dijo algo sobre mí?

—No, nada. —Abrió un poco más sus ojos azules, sin entender adónde quería llegar—. ¿Ella es tu novia?

—No, hijo, no es mi novia ni lo va a ser.

—¿No te parece bonita?

—Sí, es bonita.

—Es buena y me quiere. ¿Por qué no puede ser tu novia?

—Porque no quiero tener novia, Bryan.

—Deberías querer. Me gusta ella, papá.

—Las cosas no son tan simples, hijo.

—¿Ella no quiere ser tu novia?

—Probablemente no. Pero eso no importa. No quiero tener novia. Ni con Daphne ni con nadie.

—¿Es por mamá?

—En parte, sí.

—¿Crees que ella va a volver?

—No. No va a volver. Y es mejor que no lo haga.

—¿Entonces por qué no tienes otra novia?

—Porque no quiero volver a involucrarme con nadie. Te tengo a ti y a la abuela, eso es todo lo que necesito.

—Oh... —Sus hombros cayeron con decepción, pero no hizo otra pregunta. Supongo que entendió que mi respuesta no iba a cambiar—. Quiero seguir jugando con Daphne.

—Puedes hacerlo, siempre y cuando no la molestes. Daphne vino aquí a trabajar y debe llegar cansada después del rodaje.

—Está bien —respondió, y saltó de mi regazo antes de irse del balcón sin decir nada más.

Bryan era un niño muy listo. Aunque no le expliqué toda la situación con claridad, mi hijo parecía haber entendido lo más importante: Daphne y yo no íbamos a ser pareja, por más que él lo deseara.



Veinticuatro

—Daphne, ¿puedes venir conmigo, por favor?

Abrí los ojos con sorpresa al ser abordada por una empleada del hotel justo cuando regresaba de las grabaciones esa tarde.

—¿Ocurre algo? —Crucé los brazos y me quedé inmóvil, con cierta desconfianza. ¿Será que, después del malentendido con Adan, había decidido que ya no quería que me quedara en su hotel? Aunque no parecía muy probable, tenía bastante sentido.

—Hay una señora en la recepción que quiere hablar contigo.

—¿Señora? —La confusión se reflejaba aún más en mi cara, pero seguí a la mujer hasta la recepción del hotel.

Para mi sorpresa, vi a mi madre junto a dos maletas, recostada sobre el mostrador mientras conversaba con la recepcionista, que parecía visiblemente incómoda.

—Mamá, ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Daphne, querida! Qué bueno que apareciste. Estaba conversando con esta joven tan amable.

—¿De verdad es su madre, señorita? —La recepcionista tenía una expresión de asombro.

Solo asentí con la cabeza, todavía sin entender del todo lo que pasaba.

—Daph, estaba hablando aquí con esta señorita, y me dijo que no hay más habitaciones disponibles en el hotel, pero yo le dije que podríamos compartir el mismo chalé.

—¿Qué haces aquí, mamá? —Volví a cruzar los brazos.

—Sentí que me necesitabas, hija. —Yo era demasiado mayor para eso, pero puso esa carita de niña suplicante, como si eso fuera suficiente para que no la mandara de vuelta a Miami.

Por suerte para ella, fuera lo que fuera que tuviéramos que hablar, no era apropiado hacerlo delante de las empleadas del hotel, sobre todo porque, conociendo bien a doña Laura, el tema seguro involucraría al jefe de esas mujeres.

—Sí, es mi madre. Puede quedarse en el chalé conmigo, no hay problema. Cualquier gasto extra lo cubro yo, no la producción. Me haré cargo de todo cuando ella se vaya.

—Perfecto, señorita Clark. Voy a pedir que lleven las maletas de la señora al chalé.

—Gracias. —Mi madre le sonrió antes de acercarse a mí y pasar su brazo por el mío, guiándome hacia la salida como si supiera perfectamente dónde estaba todo.

—Ahora sí, dime. ¿Qué viniste a hacer aquí? —La miré de reojo mientras nos dirigíamos al chalé.

—Ya te lo dije. Sentí que estabas muy sola, que necesitabas a tu mamá.

—¡Mamá! ¿No tienes a Dean para molestarlo?

—No estoy molestando. —Frunció los labios como una niña.

Si tú lo dices... Me guardé ese comentario para mí.

—Dean ahora tiene a Angel, y Dylan a Caroline. Tú eres mi pequeña y necesitas más de mí que ellos.

—Mamá, estoy bien, de verdad.

—¡Mejor aún! Entonces solo estaré aquí haciéndote compañía.

—Con el bebé en camino, ¿no crees que Angel necesita más cuidados que yo?

—Valeria y Dean están allá para cuidarla. Además, la niña es joven, no tendrá ninguna complicación en el embarazo.

Me encogí de hombros y abrí la puerta del chalé para que mi madre entrara. Los empleados del hotel llegaron enseguida con sus maletas. Cuando salieron, cerré la puerta y mi madre se sentó en el sofá, dando unas palmaditas en el lugar junto a ella para que yo me

sentara. Le hice caso, y ella me atrajo hacia sí, acomodando mi cabeza en su regazo y empezando a acariciarme el cabello.

—No tienes que estar siempre sola, mi niña.

—No, ahora tú estás aquí conmigo. —Reí, acurrucándome contra ella como cuando era una niña.

Al principio me había irritado un poco su aparición repentina, pero en el fondo no había sido tan mala idea. Su presencia siempre me transmitía paz y me calmaba en momentos difíciles. Esa vez no era la excepción. Tener a mi madre allí me hizo sentir como si hubiera vuelto a casa.



ADAN

CAPÍTULO

Veinticinco

Ya llevaba una semana sin ver a Daphne, pero en el fondo pensaba que era lo mejor. No solía volver a ver a las mujeres con las que me acostaba, y ella no era más que otro de mis casos. Todo entre nosotros había terminado, aunque por la forma en que veía sonreír a mi hijo, imaginaba que ellos dos seguían viéndose.

—Sí, solo tengo un hijo, Adan... —Escuché la voz de mi madre al entrar en nuestro chalé, y me pareció extraño el tema de conversación.

—Además de ella, tengo gemelos.

—Debieron darte el doble de trabajo.

—El cuádruple, puedes estar segura.

Mi madre se reía y hablaba sobre hijos, ¿pero con quién? La curiosidad me llevó hasta la terraza, y allí la vi tomando té y comiendo galletas con otra señora. En cuanto aparecí en la puerta, ambas se giraron hacia mí, y pude observar mejor a la desconocida. No se parecía en nada a las señoras del club de lectura o bordado al que mi madre solía ir.

—Adan, ella es Laura Clark —dijo mi madre, señalando a la mujer, y fruncí aún más el ceño al procesar ese apellido.

—¿Clark? —Me mordí mi labio mientras la observaba mejor. Tenía el cabello castaño, seguramente teñido para disimular las canas, y los ojos del mismo color. Era una mujer mayor, aunque debía de ser al menos diez años más joven que mi madre, o bien usaba algún tipo de recurso antienvejecimiento.

—Sí —dijo, mientras dejaba la taza sobre la mesa redonda y me extendía la mano—. Soy Laura Clark, la madre de...

—La madre de Daphne —la interrumpí, aún más sorprendido. *¿Qué hacía esa señora aquí?*

—Exacto. Vine a pasar un tiempo con mi hija —respondió como si hubiera leído mis pensamientos—. Daphne está en las grabaciones, y Agnes me invitó a tomar el té.

—Llevamos horas conversando —dijo mi madre, riendo—. Casi como si fuéramos amigas de toda la vida.

—Qué bien —respondí con una sonrisa forzada. No sabía si debía sentirme cómodo con que mi madre y la de Daphne actuaran como si fueran íntimas amigas. No me parecía buena idea, especialmente por la forma en que Daphne y yo nos habíamos distanciado. Ya era suficiente con que mi hijo pasara tiempo con ella.

—Creo que ya me voy, Agnes —dijo Laura, poniéndose de pie —. Mi hija debe estar por llegar de las grabaciones. Podemos seguir conversando mañana. Fue una tarde muy agradable. Me encantó el té, después dime qué marca es.

—Es una receta artesanal, pero puedo anotártela.

—Gracias.

—Que pases buena noche, Adan —dijo, mientras pasaba junto a mí para salir del chalé.

—Igualmente —balbuceé, cuando ya estaba lo suficientemente lejos como para no escucharme.

Mi madre empezó a recoger las cosas de la mesa y apenas me miró.

—¿Qué estaban haciendo?

—Estábamos tomando el té —respondió, encogiéndose de hombros, como si fuera obvio, fingiendo no notar el verdadero sentido de mi pregunta.

—¿Con la mamá de Daphne?

—¿Y ahora está prohibido hacer amistades?

—No hablo de eso.

—La conocí ayer en el hotel. Como Daphne pasa el día grabando, y a veces también parte de la noche, Laura termina quedándose sola. Empezamos a conversar y descubrimos que somos muy buena compañía una para la otra. ¿Sabías que Daphne tiene hermanos gemelos cinco años mayores que ella?

Solo fruncí los labios. No entendía por qué mi madre me decía todo eso. Si ella era o no amiga de la madre de Daphne, no era asunto mío.

—Según ella, Daphne...

—Mamá, ¿dónde está Bryan? —la interrumpí para evitar que siguiera hablando de algo que no quería saber.

—Jugando con Max. Grace está con él.

—Está bien. Voy a darme una ducha.

—No vayas a salir, ¿sí? Tu hijo necesita que estés con él por la noche. Te extraña.

—Hoy no voy a ningún lado, mamá.



DAPHNE

CAPÍTULO

Veintiséis

Tomé un crayón y empecé a colorear el cabello de la muñequita que estaba dibujando en una hoja de papel.

—¿Rosa? Pero el cabello de las personas no es rosa —dijo Bryan, frunciendo el ceño.

—¿Por qué no? —Seguí coloreando, ignorando sus protestas.

—Las personas no nacen con el cabello rosa.

—Pero pueden teñírselo. ¿Sabías que yo tuve las puntas del cabello rosadas cuando era adolescente?

—¿En serio? ¿Tu mamá te dejó?

—Yo era un poco rebelde. —Se rió doña Laura mientras se acercaba a nosotros. Me sorprendió ver que venía desde la dirección del chalé de Adan. *¿Qué estaría haciendo ahí?* Mi madre era del tipo protectora, le gustaba tenernos a mí y a mis hermanos bajo sus alas, pero no era vengativa como para hacer algo contra los hombres que me habían roto el corazón.

—¿Tú eres la mamá de Daphne, verdad? —Bryan dejó de colorear y se giró hacia ella.

—Sí, soy su mamá.

—¡Qué genial! ¿De verdad tenía el cabello rosado?

—Una parte, sí.

—¿Cómo?

—Lo teñimos con pintura, igual que se pinta el papel con lápices de colores o crayones. —Señalé los que estaban en un frasco al centro de la mesa.

—Ah, no lo sabía.

—No es con crayones ni lápices, es con una pintura especial para cabello —le expliqué, mientras el niño me prestaba toda su atención.

—¿Puedo pintarme el mío de verde?

—Eso tienes que consultarlo con tu papá, pero aún eres muy pequeño. Si estuviera en tu lugar, ni me preocuparía por eso. Tienes un cabello rubio muy bonito. —Tomé el lápiz amarillo y empecé a dibujar el cabello de un nuevo muñeco que intenté hacer parecido a

Bryan, aunque mis dibujos no eran mucho mejores que los de un niño de seis años.

—Bryan, vamos a casa. —Grace se levantó del banco a pocos metros de nosotros y le extendió la mano—. Necesitas bañarte, y pronto tu papá vendrá a buscarte.

—¡Quiero quedarme más tiempo aquí, Grace! —Cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Bryan —rodeé la mesa y me agaché frente a él—, mañana dibujaremos más, ¿de acuerdo?

Me miró, luego miró a Grace y asintió con la cabeza.

—Mañana regreso. Sophia también puede quedarse con nosotros.

—Claro que sí. Si ella quiere, puedo pedírselo a Kalina. Estoy segura de que le dará permiso.

—¡Gracias! —Saltó de la silla, me dio un beso en la mejilla y tomó la mano de Grace.

En cuanto Bryan se fue, mi madre arrastró una silla de la mesa cerca del área de la fogata y se sentó a mi lado.

—De verdad te gusta este niño.

—Es adorable.

—No imaginaba que te gustaran tanto los niños.

—Ni yo.

—Tal vez sea momento de que seas madre.

Solté una carcajada, porque era reír para no llorar.

—¿Con quién? Y no me vengas con el universitario de la iglesia.

—Con el hombre que elegiste.

—No elegí a nadie, mamá.

—Sí elegiste. —Se encogió de hombros, y dejé que su afirmación quedara flotando en el aire. Me daba miedo preguntarle y arrepentirme de la respuesta que pudiera darme.

—¿Vamos al chalé? Necesito una ducha y algo de comer.

—Sí. —Empezó a levantarse—. Filmas todos los días. ¿No tienes algún día libre?

—¿Por qué la pregunta? —Fruncí el ceño, sospechosa.

—Solo me preocupa que te estés sobrecargando.

—Creo que el domingo no habrá grabaciones.

—¡Qué bien!

—¿Qué estás planeando, doña Laura? —La miré de reojo.

—Nada. Solo pensé si podríamos pasar un tiempo juntas. Hace mucho que no estamos solas tú y yo.

—Mamá, hemos estado solas desde que llegaste.

—Tú me entendiste. —Puso cara de inocente.

—¡Está bien! Ahora vamos al chalé.



Veintisiete

—¡Papá, papá! —Bryan vino corriendo y saltó sobre mi regazo. Tenía el cabello rubio mojado, goteando, y una hoja de papel arrugada en la mano.

—¿Qué pasa? —Lo acomodé en mis piernas.

—Mira el dibujo que hizo Daphne. La niña tiene el pelo rosa.

—¡Qué genial, hijo!

—¡Sí! Yo también lo pensé. Daphne dijo que cuando era adolescente tenía el cabello rosa. ¿Cuando yo sea adolescente puedo teñirme el cabello de verde?

—¿Verde, hijo? —Abrí los ojos, sorprendido—. ¿Por qué quieres teñirte el cabello de verde? Es tan bonito como lo tienes.

—Todos en la escuela pensarán que es genial. —Infló el pecho con tanto orgullo que fue imposible no reírme.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Claro que sí! —Me miró con la seriedad de un adulto.

—En unos diez años hablamos y vemos si todavía quieres teñirte el cabello de verde.

—Okay... ¿Papá?

—¿Sí, hijo?

—¿De verdad no vas a cambiar de idea sobre eso?

—¿Sobre qué? —Fruncí el ceño.

—Sobre no tener novia. Me encantaría, de verdad, si tú fueras novio de Daphne.

—Hijo, no puedo. —Respiré hondo, negando con la cabeza. No quería que empezara otra vez con ese tema.

—¿Por qué no? Ni siquiera tienes otra novia. Podrías ser novio de ella sin problema.

—Las cosas no son tan simples, Bryan.

—¡Tú eres el que lo complica todo! —Saltó de mi regazo haciendo un berrinche y se alejó pisando fuerte, claramente molesto.

Pensé en reprenderlo, decirle que no debía comportarse así conmigo. Sin embargo, lo dejé ir porque necesitaba un momento

para procesar todo aquello. ¿Por qué Daphne seguía cerca de mi hijo? ¿Lo hacía para manipularlo a su favor? ¿O tal vez Bryan estaba alimentando falsas esperanzas? Además, estaba el hecho de que su madre se había acercado tanto a la mía, lo cual me ponía aún más en alerta. Sentía que se estaba formando un complot a mis espaldas. Solo que aún no sabía a quién culpar.

Me fui a la cama y, sin darme cuenta, abrí un buscador y escribí su nombre. Encontré una que otra foto con posibles novios, todos mucho más jóvenes que yo. Ella se veía feliz en las imágenes, pero considerando lo que había habido entre nosotros, estaba claro que no estaba con ninguno de ellos ni pensaba en volver.

Carajo, ¡es demasiado hermosa! No sé cómo, pero terminé en una página con fotos de ella en bikini. Parecía una sesión promocional para vender las prendas, pero todo en lo que podía pensar era en verla sin esas prendas. Para cuando me di cuenta, ya estaba excitado, fantaseando con la imagen de ella moviéndose sobre mí, con esos ojos azules hermosos en blanco y gemidos de placer escapando de sus suaves labios.

Sentí unas ganas locas de acostarme con ella otra vez, pero hice todo lo posible por alejar esos impulsos. Si hubiera aceptado mi dinero, todo sería diferente y podría ir a tocar su puerta. Sin embargo, Daphne no se sometió al mismo trato que di a otras mujeres en los últimos años. No quería ni verme la cara, mucho menos acostarse conmigo otra vez.

Sacudí la cabeza, intentando borrar todos esos pensamientos. Por mi bien y el de Bryan, debía mantenerme bien lejos de ella. Lo que sentía era solo deseo, y debía apartarlo o saciarlo con otra mujer.



—¿Hijo?

Levanté la cabeza de los papeles, sorprendido de ver a mi madre entrando a mi oficina en la destilería.

—¿Qué haces aquí, mamá? ¿Pasó algo en el hotel?

—No, todo está bien por allá.

—Entonces, ¿a qué debo tu visita? Pensé que ya no extrañabas este lugar.

—No lo extraño —dijo, parándose frente a mí y observando el escritorio y las cosas del lugar—. Vine para hacerte un pedido.

—¿Qué tipo de pedido?

—¿Podrías ir conmigo el sábado por la tarde a la vieja cabaña de caza de tu padre?

—¿Qué quieres hacer allá, mamá?

—Quiero recoger algunas cosas con valor sentimental, pero me da miedo ir sola manejando hasta allá.

—Podemos ir mañana.

—¡No! —Se apresuró a responder, y eso me hizo desconfiar aún más—. Prefiero que sea el sábado.

—¿Por qué?

—No quiero interrumpir tu trabajo entre semana.

—Está bien, entonces vamos el sábado.

—Gracias, querido.



Veintiocho

—¿Mamá, a dónde vamos? —Pregunté mientras miraba el GPS del auto rentado, revisando si estaba siguiendo el camino correcto.

Cuando mi madre apareció con un coche ese sábado, después del almuerzo, diciéndome que quería un paseo de madre e hija, me imaginé que iríamos de compras a algún centro comercial, no que nos meteríamos cada vez más en la montaña y en medio del bosque.

—A un lugar que una amiga me dijo que era muy bonito.

—Mamá, estamos perdidas. Déjame manejar y volver al hotel, o al menos hasta el centro de *Chattanooga*. Aún podemos encontrar el centro comercial abierto y hacer algunas compras.

—Hoy no hay compras, Daph. No estamos perdidas.

—¡Claro que sí, mamá! ¿Aún no te das cuenta de que estamos en medio de la nada? Solo veo arbustos y árboles.

—Según el GPS, ya casi llegamos.

Ya empezaba a preocuparme. Mi madre conducía sin temor hacia el interior del bosque, y yo temía que en cualquier momento se perdiera la señal del GPS y no tuviéramos cómo regresar. Doña Laura nunca había estado tan loca, ¿qué estaba pasando por su cabeza?

—¡Llegamos! —Señaló hacia adelante y volvió a aferrarse al volante, ya que el terreno era bastante accidentado.

Vi que habíamos llegado a una pequeña cabaña de madera en medio de la nada. No tenía ni idea de por qué mi madre quería que visitáramos un lugar así. Parecía una de esas cabañas de caza que salen en *reality shows* sobre hombres que viven en las montañas.

—¿Mamá, qué vinimos a hacer aquí?

—A vivir un momento entre madre e hija. Lejos de la civilización. —Tomó su bolso, mucho más grande de lo normal, y recién entonces entendí por qué venía tan cargada.

—Mamá, pronto va a oscurecer. Quiero volver al hotel.

—Ni empieces. Aún ni siquiera bajamos. Ven. —Me hizo una seña para que la siguiera.

Con desconfianza, metí las manos en los bolsillos traseros de mi jeans y caminé con ella hacia el interior de la cabaña.

Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. Al entrar, el suelo de madera crujía bajo nuestros pies y yo no podía dejar de preguntarme cómo había conseguido esa llave o cómo sabía que ese lugar existía. Ella era brasileña, sin familia en Estados Unidos aparte de mis hermanos y yo. Hasta donde sabía, nunca había estado en Tennessee. *¿Cómo había dado con esta casita en medio de la nada?*

El lugar estaba oscuro y un poco polvoriento, pero tenía un aire acogedor. Había una pequeña sala con una chimenea, una alfombra de piel de oso y la cabeza de un alce colgada en la pared. En una esquina, vi varias armas que parecían escopetas. También había un pasillo que, seguramente, conducía a un cuarto. Seguimos por ahí hasta llegar a la cocina.

—¿Qué vinimos a hacer aquí, mamá? —Crucé los brazos, molesta—. ¿Sentarnos en un rincón y contar chinches en la pared?

—No —respondió, dejando el bolso sobre la mesada.

—¿Dónde está eso que viniste a buscar, mamá? —Escuché la voz de Adan, y me giré hacia la sala.

¿Qué estaba haciendo él ahí? Entonces me cayó la ficha. Mi madre no conocía esa cabaña. Solo alguien que vivía allí o que era dueño del lugar podía saber dónde estaba.

—¿Mamá, tú sabías esto? —Me giré hacia ella justo a tiempo para verla salir por la puerta trasera, y antes de que pudiera alcanzar el picaporte, ya la había cerrado con llave desde afuera.

—¡Doña Laura! —grité, mientras golpeaba la puerta, pero era inútil.

Entendí que por allí no saldría. Iba a tener que enfrentar a Adan y salir por la puerta principal. *¿Será que él y mi madre habían planeado esto juntos?*

Apenas puse un pie en la sala, mis ojos se encontraron con el verde vivo de los suyos. Vi cómo su expresión cambiaba y se volvía más fría, a la defensiva.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con rudeza.

—Es lo que estoy tratando de entender. Con permiso. —Pasé junto a él intentando salir por la puerta, pero también estaba cerrada. A través del vidrio vi a su madre uniéndose a la mía. Debí haber previsto que dejar a esas dos solas no terminaría bien.

—Nos encerraron aquí —le dije al verlo, mientras ambas subían a los autos para marcharse.

No podía creer que mi madre fuera capaz de dejarme encerrada en medio del bosque con un hombre al que en ese momento despreciaba más que a nadie.

—¿Cómo dices? —Pasó a mi lado, giró la manija y confirmó lo que acababa de decir. La puerta no abría.

—¡Mamá! —Se acercó a la ventana y golpeó el vidrio—. ¡Mamá!

Lo único que escuchamos fue el ruido de los autos alejándose.

—Se fueron. —Bajé la cabeza, entre la decepción y la angustia.

—¡Maldita sea! —empezó a insultar, furioso—. No quiero quedarme encerrado aquí.

—¿Crees que yo sí? —le solté entre dientes al volver a mirarlo —. Si hubiera sabido que mi madre me traería aquí para quedarme contigo, nunca habría aceptado.

Me ignoró mientras abría los cajones de un pequeño mueble, buscando algo.

—¿Qué estás buscando?

—Las llaves de los seguros de las ventanas, pero no están. Seguro que mi madre se las llevó.

—¿No puedes simplemente romper las ventanas?

—No. Son de vidrio reforzado, para que los animales fuertes no puedan entrar. Ni siquiera los ladrones.

—Qué maravilla —solté con sarcasmo.

—Si no vas a ayudar, mejor cierra la boca.

Ese comentario arrogante hizo que toda la rabia que había estado acumulando desde que nos acostamos se intensificara. Era como si cada minuto revelara una nueva capa de su estupidez. Era un idiota completo.

Tomé uno de los troncos de leña de la chimenea e intenté golpear una ventana, pero no sirvió de nada. Solo me lastimé la mano con las astillas.

—Ya te dije que no vamos a salir rompiendo las ventanas.

—¿Entonces tienes una mejor idea para salir de aquí? —Lo miré con furia. Mientras más hablaba, más ganas tenía de agarrarlo del cuello. Sabía que esa rabia iba más allá de estar encerrados juntos, pero no quise pensarlo en ese momento.

—Voy a abrir la puerta.

—¿A la fuerza, desde dentro? —Le lancé una mirada incrédula.

Adan pasó a mi lado, chocando su hombro contra el mío a propósito, haciéndome perder el equilibrio, y fue hacia la cocina. Tardó varios minutos y cuando volvió con una caja de herramientas, el sol ya se estaba poniendo. En diez, tal vez veinte minutos, sería de noche.

—¿Qué vas a hacer? —Me detuve detrás de él mientras sacaba un martillo y un destornillador.

—Abrir la puerta.

—Pero si la abres así, va a quedar rota.

—Pensé que serías capaz de entender algo tan obvio —resopló, revirando los ojos.

—Desde que me acosté contigo no haces otra cosa que ofenderme.

—Tú fuiste la que empezó a gritar y me golpeó.

—Me trataste como una prostituta, como si no lo merecieras.

—No pongas palabras en mi boca —dijo, mientras se agachaba para golpear la cerradura, pero le sujeté el brazo.

—No puedes dañar la puerta.

—¿No que no querías quedarte aquí conmigo?

—No quiero, pero está oscureciendo y estamos a varios kilómetros del hotel. No tenemos coche ni otra forma de volver.

—Para alguien tan ruda, pensé que no le temías a la oscuridad —me provocó, haciendo que la rabia se desbordara por completo.

—¡Vete al infierno, Adan!

Infló el pecho y me miró, resoplando como un toro.

—Hablas demasiado, estrellita de Hollywood —y noté el tono despectivo en su voz.

—Claro, tú eres un imbécil perfecto.

—¡Basta! —Soltó las herramientas al suelo y sujetó mis muñecas, empujando mi cuerpo contra la pared con el peso de su pecho. Solté un jadeo, sorprendida—. Si no quieres callarte, entonces yo te voy a callar.

Apretó sus labios contra los míos con fuerza, ferocidad y hambre. Le mordí la boca, sintiendo un sabor metálico en la lengua, pero Adán no se apartó, se limitó a soltarme las muñecas para sujetarme la cintura con firmeza. Presionó con su lengua el hueco entre mis labios, pidiendo paso hasta que no tuve más remedio que ceder, dejando que su lengua se encontrara con la mía. Tal vez ese dicho era cierto: que el amor y el odio realmente van de la mano. Me moría de odio de lo mucho que me gustaba el peso de su cuerpo sobre el mío y el calor de sus manos sobre mi piel. Le devolví el beso, buscando su lengua con la mía, frotando mis labios salvajemente contra los suyos. Era como si la discusión, sumada al peso de los últimos días, hubiera despertado en mí una loba que quería destrozarlo y al mismo tiempo hacerle el amor hasta que no tuviera fuerzas para mantenerme en pie.

Adan agarró el cuello en V de mi camisa y lo desgarró como un oso desgarra a su presa. Ni siquiera se paró a pensar que estábamos en medio de la nada y yo no tenía más ropa. Su boca se apoderó de mi cuello, provocándome escalofríos, sus dientes rasparon la suave

piel de mi garganta y Adán me mordió, provocándome un grito de dolor y placer.

Con su boca aún en mi garganta, como si fuera un vampiro, succionando toda la fuerza de voluntad que había acumulado para mantenerme alejada de él, Adan me bajó la cremallera de los jeans y deslizó su mano dentro de mi tanga. Buscó depravadamente mi clítoris entre los labios de mi vulva, apretándolo, solo para oírme gemir. *¡Hijo de puta!*

Quería abofetearlo al mismo tiempo que quería arrancarle la ropa. Tiré de su camisa, arrancando los botones de los ojales y tiré la prenda al suelo. Adán me quitó el sujetador, tirándolo a un rincón. Chupó uno de mis pezones, succionando con fuerza mi pecho, como si esa zona de mi cuerpo no fuera tan sensible mientras me bajaba los pantalones, y dejé que se los quitara.

Le arañé el pecho, deslizando mis uñas hasta la base de su vientre, dejando ronchas por sus músculos y confieso que me divirtió la leve expresión de dolor que vi en sus ojos. No sabía lo que me había hecho, no me reconocía, pero no me podía permitir el lujo de pensar en ello en ese momento, porque mis impulsos e instintos me robaban cualquier racionalidad. Desabroché el cinturón de Adán y le bajé los pantalones, dejándolo solo en calzoncillos, de los que se deshizo rápidamente.

Adan recogió el cinturón del suelo y no entendí lo que pretendía hacer hasta que me puso boca arriba y me echó los brazos hacia atrás. Atándome las muñecas con el cinturón.

—Voy a mantenerte callada, luchadora —me susurró al oído, haciendo que mi corazón se desbocara con latidos rápidos e incontrolables.

Tiró de mi cintura y de mis muñecas, empujándome con un violento tirón. No había afecto ni romanticismo. Por mucho que

odiara esa palabra, Adán me estaba penetrando. Empujaba su cuerpo dentro de mí, como si de algún modo intentara castigarme por la discusión y por estar atrapada en aquella cabaña, pero lo único que conseguía era hacerme gemir. Mis nalgas vibraban al chocar contra él y, poco a poco, toda la rabia se convirtió en el más profundo deseo.

Adán no dejó de moverse, pero adoptó un ritmo más tranquilo. Me desató el lazo que había hecho con su cinturón y mis muñecas cayeron doloridas. Luego me sacó su verga y pensé que todo acabaría en ese mismo instante, pero me levantó y me llevó al dormitorio de la cabaña, tumbándome en la cama, cuyas sábanas estaban increíblemente limpias para ser un lugar cerrado.

Me tiró de los tobillos hasta el borde de la cama y levantó mis caderas, hundiéndose en mí de nuevo y gemí al ver la expresión de placer en su rostro. Levanté mi cuerpo hacia el suyo para permitirle penetrarme más profunda y firmemente... podría quedarme en ese ritmo para siempre. Cuando la racionalidad me abandonó por completo, me pregunté por qué no habíamos tenido sexo en los últimos días.

Apoyé una mano en la cama y eché el cuerpo hacia delante hasta que conseguí agarrarle el cuello con la mano y tirar de él. Adán cayó encima mío y yo me acomodé mejor en la cama para que él quedara entre mis piernas. Rodeé sus hombros con mis brazos y él apretó su cuerpo contra el mío, permitiéndome sentir el calor y el sudor de su piel mientras se movía despacio y lo más profundamente posible, en una deliciosa tortura para mi clítoris, que ansiaba su orgasmo.

Tiré de Adán por el cuello y volví a acercar su boca a la mía. Odiaba que aquellos labios fueran tan deliciosos y que me sintiera en un paraíso privado mientras practicábamos sexo en aquella cabaña. Era una ilusión de felicidad que quería mantener el mayor tiempo

posible. Porque sabía que una vez que terminara, tendría que sentir el dolor de su indiferencia.

Adán me apretó los muslos, suavizándome y acariciándome mientras aumentaba la velocidad de sus movimientos. Intenté contener mi propio orgasmo para que la magia no terminara, pero cuanto más lo intentaba, más rápido sentía que perdía el control y pronto estallé en gemidos, aferrándome a él, retorciéndome los dedos en la piel de su brazo.

No tardó en unirse a mí, dejándome sentir su líquido filtrándose en mi interior. Se desplomó sobre mí. Su pecho se apretó contra el mío y su respiración jadeante me llegó al oído.

—Si tú...

—Silencio. —Me puso la punta del dedo en los labios.



Veintinueve

Sí, perdí la cabeza, me pasé de la raya y me acosté con ella sin medir ninguno de mis impulsos. Creo que fui demasiado rudo, pero me dejé llevar por la rabia de toda la situación y actué solo con mis instintos más primitivos y salvajes.

—¿Te hice daño? —Me levanté de la cama y le di un papel para que se limpiara.

—No —dijo con vehemencia. No sabía si solo estaba aguantando o si realmente sus muñecas rojas no le dolían.

Me acerqué a la ventana del cuarto y vi que estaba húmeda, con gotas de agua deslizándose por el exterior. A veces, los relámpagos iluminaban el otro lado del vidrio.

—Menos mal que no salimos. Está lloviendo.

—No sé tú, pero yo no me arriesgaría a regresar por ese camino de noche ni sin lluvia —dijo Daphne, levantándose de la cama y yendo al pequeño baño del cuarto—. ¿Tiene agua corriente?

—Sí.

—Voy a darme una ducha.

Asentí y fui a uno de los armarios a buscar una toalla limpia para ella. Todo estaba tan ordenado que era evidente que alguien había pasado por ahí esa semana para limpiar el polvo y cambiar las sábanas con olor a humedad.

—Hay agua, comida, y cambiaron la ropa de cama. Me imagino que el crimen de encerrarnos aquí fue fríamente calculado.

—Doña Laura es terrible. —Daphne negó con la cabeza al abrir el grifo de la ducha.

—Tu madre no es la única culpable de esto. Planeó todo junto con la mía.

—¡Ay, está helada! —Daphne dio un brinquito hacia atrás al tocar el agua con la mano.

La abracé por detrás por instinto, calentándola con el calor de mi pecho. Se acurrucó en mí unos minutos antes de apartarse.

—El agua aquí se calienta con energía solar. Tarda un poco en bajar caliente por las tuberías. Intenta ahora.

—Ahora está demasiado caliente. —Hizo una mueca, ajustando la temperatura.

Entró bajo el agua y me quedé en la puerta, observando cómo las gotas recorrían las curvas de su cuerpo pequeño y femenino. Era muy difícil no quedarme embobado mirándola. Sin duda, era la mujer más hermosa con la que me había relacionado. No podía negar que era físicamente irresistible.

—¿No quieres venir también? —Me hizo un gesto para que la acompañara.

No lo pensé dos veces. Sujeté su cintura y acerqué mi cuerpo al suyo mientras el agua nos cubría.

—Eres una mujer hermosa, en la cima de tu carrera. ¿Qué quieres con un hombre como yo? —Esa pregunta me quemaba la garganta y no logré contenerla.

—Quiero un amor y una familia que sé que tú puedes darme.

Tragué saliva. No era la respuesta que esperaba escuchar, sobre todo viniendo de una mujer como ella. Entre tantos hombres en el mundo, parecía una locura que me escogiera a mí de esa forma.

—Yo no soy el hombre adecuado para ti, Daphne.

—Déjame decidir eso a mí —respondió, dándose la vuelta para encararme con una firmeza que me sorprendió.

—¿Por eso sigues acercándote a mi hijo, incluso después de todo?

—No. Me importa de verdad ese niño. Le tomé muchísimo cariño en estos días. Nunca lo hice para usarlo como excusa para

acercarme a ti.

—Pero él no es nada tuyo.

—El cariño no distingue lazos de sangre.

Volví a tragar saliva, una vez más sorprendido por ella. Daphne tenía el poder de desarmarme a cada instante, y tal vez esa era una de las razones por las que intentaba alejarme. Sentía que esa mujer podía darme la vuelta y dejar todas mis heridas expuestas. Todo parecía estar en orden antes de que ella apareciera, pero ahora sentía que nada lo estaba. Había un vacío que Janeth había dejado. Un agujero que ni el aislamiento ni la indiferencia podían llenar.

—Solo soy un viejo con el corazón roto.

—Un viejo no hace lo que acabamos de hacer —dijo con una sonrisa pícara, pasando su dedo mojado por mis labios—. ¿Por qué actúas así?

Confiar era difícil, sobre todo abrirme como Daphne esperaba. Alguna vez fui un hombre que creyó tanto en el amor que la decepción fue brutal.

—No quiero que me tomen por tonto otra vez. Janeth se fue con millones, abandonó a Bryan y a mí sin mirar atrás. Nunca volvió, ni siquiera por su hijo.

—No necesito tu dinero. Tengo el mío. —Cruzó los brazos alrededor de mi cuello y me miró a los ojos sin apartar la vista.

No tenía argumento contra eso. Sin embargo, que Janeth me hubiera robado nunca fue la verdadera razón de mi dolor. Yo le habría dado el dinero si ella me lo hubiera pedido. Pero simplemente nos dejó, hace seis años, y eso demostraba que nunca nos amó.

—El amor es una mentira, Daphne. Es un cuento de hadas para engañar a los tontos.

—Hace un tiempo habría estado de acuerdo contigo. Pero vi de cerca a los mayores idiotas que conocí renunciar a todo por una mujer. Si Dean y Dylan encontraron a las personas correctas, entonces todos podemos. —Dibujó líneas sobre mi frente con la yema de los dedos, empujando hacia atrás mi cabello—. No puedo prometerte que funcionará, aunque lo desee mucho. Pero puedo prometerte que no te dejaré sin decírtelo y que le daré todo mi amor a Bryan.

—Eso puede confundir a mi hijo. —Me alejé, a la defensiva.

Tomé una toalla y empecé a secarme, como excusa para no seguir viendo esos ojos azules tan profundos. Daphne me atraía de una forma que sentía que podría perderme en cualquier instante. Ella tenía el control, y odiaba eso. Odiaba aún más darme cuenta de que cada vez quería estar más cerca.

—Creo que Bryan está lidiando con todo esto mejor que nosotros. Mientras nos evitábamos, él seguía compartiendo momentos con ambos con normalidad. Yo adoro a ese niño con todo mi corazón. Pase lo que pase entre tú y yo, él no va a perderme.

—Lo dices ahora. —Resoplé—. Cuando aparezca un hombre más joven, te vas a ir y nos vas a dejar atrás.

—¿Crees que no tengo hombres jóvenes detrás mío? Y aun así estoy aquí, involucrándome contigo, queriendo que esto funcione.

Tragué saliva. Si no hubiera una pared detrás de mí, probablemente habría perdido el equilibrio.

—No tengo edad para esto.

Ella se rió, y eso me molestó. ¿Será que su mayor talento era sacarme de quicio? Daphne me quitaba el control y cada vez era más difícil de manejar.

—Considerando la esperanza de vida, te quedan al menos cuarenta años por delante. Me llevas una década, pero físicamente no tienes nada que envidiarle a los de mi edad. —Me miró de pies a cabeza, analizándome con detalle—. ¿Prefieres pasar los próximos cuarenta o cincuenta años solo en vez de darte una nueva oportunidad?

—¿Sabes por qué siempre quise pagarle a las mujeres con las que me acostaba? —Volví al cuarto y tomé una bata.

—¿Porque crees que todas solo buscan tu dinero? —Daphne salió del baño, aún desnuda y con gotas cayendo de su cuerpo, y fue tras de mí.

—Porque así no necesitan una excusa para irse.

—No quiero dejarte, Adan —dijo, tocando mi rostro con la punta de sus dedos mojados.

—Eso lo dices ahora. —Apreté los dientes.

—Tenemos que intentarlo, pero para eso necesito que confíes en mí.

—Las cosas no son tan fáciles, estrellita. —Esquivé su toque, sintiendo cómo derrumbaba el escudo que había construido durante años.

—Serían más fáciles si tú no las complicaras tanto.

—No quiero arriesgarme otra vez.

—La vida está hecha de riesgos, Adan.

—¿Qué quieres de mí? —Reí con ironía—. ¿Que sea tu novio? —Esa palabra nunca me había sonado tan ridícula.

—Exactamente eso quiero. No me juzgues a mí ni a ti por los errores de tu ex. Te deseo a ti, y sé que tú también me deseas.

—El deseo no es suficiente.

—Entonces, ¿qué más necesitas?

Ella derribaba uno por uno todos mis argumentos. Era imposible convencerla de que no deberíamos estar juntos. Al final, el que estaba más convencido de intentarlo era yo. Durante esa conversación, Daphne me abrió los ojos. Me di cuenta de que muchas de mis actitudes en los últimos años no eran valentía, sino puro miedo. Miedo de que me rompieran el corazón otra vez, miedo de perder el control de mi vida. Pero ¿acaso no estaba ya engañándome a mí mismo?

Tomé una bata limpia y se la coloqué sobre los hombros, mirándola. ¿Yo estaba dispuesto a arriesgarlo todo solo por la posibilidad de que funcionara? Al parecer, sí.

—Cuando terminen las grabaciones de la película...

—Lo resolveremos. —Cubrió mis labios con la punta de sus dedos—. Recursos no nos faltan.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

—¿Crees que insistiría tanto si no lo estuviera? Te quiero, Adan.

Ya no quería seguir luchando contra ese deseo, y me di cuenta de que había bajado la guardia. La tomé por la cintura y la levanté

en el aire. Daphne rodeó mi cintura con las piernas y la llevé de regreso a la cama.

Sentía que me estaba rindiendo y lanzándome al vacío, pero no recordaba la última vez que me había sentido tan vivo.



—Tengo hambre. —Giró en la cama, recostándose sobre mi pecho.

—Vamos a ver qué dejaron nuestras madres en la nevera. —Me levanté de la cama y la llevé conmigo, sintiéndome extrañamente feliz.

A pesar del miedo de que todo se descontrolara en un segundo, me sentía emocionado y sonriente.

Me detuve frente a la nevera, examinando lo que había.

—¿Te gusta el sushi?

—¡Me encanta! —Sonrió con ese gesto suyo tan difícil de resistir.

—¡Perfecto! —Tomé las bandejas con las piezas listas y las puse sobre la mesa. Luego busqué un vino blanco o algún sake para acompañar.

Tiré de la silla y me senté frente a ella, sirviendo dos copas y entregándole los palillos.

—No quiero que le digas ni alientes a Bryan a llamarte mamá. —Toqué un tema delicado que, en el fondo, era lo que más me preocupaba. Podría lidiar con un corazón roto, pero no permitiría que mis decisiones amorosas hirieran a mi hijo.

—No te preocupes, Adan. Sé que no soy su madre. Tampoco quiero hacerle daño. Me voy a esforzar por ser la mejor novia de papá que pueda ser.

Daphne logró hacerme sonreír. No recordaba la última vez que una mujer lo había conseguido.



DAPHNE

CAPÍTULO

Treinta

Desperté con el sol entrando por la ventana de la cabaña y me acurruqué, escondiendo el rostro en el pecho de Adan. Él giró en la cama y me cubrió con el brazo, bloqueando la luz lo mejor que pudo.

Estaba en las nubes. Sí, Adan era el hombre que yo quería. Por más incierto que todo pudiera parecer, apostaría a que, si él de verdad me daba una oportunidad, nuestra relación funcionaría.

—Buenos días —dijo, delineando mi rostro con la punta de los dedos.

—Hola. —Levanté la cabeza y le di un beso corto.

—¿Dormiste bien?

—Mejor, imposible.

—Vamos a comer algo y luego caminamos hasta el hotel.

—¿Tenemos que irnos ahora? —Me estiré.

—¿No quieres? Es mejor ir mientras el sol no está tan fuerte.

—Tenía otros planes para nuestra mañana.

—¿Ah, sí? —Sonrió con picardía y me giró en la cama, acomodándose entre mis piernas.

—Exacto. —Pasé la mano por su pecho firme, cerrando los ojos y estremeciéndome al sentir su verga rozando mi vulva. Me encendí, y no era por el sol que inundaba la habitación.

—Así no vamos a salir nunca de aquí.

—Nunca es mucho tiempo, pero al menos no en la próxima hora. —Deslicé la mano entre nuestros cuerpos y me metí su verga adentro.

Adan sostuvo mi rostro con ambas manos y gemimos al unísono cuando comenzó a moverse. Era delicioso estar en sus brazos y saber que, finalmente, estábamos construyendo algo especial. Eso lo hacía aún más perfecto.

Rodeé su nuca con una mano y hundí los dedos en su cabello rubio, jalándolo para acercar más sus labios a los míos. Adan volvió a besarme con ferocidad mientras embestía con fuerza, moviéndose contra mi cuerpo, haciéndome vibrar con cada impacto.

Escuchamos una bocina, pero cuando él pensó en levantarse, lo rodeé con las piernas para que no se apartara de mí.

—Deben haber venido a buscarnos o enviado a alguien —susurró en mi oído.

—Ellas nos encerraron aquí, ahora que esperen un poco. —Lo volví a besar y me entregué por completo a las sensaciones que me provocaba hacer el amor con él.

Adan sostuvo mis muslos, hundiendo los dedos en mi piel suave mientras aumentaba el ritmo. La niebla que me envolvía era adictiva y me transportaba a un lugar donde solo existíamos él y yo. Quería vivir muchos momentos como ese.

Una parte de mi mente, entorpecida por el placer, escuchó la bocina sonar una o dos veces más, pero no me importó. No tenía ninguna prisa, quería disfrutar de Adan lo más que pudiera.

Él me giró de espaldas y mordió mi nuca, haciéndome estremecer antes de volver a penetrarme. Estiré un brazo para apoyarme en la cabecera de la cama y me mordí el otro para controlar mis gemidos.

Adan deslizó una mano entre mis piernas y, en cuanto tocó mi clítoris, perdí la fuerza. Sabía cómo jugar sucio. Siguió moviéndose dentro mío mientras agitaba sus dedos en esa zona. Tuve que retirar el brazo porque no podía respirar bien. Mi centro absorbía toda mi energía, y cuando la tensión estalló en placer, me desplomé hacia adelante, jadeando, inmóvil. Él sujetó con firmeza mi cintura y sentí que también alcanzaba el clímax.

Permanecimos así unos instantes hasta que él se levantó y tomó su bata.

—Voy a avisar que ya vamos.

Asentí, entrando al baño para darme una ducha antes de ponerme la muda de ropa que mi madre había dejado para mí.

Había planeado todo tan bien que ni ese detalle se le escapó. Por suerte, porque Adan había destrozado mi camiseta la noche anterior y no podía regresar al hotel solo con el sostén.

Él entró al baño unos minutos después. Sentía que los dos nos conteníamos para que fuera solo una ducha. Esa tensión era deliciosa, sobre todo porque sabíamos que en cualquier momento volveríamos a entregarnos.

No tardamos mucho en arreglarnos y salir de la cabaña. Agnes había enviado a uno de los empleados del hotel a buscarnos, y por suerte el tipo había traído la llave, así que Adan no tuvo que forzar la puerta. Menos mal, porque ese lugar era hermoso y siempre me dejaría recuerdos increíbles.



—Tengo que resolver unas cosas. Te veo más tarde. —Adan acarició mi rostro y me dio un beso corto antes de dar un paso atrás, alejándose.

—Está bien. Tenemos que contarle a Bryan.

—Así es. —Asintió con una sonrisa leve, lo que me tranquilizó, ya que no noté tensión en su mirada—. ¿Almorzamos juntos al mediodía?

—¿Los tres?

—Sí.

—Entonces estás decidido.

—Ve a mi cabaña.

—De acuerdo.

Nos despedimos con una última mirada y solté su mano.

Llegué a la cabaña donde estaba hospedada casi tarareando de alegría, pero cambié la expresión en cuanto vi a mi madre sentada hablando por teléfono con alguien. Me di cuenta de que era Dean cuando lo mencionó por su nombre.

—Daphne ya llegó, hablamos luego. Qué bueno que todo está bien por allá. —Colgó y bajó el teléfono—. Hola, querida. —Me miró con la sonrisa más descarada del mundo, y yo apreté los dientes—. ¿Cómo estás?

—¿En qué estaban pensando tú y Agnes al encerrarnos en medio de la nada? ¿Se volvieron locas? Eso no se hace, doña Laura.

—Ustedes dos necesitaban aclarar las cosas, y fue la mejor idea que tuvimos.

—Así no se resuelven las cosas. —Crucé los brazos, seria—. Pudimos habernos matado en esa cabaña.

—¿No funcionó? Parece que estás feliz...

—No se trata de eso. —Negué con la cabeza—. Lo que pasó allá no justifica lo que hicieron.

—Hicimos lo mejor para ustedes. —Cruzó los brazos y sacó el pecho como si tuviera toda la razón—. Estuve hablando con Agnes sobre Adan estos días, y entendí que tu elección no había sido un

error. Es un buen hombre, solo pasó por una situación complicada. Solo necesitaban un empujón para aclarar las cosas.

—Eso no estuvo bien, mamá. ¡En serio! —Seguí frunciendo el ceño.

—Los fines justifican los medios. —Se encogió de hombros—. Ahora dime... —Se levantó del sofá y se paró a mi lado—. ¿Se arreglaron?

La miré de reojo y resoplé. Por más que la noche con Adan hubiera sido maravillosa, eso no justificaba lo que ella y Agnes habían hecho. Pasaron por encima de todo, incluso de nuestra voluntad, para hacer funcionar ese plan tan loco.

—¡Dilo ya! —Frunció el ceño, señalándome que si no decía lo que quería oír, encontraría la forma de saberlo por sí misma, y sería peor.

—Él y yo vamos a intentarlo.

—¿Y eso qué significa?

—Estamos saliendo, mamá.

—¡Qué maravilla! —Vi cómo daba pequeños saltitos de emoción—. Me alegra tanto por ti. —Me abrazó.

—Pero no te metas más, mamá.

—Yo no hice nada. —Se hizo la desentendida—. Tú lo elegiste. Agnes y yo solo los ayudamos a poner los sentimientos sobre la mesa. Estaba segura de que solo necesitaban un empujoncito. Teníamos razón. Se entendieron y ahora son pareja.

—Me pregunto si pusiste tanto esfuerzo para estar con papá.

—Las cosas eran distintas. —Puso mala cara.

—Ahora creo que ya puedes volver a Miami.

—¿Me estás echando? —Cruzó los brazos.

—No, pero ya hiciste lo que viniste a hacer. Ahora deja que Adan y yo resolvamos las cosas a nuestra manera.

—¿Estás segura de que ya no me necesitas?

—¡Mamá!

—Está bien, entiendo, querida. Pero sabes que si me necesitas, solo tienes que llamarme y vengo.

—Lo sé, mamá. —Le sonreí de lado. Entendía que hacía todo lo posible por verme feliz, pero algunas acciones eran demasiado. Nunca se lo admitiría, pero no tenía idea de cómo Adan y yo hubiéramos arreglado las cosas sin ese encierro.

—¿Cuándo vas a llevarlo a Miami para que conozca a tus hermanos?

—Un paso a la vez, mamá.

—Estoy segura de que los chicos lo van a adorar.

—No es por eso. Solo es cuestión de tiempo. Que terminen las grabaciones y hablo con él, ¿de acuerdo?

—Está bien. —No parecía muy contenta, pero prefirió no discutir—. Voy a almorzar con Agnes y en la tarde compro el boleto de avión para volver a casa. Aviso a George para que me recoja en el aeropuerto.

—Gracias, mamá. —Le di un beso en la mejilla.

—No te desaparezcas de casa.

—No lo haré.



Treinta y uno

—¡Bryan! —Entré al chalet llamando a mi hijo—. Bryan, ¿dónde estás?

—¡Papá! —Saltó del sofá y corrió hacia mí. Lo levanté en brazos y lo abracé.

—¿Estabas viendo televisión?

—Sí. La abuela puso el canal de caricaturas.

—Qué bien, hijo.

—¿Dónde estabas, papá? Ayer desapareciste.

Mi mirada se cruzó con la de mi madre en la sala y fruncí el ceño por unos segundos, pero enseguida volví a sonreír al mirar a mi hijo.

—Me quedé atrapado resolviendo un asunto.

—¿Atrapado? —Abrió los ojos como platos y noté que no me había expresado de la mejor manera para que él entendiera.

—Es solo una forma de decir, hijo. —Le despeiné el cabello rubio con la mano—. Tuve que ocuparme de unas cosas en la destilería y por eso no volví a casa. Eso fue todo.

—¿Pero estás bien, papá?

—Sí, todo está muy bien. ¿Por qué no nos sentamos en el sofá a conversar?

Él asintió y corrió delante de mí, lanzándose entre los ositos de peluche, esperando a que me acomodara a su lado.

—¿Qué pasa, papá? —Inclinó la cabeza, apoyándola en mi hombro. Verlo así me revolvió por dentro y me pregunté si estaba haciendo lo correcto. Para mí, su felicidad siempre estaría por encima de la mía—. ¿Papá?

Salí de mis pensamientos y volví a mirarlo. Tenía dudas, pero cabía la posibilidad de que esto fuera bueno para él.

—Daphne va a almorzar con nosotros hoy.

—¡Genial! —Bryan abrió una enorme sonrisa, dejando claro lo emocionado que estaba. Eso me hacía feliz, aunque también me daba miedo.

—Hay algo que quiero contarte sobre ella.

—¿Qué? —Se giró en el sofá y se acostó con la cabeza en mis piernas, jugando con un osito de peluche.

—Daphne ahora es la novia de papá.

—¿En serio? —Saltó de golpe y me asustó—. ¡Estoy tan feliz!

—Hijo, ella no va a convertirse en tu mamá.

—¿No le gusto? —Frunció los labios—. Pensé que sí.

—Daphne te quiere mucho, Bryan. Pero tu verdadera mamá es la mujer que te dio la vida.

—¿Pero Daphne puede seguir jugando conmigo y darme un beso de buenas noches?

—Creo que sí.

—¡Ah, entonces está bien! —Me abrazó por el cuello con sus bracitos y me apretó—. Estoy feliz.

—¡Qué bueno, hijo! —Le devolví el abrazo.

—¡Daphne! —Bryan se soltó de mí y salió corriendo.

Giré la cabeza y lo vi abrazar las piernas de mi novia. Al pensarlo así, me di cuenta de que tal vez necesitaría algunos días para acostumbrarme a la idea.

—¿Llegué en mal momento? —Le pasó los brazos por los hombros a mi hijo y lo acarició.

—Claro que no. —Me levanté para acercarme a ellos.

—Papá dijo que ahora eres su novia. ¡Estoy tan feliz! —Bryan seguía aferrado a sus piernas.

—¿Ah, ya se lo dijiste? —Daphne me miró y no logré descifrar si su expresión era solo de sorpresa o si también estaba molesta.

Asentí con la cabeza y ella sonrió, inclinándose para besar a Bryan en la coronilla. Viendo lo cariñosa que era con mi hijo, empecé a creer que tal vez sí podríamos funcionar como pareja.

—Pedí que sirvieran nuestro almuerzo en la terraza.

—¡Perfecto! —Daphne sonrió—. ¡Vamos, Bryan! —Le extendió la mano para que la tomara.

—Daphne, ¿algún día puedes llevarme a ver las grabaciones de la película?

—Si tu papá puede ir también y tú prometes portarte muy bien, puedo pedirle permiso a la directora para que veas el rodaje.

—¿Me llevas, papá? —Bryan me miró con esos ojitos brillando de una forma que hacía casi imposible decirle que no.

—Puede ser.

—¡Sí!

Nos sentamos alrededor de la mesa en la terraza y Bryan se colocó muy cerca de Daphne. Pensé que en algún momento ella podría sentirse incómoda con tanto apego, pero ambos parecían llevarse de maravilla.

—Daphne, ¿vas a vivir aquí con nosotros?

—Aún no, Bryan. —Mantuvo la sonrisa y un tono amable—. Tu papá y yo apenas estamos saliendo. Cosas así llevan tiempo, pero

mira, tengo un apartamento en Hollywood y la casa de mi familia en Miami. Vas a tener varios lugares para pasear.

—¡Qué bien!



El almuerzo fue mejor de lo que esperaba y Daphne supo manejar todo con más soltura de la que imaginaba. Mostró una habilidad con niños que no esperaba en una mujer con su estilo de vida y sin hijos.

Al final de la tarde, mi madre llevó a Bryan a darse un baño y Daphne y yo nos acomodamos en un sofá de tres plazas que estaba en la terraza, a pocos metros de la mesa.

—¡Estuviste genial! —Pasé el brazo por detrás de su cintura y la acerqué a mí, disfrutando del dulce aroma floral de su perfume.

—¡Tu hijo es genial! —Apoyó ambas manos sobre mi hombro y se quedó mirándome.

—Daphne, no sé si este es el mejor momento para hablar de esto, pero supongo que tienes tu vida en Los Ángeles.

—La tengo, así como tú la tienes aquí. —Pasó la mano por mi frente, echándome el cabello hacia atrás—. Supongo que habrá momentos en los que tengamos que pasar algunos días, quizá hasta un mes, separados cuando esté filmando en alguna parte del

mundo, pero la mayor parte del tiempo puedo venir para aquí o tú puedes ir allá. No siempre será lo ideal, pero estoy segura de que podemos hacerlo funcionar. ¿Estás pensando en echarte para atrás? —Se giró en el sofá y se sentó sobre mi regazo.

Miré a mi alrededor y me aseguré de que ni mi madre ni mi hijo pudieran vernos.

—No estoy pensando en echarme atrás. —Le puse las manos en la cintura, sintiendo sus curvas bajo mis dedos. Extrañamente, ella valía el esfuerzo—. Es una realidad con la que vamos a tener que lidiar.

—Puedes ir a visitarme durante las grabaciones, quedarte un tiempo conmigo en Hollywood o donde esté, y yo vendré aquí en todas mis vacaciones, o al menos parte de ellas.

—¿Por qué solo parte?

—Si no voy a ver a mi mamá, ella va a enloquecer.

—Me lo imagino. —Reí, pensando que la mía reaccionaría igual —. Vamos a encontrar la manera. —Coloqué un mechón de su cabello detrás de su pequeña oreja, donde llevaba un discreto arete de mariposa.

—Eres increíble. —Se inclinó hacia mí y rozó sus labios con los míos antes de introducir su lengua en mi boca.

Respondí a su beso, aunque contuve mis manos, que por instinto querían recorrer todo su cuerpo suave y femenino.

—Sabes que no podemos hacer esto aquí —le dije apenas cortamos el beso para tomar aire.

—Perdón. Prometo que me voy a portar bien. —Bajó la mirada mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Vamos al chalet donde te estás quedando más tarde. —Le tomé el mentón y le di un beso corto—. Me quedo contigo allá.

—Me va a encantar eso. Ahora que hablas de mi mamá... —Se encogió un poco y noté que el tema podría ponerse serio, así que cambié mi postura y adopté un tono más defensivo.

—¿Qué pasa con tu mamá? Pensé que ya se había ido. Si no podemos quedarnos allá, tú duermes aquí conmigo.

—No, ya se fue. No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Mi mamá quiere que te lleve a Miami para presentarte a mis hermanos. Le dije que todavía es un poco pronto.

—¿Cuándo? —Fui directo al notar que ella daba vueltas por vergüenza.

—Pensaba a fin de mes, cuando terminen las grabaciones.

—Bueno... —Me quedé pensativo por un momento. Si ella quería que yo conociera a su familia, tal vez era un paso importante —. Dependiendo de cuándo terminen, si Bryan todavía no ha empezado las clases, podríamos pasar algunos días allá.

—¡Gracias! —Se lanzó a mis brazos y me abrazó con fuerza.



DAPHNE CAPÍTULO

Treinta y dos

—Bryan —me agaché frente al hijo de Adan y tomé sus manitos entre las mías—, tú te vas a quedar aquí con tu papá detrás de las cámaras.

—¡Está bien! —Asintió con entusiasmo, manteniendo una sonrisa enorme. Se notaba cuánto le alegraba estar ahí.

—Vamos a quedarnos por aquí, ¿verdad, campeón? —Adan despeinó el cabello rubio y liso del niño, quien sacudió la cabeza para volverlo a su lugar.

—Me voy para allá. —Acaricié el rostro de Adan y le di un beso corto antes de caminar hacia donde estaba Jake, justo frente a las cámaras, para una escena que grabaríamos en la cueva.

—Veo que te estás tomando en serio lo tuyo con el dueño del hotel —comentó Jake cuando me detuve a su lado.

—Digamos que ahora sí va en serio. —Mantuve la sonrisa, que se ensanchó aún más—. Estamos juntos.

—¡Felicidades!

—Gracias.

—Sophia me dijo que Bryan estaba deseando que ustedes dos se dieran una oportunidad. Parece que el niño lo logró.

—Creo que es más mérito de mi mamá y de la suya, pero luego te cuento bien qué pasó.

—Está bien.

—¿Empezamos? —La directora nos hizo una señal y ambos asentimos—. ¡Acción!

—Ten cuidado por dónde caminas —dijo Jake, siguiéndome de cerca.

Fingí no escucharlo y seguí avanzando hasta que llegamos frente a una de las cascadas subterráneas de *Ruby Falls*. Continué caminando hasta que simulé tropezar y alguien del equipo de producción lanzó una piedra de espuma sobre mi cabeza.

—¡Juliet! —Jake corrió hacia mí y me sostuvo en brazos antes de que cayera—. ¿Estás bien?

—Un poco mareada nada más. —Me acomodé en su pecho.

—Deberías haberme escuchado. Yo soy el guía aquí, ¡eres tan terca!

—Menos mal. —Me masajeé la zona donde me había golpeado y él soltó una risa.

—Ven, déjame cuidarte. —Acarició mi rostro y me dio un beso breve antes de acomodarme en una esquina y tomar algunas cosas del botiquín que llevaba en el cinturón.

Fingió tratar la herida y limpiar la sangre falsa hasta que la directora gritó "¡corte!" y elogió la escena.

Apenas me dieron una pequeña pausa, me acerqué a Bryan y a su padre. Ambos me miraban con los ojos muy abiertos y no sabía si había sido buena idea traerlos a ver la grabación.

—¡Daphne! —Bryan me abrazó por la cintura—. ¿Te duele?

—No, mi amor. Era una piedra falsa. No me hizo daño de verdad.

—¡Qué bueno! —Respiró aliviado—. ¿Pero por qué el papá de Sophia te dio un beso? ¿Él no es el esposo de la mamá de Sophia y tú no eres novia de mi papá?

¡Pésima idea, Daphne!, me regañé mentalmente. Debería haber pensado en lo confuso que esto podía resultar para él antes de decirle que podía venir.

—Bryan, el beso que Jake me dio fue de mentira, igual que la piedra que me pegó en la cabeza. Yo soy actriz, y Jake también. Nosotros, junto con todo el equipo que ves aquí, trabajamos para contar historias a las personas. Historias que casi nunca son reales.

—No entiendo.

—Imagino que es un poco complicado, pero cuando estoy frente a las cámaras, tengo que convertirme en otra persona. A veces soy una princesa, o hasta una extraterrestre.

—¿Y para eso tienes que besar al papá de Sophia?

—Es que en esta película, en la historia que estamos contando, yo finjo ser su novia.

—¿Y mi papá?

—Tu papá es mi novio de verdad, Bryan.

—Mira, hijo. —Adan se agachó hasta quedar a la altura de su hijo—. ¿Te acuerdas de la obra de teatro de la escuela donde hiciste de león?

—¿La de la señorita Virginia? ¿El año pasado?

—Esa misma. ¿Te acuerdas del león feroz que interpretaste?

—Sí, claro.

—Pero tú no eres realmente un león, ¿verdad, hijo?

—No.

—Pues así es. Cuando están grabando a Daphne, y cuando la ves en la televisión o en el cine, ella está fingiendo ser otra persona. No es quien es en realidad.

—¡Ah, ya entendí! Qué bueno que era mentira. —Abrió una sonrisa que me alivió por completo. Aunque sospechaba que él no era el único al que le había incomodado el beso técnico entre Jake y yo.

—Me lo voy a llevar.

—Está bien. —Le sonreí, un poco forzada, queriendo saber cómo se sentía, pero sin atreverme a preguntar en ese momento.

—Nos vemos más tarde. —Me dio un beso tan rápido como el que Jake y yo habíamos compartido frente a las cámaras, y lo observé mientras se alejaban.



Treinta y tres

—¡Adan!

Dejé el vaso de whisky sobre el borde del balcón cuando escuché el grito de Daphne al entrar en mi cabaña.

—¿Sí?

—¿Cómo estás? —Se detuvo frente a mí y arqueó el cuerpo, tal vez dudando si debía o no poner la mano sobre el pecho. Por el sudor que le brotaba en la frente y la forma en que jadeaba, imaginé que había corrido lo más rápido que pudo.

—Estoy bien, pero ¿por qué estabas corriendo así?

—Quería hablar contigo.

—Ven aquí. —Tomé la servilleta que estaba junto a mi vaso de whisky y le sequé el sudor de la frente.

—Gracias. —Sonrió, y mi gesto hizo que se mostrara menos temerosa—. Quería saber si todo está bien contigo. —Tomó mi mano y la llevó a su rostro, mirándome fijamente.

—¿Por qué no lo estaría?

Después de la conversación que tuvimos con Bryan detrás del escenario, imaginé que Daphne podía pensar que me había molestado verla besando a otro hombre. Podía negarlo ante quien fuera, pero era más difícil mentirme a mí mismo. Por más incómodo que hubiese sido verla actuar por primera vez, sabía desde el principio que ella era actriz, y besar a otros hombres frente a las cámaras era parte de su trabajo.

—¡Adan! —Me miró de reojo, nada convencida con mi fingida falta de preocupación.

—¿Habrá algunas escenas de sexo entre tú y ese tipo? —Respiré hondo, y enseguida me arrepentí de haber hecho esa pregunta. Había cosas que era mejor no saber nunca. Me di cuenta de lo celoso que estaba por una mujer que era mi novia hacía apenas unos días.

—Sí... pero no es sexo de verdad, es solo una insinuación. Nos besamos, nos quitamos algunas prendas y luego cortan a la siguiente escena. Adan, esto es parte de mi trabajo...

—Lo sé. —Le sujeté el rostro con ambas manos, impidiéndole continuar—. Solo necesito acostumbrarme a eso. Perdón.

—Lo entiendo —Acercó mi rostro al suyo y me dio un beso lleno de cariño—. No tienes nada de qué preocuparte.

—Excepto por tu compañero de trabajo, diez años más joven que yo y más guapo...

—Más joven, sí. —Frunció el ceño—. En cuanto a más guapo, no sé si estoy de acuerdo contigo. Además, él está casado y completamente enamorado de Kalina. Y nosotros estamos viviendo algo muy bonito aquí, algo que no quiero perder. —Tomó el cuello de mi camisa.

—Perdón. —Terminé sintiéndome un idiota, pero, con mi historial, era de esperarse que me sintiera amenazado.

—No te preocupes por eso, sé que vas a necesitar tiempo para acostumbrarte. ¿Prometes decirme siempre que algo te moleste?

Asentí, y ella me dio un beso corto.

—¿Sabes? Me encantaría que fuéramos a bañarnos ahora y olvidáramos esto. —Aún sujetando el cuello de mi camisa, comenzó a darme besos cortos y otros más largos, lamiendo y mordiendo mis labios.

—Bryan está afuera jugando con Max, y creo que se quedará ahí un buen rato. Me parece que podemos tardar un poco más en ese baño. —Deslicé la mano por su espalda y apreté su culo suave y redondo, arrancándole un pequeño gemido.



Treinta y cuatro

Dos semanas después...

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Miami, descubrí que algunos fans se habían enterado de mi regreso a casa, porque me estaban esperando en la puerta de llegada. Nunca iba a saber cómo conseguían información sobre mis vuelos, a veces incluso mejor que yo. Me detuve para tomar algunas fotos con ellos y firmé algunos pósteres y cuadernos.

Los fans no eran los únicos en el aeropuerto; a lo lejos podía distinguir a uno que otro paparazzi tomándonos fotos a Adan y a mí.

Esos carroñeros estaban en todas partes, husmeando el primer descuido que diéramos. Cuanto más escandalosa fuera la foto, mejor para ellos. Ya le había advertido a Adan que, tarde o temprano, su rostro terminaría apareciendo en algún medio de comunicación, y esperaba que supiera manejarlo. Seguimos tomados de la mano hasta la salida, donde George ya nos estaba esperando.

Agnes se había quedado para cuidar el hotel y Grace nos acompañó para cuidar de Bryan, que iba súper emocionado en el asiento del coche. El niño nunca había estado en esa ciudad de Florida, solo en Orlando, donde Adan lo había llevado a conocer Disney y otros parques temáticos.

—¡Mira la playa, papá! —Le dio un codazo a Adan, señalando por la ventana.

Donde ellos vivían, aunque había cascadas maravillosas, no había playas. A pesar de que Bryan ya había visto el mar en otras ocasiones, aún no podía ocultar su asombro.

—¿Sabías, Bryan, que la casa de mi familia está en una isla?

—¿En serio? ¡Qué genial!

Asentí, y su sonrisa se hizo más grande.

—Ya la vas a conocer.

—Papá, ¿me vas a llevar a la playa? Aunque sea solo un día, ¿sí?

—Veremos cuando lleguemos allá —respondió Adan, manteniendo su tono firme.

—¡Oh! —Levantó los brazos, decepcionado.

Pensé en decirle que había un pequeño tramo de playa que era parte del patio de la mansión y que podíamos ir si él quería, pero no sabía si Adan se sentiría desafiado en su autoridad frente al hijo.

Unos minutos después, George estacionó en el garaje de la mansión y Bryan fue el primero en salir del coche con un sonoro: *¡guau!*

—Aquí parece que hay más coches que en el salón de videojuegos.

—No es para tanto. —Acaricié su hombro.

—¿Por qué hay tantos coches? —Adan miraba alrededor con aire desconfiado—. ¿Cuántas personas viven en esta casa?

—Cuatro... siete si cuentas a Dylan, su esposa y a mí, que casi no estamos aquí.

—Son muchos coches para siete personas.

—Ah, es que Dean tiene varios. Es el negocio de la familia. Convirtió la concesionaria de autos de nuestro padre en una red multinacional. Tenemos un poco de dinero. —Solté una risita, tratando de disimular que lo estaba pinchando al recordar que me ofreció dinero después de que tuvimos sexo por primera vez.

—¡Daphne! —Bryan tiró de la orilla de mi vestido.

—¿Sí, mi angelito?

—¿Alguno de esos autos es tuyo?

—¡Sí! El Lotus es mío. —Señalé el auto negro convertible con detalles dorados en las llantas y los asientos.

—¡Wow, qué bonito!

—Vamos a entrar. Después te prometo que te muestro ese por dentro... o tal vez una Ferrari —susurré la última parte como si fuera nuestro secreto.

—¿Tienen una Ferrari?

—Sí, mi hermano tiene dos.

—Yo tengo tres de juguete que papá me compró.

—¿Ah, sí? —Tomé su manito y lo fui llevando conmigo fuera del garaje rumbo al interior de la casa.

—Sí. Uno es a control remoto. Cuando volvamos a casa, puedes jugar conmigo si quieres.

—Me encantaría.

—¿Hay niños aquí? —Miró a su alrededor al llegar a la sala.

—Todavía no. Mi hermano va a tener una hija, pero aún no ha nacido. Muy pronto vas a tener con quién jugar.

—Ah, pero va a ser una bebé. —Bryan hizo una mueca y nos echamos a reír.

—Todos fuimos bebés alguna vez, hijo —dijo Adan, poniendo la mano sobre su hombro.

—¡Ya llegaron! —Mi madre apareció en la sala, acompañada por la madre de Angel—. ¡Qué bueno que vinieron! —Me abrazó antes de saludar a Adan y a Grace.

—Gracias por la hospitalidad —dijo Adan, sonriendo a mi madre.

—Eres muy bienvenido aquí, Adan.

—¿Dónde están Dean y Angel? —pregunté al ver que ni mi hermano mayor ni mi cuñada habían salido a recibirnos.

—Angel fue a la universidad para revisar unas materias antes de que empiece el semestre. Está muy entusiasmada por comenzar medicina. Tu hermano está en la concesionaria. Deben llegar más tarde. Mientras tanto, siéntanse como en casa.

—Muchas gracias, Laura.

—Mamá, ¿pediste que prepararan los cuartos de huéspedes para Bryan y Grace?

—Sí, querida. Son los dos más cercanos al tuyo.

—Perfecto.



Después de habernos instalado, Adan y yo por fin nos quedamos a solas en mi habitación. Se puso a mi lado y rodeó mi cintura con los brazos mientras contemplábamos el horizonte, hasta donde el mar se extendía más allá de lo que podíamos ver.

—Esto es hermoso. —Besó mi mejilla al apretarme más contra su pecho.

—Sí, demasiado. ¿Nunca habías venido a Miami?

—He participado en algunos eventos en la ciudad, pero siempre iba con tanta prisa que nunca tuve tiempo de disfrutar el lugar.

—Te entiendo.

Me hizo girar, poniéndome de frente, y coloqué las manos sobre sus hombros.

—¿Qué pasa? —Noté una inquietud en la arruga que se formó en su frente.

—Tu mamá está siendo tan amable que asusta. Generalmente las suegras son un poco más sobreprotectoras.

—Le agradas. No nos habría encerrado en esa cabaña si no pensara que tú podías ser bueno para mí. Puede ser algo controladora con mis hermanos y conmigo, pero es una buena persona.

—¿También encerró a tus hermanos en una cabaña? —Se rió Adan, y yo negué con la cabeza.

—Les tendió una trampa a los dos. Los dejó creer que tenían el control, y cuando se dieron cuenta, ya estaban enamorados de las mujeres que mi madre puso en su camino.

—¿Debo sentirme amenazado porque ella no me eligió?

—Claro que no. —Solté una carcajada—. Además, en el momento en que nos encerró en esa cabaña, puedes estar seguro de que ya te había elegido.

—¡Qué alivio! —Adan me atrajo hacia él y me dio un beso largo.



Treinta y cinco

A pesar de que era un gran paso, me sentía feliz por haber llegado hasta allí con Daphne. Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de vivir algo especial con una mujer, pero ella me estaba demostrando que me había equivocado. Tenía a Daphne a mi lado y finalmente podía ser feliz otra vez.

Salí del baño con la toalla enrollada en la cintura y la vi sentada en la cama, peinándose el cabello negro. Cada vez que la miraba, pensaba en qué había visto una mujer como ella en un hombre como yo.

—Ponte algo para que bajemos a cenar con mi familia. Creo que mi hermano ya debe haber llegado.

—Está bien —respondí. Me quité la toalla y tomé de la maleta un bóxer, un short y una camiseta blanca. Había visto a tantas personas en traje de baño por las calles que imaginé que no habría problema en vestirme así.

Daphne se detuvo frente a mí, sostuvo el cuello de mi camisa y me dio un beso.

—Eres tan guapo.

—Gracias. —Le pasé la mano por su nuca y enredé mis dedos en su cabello—. Tú eres hermosa. —Rocé mis labios con los suyos antes de presionar mi lengua entre ellos.

Mientras la besaba, notaba que poco a poco iba soltando mis ataduras y me lanzaba de lleno a esa relación. Todavía tenía algo de miedo, pero lo estaba perdiendo lentamente.

—¿Bajamos? —interrumpió Daphne nuestro beso, aunque mantuvo su mirada fija en la mía.

—Sí. —Entrelacé mis dedos con los suyos y dejé que me llevara por el pasillo.

Fuimos hasta el comedor de la mansión y, en cuanto nos detuvimos en la entrada, un hombre y una mujer vinieron hacia nosotros. Por el parecido con Daphne (los ojos azules, algunos rasgos faciales y el cabello oscuro), supuse que era uno de sus hermanos, y la joven latina embarazada, su esposa.

—¿Tú debes ser Adan? —Extendió la mano hacia mí.

Asentí y la estreché.

—Soy Dean. Bienvenido a nuestra casa.

—Gracias.

—¡Hola! —La joven, sonriente y de rasgos delicados, me dio un abrazo. Por su apariencia, calculé que quizás tenía la mitad de mi edad—. Soy Angel.

—Un placer, Angel. Soy Adan.

—¡Vengan, siéntense! —Laura nos hizo señas para que nos uniéramos a la mesa.

Sirvieron la entrada y un vino blanco. Comimos casi en silencio, pero en cuanto terminó la cena, Dean me llamó para conversar, lo cual hizo que Daphne se pusiera de mal humor.

—Mira tú. No hay necesidad de que actúes como el superprotector. Ya estoy lo bastante grandecita para tomar mis propias decisiones. —Cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Daph, relájate. Solo quiero conocer mejor a tu novio, ¿qué crees que va a pasar?

—No lo sé. —Siguió con el gesto molesto, y eso me pareció un poco gracioso.

—No te preocupes. —Le guiñé el ojo antes de seguir a su hermano hacia una sala más pequeña con un bar. *¿Qué podría salir mal?*

—¿Aceptas un poco de tu propia marca de whisky? —Dean sirvió un vaso para él y me ofreció otro.

Asentí, quedándome de pie a unos metros de él, simplemente observando. Dean vertió un trago y añadió dos cubos de hielo antes

de entregarme el vaso.

—*Ruby Royal* de veintiún años. Es la mejor reserva de la destilería.

—Tengo buen gusto. —Se encogió de hombros.

—Presumo que sí.

—¿Desde hace cuánto tu familia tiene la destilería?

—Un poco más de cien años. Mi bisabuelo vino de Escocia y la fundó.

—Interesante. Mi madre dijo que también tienes un hotel.

Asentí con un leve movimiento de cabeza. Aquello se estaba volviendo un interrogatorio, pero no esperaba menos viniendo de un hermano mayor.

—Lo tengo desde hace quince años. Al igual que Miami, *Chattanooga* es una ciudad turística por las cuevas y cascadas subterráneas.

—Parece una gran inversión. —Bebió un sorbo de whisky, todavía analizándome de reojo.

—Lo fue. No es tan rentable como la destilería, pero ya produce lo suficiente para darle a cualquiera una vida muy tranquila.

—Tu hijo es encantador.

—¡Gracias!

—¿Eres divorciado o viudo?

—Creo que un poco de las dos cosas. —Sonreí con incomodidad. No sabía si mi ex esposa seguía viva o no.

—¿Cómo es eso? —Frunció el ceño, tratando de entender lo que había dicho.

—La madre de Bryan se fue cuando él era un bebé. No sé dónde está. Ni la justicia ni la policía lograron encontrarla. Lo crié con ayuda de mi madre.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes, ya fue hace mucho tiempo.

—Aun así, parece que hiciste un gran trabajo.

—No es una tarea fácil. Ya verás cuando nazca tu hija, pero uno se esfuerza.

—Sí. —Esbozó una media sonrisa. Seguía analizándome, pero ya no parecía tan receloso como al inicio de la conversación—. Daphne no es una mujer fácil.

—Lo sé muy bien. —Me reí solo al recordar que si estábamos juntos, era por insistencia de ella—. Ella me convenció de intentarlo.

—Espero que funcione. —Me ofreció la botella para servirme otra copa.

—Yo también.

—¡Dean! —Daphne apareció en la puerta y ambos nos giramos para mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Quiero la llave del yate.

Su hermano me miró a mí y luego volvió a mirarla. Había una mezcla graciosa de sorpresa e indignación en sus ojos.

—Creo que ustedes dos no la necesitan. Ya se ven bastante bien juntos.

—Lo estamos. —Sonrió con picardía, y eso pareció molestar a su hermano—. Ni se te ocurra poner esa cara. Hace mucho que soy mayor de edad, ¿o acaso crees que no sé lo que tú y Dylan hacían en ese lugar antes y después de casarse?

—¡Daphne!

—No pongas esa cara. Solo será por mañana. Dylan y Carol vienen el jueves a visitarnos.

—Él no me dijo nada.

—Acabo de hablar con ella.

—Entiendo. ¡Qué bien!

—La llave...

—Está bien, Daphne. —Resopló.

—¡Gracias! —Ella saltó como una niña emocionada, lo llenó de besos en las mejillas y lo abrazó fuerte.

—Compórtate.

—Tú sabes que no lo haré. —Le guiñó un ojo.

Dean solo negó con la cabeza.

Yo no tenía hermanos, así que no comprendía del todo ese tipo de relación, pero me parecieron bastante unidos, a pesar de los

celos evidentes de Dean. Era su hermana menor, y me imaginé que, en su lugar, yo estaría igual.

—Voy a cuidarla —aseguré, notando que eso solo hizo que el recelo brillara aún más en sus ojos azules.

—Ese es mi miedo. —Se frotó las sienes.

—Lo peor que puede pasar es que te conviertas en tío.

—¡Daphne! —Puso cara de asco, y ella soltó una carcajada.

Imaginé que solo estaba provocando a su hermano. Después de que Janeth me abandonó, estaba convencido de que no tendría otro hijo además de Bryan, pero lo que dijo Daphne me dejó pensando. No sabía si lo deseaba, ni si estaba preparado para eso.

—Mañana temprano te doy la llave —Dean terminó cediendo. Al final, no sabía quién podía resistirse a ella.

—¡Gracias!

—No sirve de nada pedirte que te portes bien, ¿cierto?

Ella negó con la cabeza.

—¿Puedo pedirte otra cosa? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Tengo opción? —Él cruzó los brazos y esperó.

—¿Antes de irte mañana a la concesionaria puedes llevar a Bryan a dar una vuelta a la manzana en tu Ferrari roja?

—¿No vas a pedirme también la llave?

Ella negó.

—Sé cuánto celo le tienes a ese auto.

—Daphne, no molestes a tu hermano con eso —finalmente intervine.

—El niño va a estar feliz. Además, Dean va a ser padre pronto. Es bueno que empiece a tratar con niños.

—Está bien, Adan. —Dean se giró hacia mí—. Lo llevaré. No me molesta.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Gracias.

—¡Vamos! —Daphne tomó mis manos y me jaló con ella—. Vamos a mandar a Bryan a dormir.

—Buenas noches, Dean —le dije con un gesto de despedida.

—Buenas noches —respondió él, quedándose en la sala, terminando su whisky.

Subimos las escaleras y fuimos al cuarto de huéspedes donde dormiría mi hijo. Apenas entramos, Grace pasó junto a nosotros y se dirigió a la habitación que le habían asignado.

—Ven a dormir, monito. —Tomé a mi hijo del suelo, donde estaba jugando con un auto de lego, y lo acosté en la cama.

—¡Oh, papá! Estaba armando el juguete que me dio Laura.

—Puedes seguir mañana.

—Está bien. —Bajó los hombros y adoptó una postura más tranquila, abrazando el osito que saqué de la maleta y le entregué.

—Buenas noches, hijo. —Le di un beso en la frente.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Tú y Daphne pueden leerme un cuento?

—No traje ningún libro para ti, hijo.

—Esperen aquí. —Sonrió ella, levantando las manos como si dijera "alto"—. Voy a buscar uno a la biblioteca.

Me senté al borde de la cama, cerca de las piernas de mi hijo, y esperé a que mi novia volviera con un libro infantil. No tardó en regresar con varios y elegimos uno.

Daphne se sentó a mi lado y le leyó el cuento a Bryan, que no tardó en quedarse dormido. No podía negar cuánto bien le estaba haciendo a mi hijo tener a Daphne cerca.



Treinta y seis

Acomodé la correa del bolso sobre el hombro y tomé la llave del yate de las manos de mi hermano antes de acercarme a Adan.

—Grace, cualquier cosa, lo que sea, me llamas.

—No se preocupe, señor Watson. Puedo encargarme del niño unos días sin su ayuda. No necesita preocuparse, disfrute su paseo.

—¿Estás segura? —Adan seguía bastante tenso con la idea de salir conmigo por un día y dejar a su hijo atrás.

—Claro que sí. —Grace mantenía una sonrisa confiada.

—No te preocupes, Adan, yo también estaré aquí y haré todo lo posible para ayudar —garantizó mi madre—. Creo que hice un buen trabajo criando a mis tres hijos, así que puedo ocuparme de un niño unos días sin problema.

—Gracias —dijo. Parecía un poco menos inseguro de salir conmigo y dejar a su hijo atrás—. Compórtate, hijo.

—¿Por qué no puedo ir con ustedes, papá? —Bryan cruzó los brazos y puso cara de disgusto.

—Esta vez Daphne y yo iremos solos.

—Pero prometo quedarme quietecito. No voy a hacer travesuras.

—Lo sé, hijo, pero esta vez necesito que te quedes aquí.

Me quedé observando cómo Adan manejaba la situación. Por más encantador que fuera Bryan, no podía estar cerca de los planes que teníamos Adan y yo para ese día en el yate.

—¿Puedes quedarte esta vez, hijo?

—Sí. —El niño terminó cediendo.

—¡Ven conmigo! Te voy a llevar a dar una vuelta en la Ferrari. —Mi hermano le hizo señas.

—¿En serio?

Dean asintió y una enorme sonrisa apareció en los labios de Bryan.

—¡Chau, papá! —Le dio un beso en la mejilla a Adan y salió corriendo hacia Dean como si ya se hubiera olvidado de que nos íbamos por un día.

Bryan le dio la mano a mi hermano y se fueron juntos hacia el garaje.

—Cuídense y disfruten. —Mi madre me abrazó antes de alejarse junto con Grace hacia la casa.

Miré a Adan en cuanto quedamos solos y extendí la mano para que la tomara. Pero, en lugar de entrelazar sus dedos con los míos, pasó el brazo por mi cintura y me apretó contra su pecho firme. Contuve la respiración al levantar la cabeza para buscar sus ojos verdes.

—¿No crees que sería mejor subir al yate primero? —Puse las manos sobre su pecho.

—Solo es un beso. —Acercó los labios a los míos, y un escalofrío delicioso recorrió todo mi cuerpo.

—Está bien. —Subí las manos hasta sus hombros y abrí los labios, dejándole paso a su lengua dentro de mi boca.

Mi cuerpo se derretía con el calor y la presión de sus brazos. Estaba muy feliz con ese hombre y, por primera vez, sentía que vivía algo real, una relación que podía funcionar.

Acaricié su cabello suave antes de que Adan se separara y me levantara en brazos.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

—Llevándote al yate. ¿Dónde queda?

—¡Por allá! —Señalé mientras soltaba una carcajada.

Adan caminó conmigo en brazos por el jardín de la mansión hasta el muelle de madera donde estaba anclado el yate de Dean.

Solo me bajó cuando ya estábamos frente al barco.

—¿Qué opinas?

—¡Es increíble! Lástima que en *Chattanooga* no haya playa. Es difícil tener algo así.

—¡Ven a verlo por dentro! —Me tomó de la mano y lo arrastré hasta la popa.

Desamarré el yate y pasamos por la pequeña sala central hasta llegar al tercer nivel, donde estaban el timón y un jacuzzi. Solo había estado allí un par de veces, para ver el barco cuando Dean lo compró y en alguna que otra fiesta. Normalmente, mi hermano lo usaba cuando quería estar solo o para impresionar a alguna mujer. Le funcionaba muy bien, ya que había desvirgado a Angel en ese barco, y Caroline tampoco había resistido a la trampa. Era casi el motel flotante de los Clark, precisamente por eso le pedí la llave. Era casi como una broma interna.

—¿De qué te ríes? —Adan se detuvo frente a mí y notó que mi rostro se estaba contorsionando.

—Solo estaba pensando en algo. Nada importante.

—Está bien. —No insistió, y se lo agradecí. Me moriría de vergüenza si tuviera que contarle lo que estaba pasando por mi cabeza.

Me detuve frente al timón y Adan colocó las manos sobre mis hombros, esperando a ver qué haría. Encendí el yate y lo maniobré para alejarlo del muelle. Por suerte, era lo bastante curiosa como para haber convencido a Dean de enseñarme.

Navegué alejándome de la costa por varios minutos hasta llegar a mar abierto, donde no había nadie a kilómetros de distancia.

Solo estábamos Adan, yo, el cielo con pocas nubes y el mar de color verde.

—Es hermoso. —Me apartó el cabello y besó mi cuello, provocando un escalofrío que erizó cada parte de mi cuerpo.

—Sí. Es una vista tan bonita como la de las montañas.

—Eso depende de dónde estés. —Mantuvo la boca muy cerca de mi oído, y sentí que el corazón se me aceleraba con cada palabra.

—¿Y qué tengo yo que ver con el paisaje?

—Se ve mucho más bonito cuando tú estás en él.

Apagué el motor del yate y Adan me giró para quedar frente a frente, apretándome contra el timón. No me importó si la rueda dejaba marca en mi espalda, toda mi atención estaba centrada en sus manos y su boca sobre mí.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, sintiendo sus labios suaves y la picazón de su barba deslizándose por mi cuello, haciendo que mi cuerpo se retorciera con cada escalofrío. Era una sensación deliciosa que al mismo tiempo agitaba todo mi cuerpo.

Cuando Adan me envolvía en sus brazos, sentía que había encontrado mi lugar. Era real, intenso, y daba sentido a muchos sentimientos.

—Quiero que esto dure para siempre. —Tomé el cuello de su camisa y desabotoné el primer botón.

—Va a durar... —Sujetó mi nuca y me atrajo hacia él, llevando mi boca hasta la suya.

Quería tener la capacidad de detener el tiempo, o hacer que avanzara lento. Sabía que había encontrado al hombre que había buscado durante tanto tiempo. Debajo de todos los escudos que se había creado para protegerse, Adan era un hombre maravilloso. Estaba dispuesta a cuidar su corazón con el mío, para siempre.

Le desabotoné la camisa con los dedos sudando, mientras la ansiedad crecía dentro de mí como fuego entre paja seca. Apenas se la quité, él dejó que cayera al suelo del yate y me sostuvo en brazos. Di un pequeño salto y rodeé su cintura con las piernas; así me llevó hasta una de las reposeras. Me recostó, colocándose encima, y volvió a besarme. De repente, toda la delicadeza se desvaneció frente a la necesidad que teníamos de fundirnos. Había una ferocidad en nuestros besos, como si estuviéramos hambrientos uno del otro. Estiré la mano entre nuestros cuerpos y bajé el cierre de su short.

El calor y la pulsación entre mis piernas se intensificaron. Me quemaba por dentro y frotaba la parte interna de mis muslos contra sus caderas en una súplica muda pero cada vez más desesperada. Mi deseo solo crecía bajo la fuerza de sus manos que redibujaban cada curva de mi cuerpo. Adan me tocaba sin reservas, desde las nalgas hasta las tetas, y eso solo encendía más mi necesidad de tenerlo.

Él metió las manos bajo mi blusa y la subió. Terminé de quitármela con urgencia y la lancé al suelo antes de jalarlo por el cuello para unir su boca a la mía. Tenía los labios entumecidos, quizá hasta morados de tanto besarlo, pero no pensaba detenerme.

Adan abrió el cierre de mi short y me lo quitó junto con la ropa interior sin el menor cuidado. Me coloqué encima de él en la reposera, abrí el sujetador mientras me acomodaba sobre su cuerpo. Cada célula vibró cuando mi vulva rozó su verga.

Su miembro, firme debajo mío, me hizo perder por completo la cordura, y todo mi cuerpo pasó a actuar solo por instinto. Adan sujetó con fuerza mi cintura y se inclinó para tomar uno de mis pezones entre sus labios, volviéndolo aún más rígido con el roce de su lengua.

Moría de ganas por tenerlo dentro de mí, esa cercanía era casi una tortura. El impulso por recibirlo me hacía jadear, pero me contuve; quería que durara. Me separé de él y gateé hacia los pies de la reposera, hasta que mi boca quedó cerca de su verga. Lo miré, y vi ansiedad en ese mar verde de sus ojos. Agarré su enorme verga con mis manos e introduje la punta en mi boca, saboreándola mientras lo hacía retorcerse en la reposera.

—Daphne... —gimió mi nombre al deslizar los dedos por mi cabello suelto, antes de sujetarlo con la mano.

Deslicé su verga un poco más dentro de mi boca, sintiendo la textura de su piel, las venas hinchadas por la sangre. Era suave, pero dura. Adan alzó ligeramente la cadera hacia mí, haciendo un movimiento sutil, como si no pudiera soportar lo lento que lo estaba tocando. Me incliné más y comencé a succionarlo con más intensidad, llenándome la boca de él. Mientras deslizaba mis labios por toda su extensión, sintiéndolo palpitar sobre mi lengua, el deseo entre mis piernas crecía sin control, y frotaba una contra otra para aplacarlo.

Adan me jaló del cabello, deteniéndome. Levanté la cabeza, me lamí los labios y lo miré directo. Su mirada ardía de deseo. Estaba tan desesperado por unirse a mí como yo a él. Me tomó de la cintura y me llevó hasta él en un solo movimiento urgente y brusco, haciéndome sentar en su regazo, penetrándome por completo. Con los ojos fijos en los suyos, rodeé su cuello con los brazos y lo atrapé con las piernas. Incapaz de contenerme, comencé a moverme sobre él, y Adan sujetó mis nalgas, haciéndome girar contra su pelvis.

Tiré de su cabello, pasé los dedos por entre sus mechones y volví a besarlo. En medio del sexo, sus labios sabían aún mejor, como si tuvieran miel y ardieran como pimienta. Adan subió las manos por los costados de mi cuerpo y apretó mis tetas. La tensión crecía, y con ella mis movimientos se intensificaron. Ya no podía contener la necesidad de llegar al clímax; no iba a detenerme hasta acabar.

Adan me tiró del cabello hacia un lado y mordisqueó mi oreja, arrancándome un gemido descontrolado mientras frotaba con más fuerza mi clítoris contra él, con su miembro clavado dentro de mí, envuelto en mis contracciones.

Apegada a él, me sacudió una ola de sensaciones que se encendió justo donde nuestros cuerpos se unían, y subió con una potencia alucinante que se apoderó de todo mí ser. Me recosté sobre él, incapaz de moverme, dejándome llevar por gemidos irregulares y una respiración entrecortada. Adan sujetó mi cintura, moviéndome sobre él hasta alcanzar su propio orgasmo.

Se dejó caer sobre la reposera y yo me acurruqué sobre su pecho. Permanecimos quietos un rato, recuperando el control del cuerpo, mientras él acariciaba mi espalda, deslizando la punta de los dedos por la línea de mi cintura.

—¿Este barco es algún tipo de fetiche para ustedes?

—¿Qué? —Fruncí el ceño y giré la cabeza para mirarlo.

—Me di cuenta de que aquí hay historia.

—Técnicamente, mis hermanos se acostaron por primera vez con sus esposas aquí. —Escondí el rostro en su pecho—. Tal vez solo quería mantener la tradición.

—¿Tradición? —Se rió—. Pero esta no es nuestra primera vez.

—Eso es un simple detalle. —Lo tomé del mentón y le di un beso corto—. Estoy segura de que es una de las primeras de muchas.

—Sí. —Acarició mi rostro—. De muchas...



Treinta y siete

Con Daphne recostada sobre mi pecho, mientras nos acariciábamos después de haber hecho el amor, era capaz de olvidar todo el dolor que había sentido al ser abandonado. No podía negar cuánto estaba enamorado, porque no solía quedarme tan cerca de una mujer después del sexo, ni vibrar con cada uno de sus suspiros.

La sonrisa de Daphne se fue metiendo en mi corazón como un veneno sutil, imperceptible, y cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde.

—¿Adan? —Dejó de mirarme y empezó a trazar círculos en mi pecho.

—¿Qué pasa? —Acaricié su rostro suave con el pulgar.

Respiró hondo antes de volver a mirarme. Intuí que quería decir algo serio y eso me puso un poco tenso.

—Te amo. Ya tuve otras relaciones antes, pero nunca le dije eso a nadie, porque nunca me sentí así.

Después de escucharla, ya no podía seguir negando lo que sentía, por mucho miedo que tuviera de que todo saliera mal. Nunca había tenido tanto valor para lanzarme al vacío sin saber cuál sería el resultado.

—Estoy locamente enamorado de ti, y tengo muchísimo miedo al mismo tiempo.

—¿Por qué tienes miedo? —Puso su mano en mi rostro y me obligó a mirarla mientras revelaba mi secreto más profundo y doloroso.

—Porque sé que podrían volver a romperme el corazón.

—No quiero romperte el corazón, Adan. Quiero estar contigo.

—Puede que digas eso ahora, pero dentro de un año, o más, podrías pensar diferente.

—No soy el tipo de mujer que se retracta de sus decisiones, Adan. Entiendo por lo que pasaste, pero no pienses que eso va a repetirse.

—Quiero creer en eso —confesé. Quería de verdad, pero al final seguía siendo muy difícil. Me costaba mucho confiar, incluso en mí mismo.

—Cree. Cree en lo que estamos viviendo, en lo que sientes cuando estamos juntos. Todo lo que necesitas es creer en lo que está siendo realmente real. No te habría traído aquí ni te habría presentado a mi familia si no estuviera deseando con todo el corazón que esto funcione. Tú eres el hombre que siempre he soñado...

La silencié con un beso, dejando atrás toda la telaraña de resistencia que aún quedaba dentro de mí. Quería a Daphne en mi vida, en la de mi hijo. Para que esto funcionara, tenía que permitirlo y vivirlo de la mejor manera posible.

—Te amo, Daphne —susurré antes de volver a besarla.

Nos quedamos abrazados durante largos minutos que quizás se convirtieron en horas, pero no me importaba. Hasta que ella se levantó, fue a limpiarse y luego se detuvo completamente desnuda frente a mí, deslumbrante.

—¿Vienes a nadar conmigo? —Me tomó de las manos para que me levantara.

—¿Así, desnudos?

—Estamos solos, en medio de la nada. ¿O tienes miedo? —me desafió.

—No le tengo miedo a nada. Sé nadar muy bien. —Dejé que me levantara y me llevara hasta el borde.

Saltó primero y yo me lancé justo después de ella.

El agua estaba extrañamente tibia, tal vez por todo el calor que hacía.

Daphne nadó a mi alrededor y se detuvo frente a mí. Su cabello negro flotaba como un velo en el agua y su sonrisa brillaba

con los reflejos del sol. Era incomprensible cómo lograba parecerme más hermosa cada vez que la miraba.

Ella era mía, y esta vez iba a funcionar. Empezaba a creerlo.



Por la noche, nos sentamos bajo las estrellas, tomando vino y comiendo ravioles. El yate era muy cómodo, una verdadera casa de lujo flotante. Podríamos haber pasado días allí sin extrañar nada.

Daphne dejó su copa vacía sobre la mesa y saltó a mi lado en el sofá, recostando la cabeza sobre mi hombro. Le di un beso en la frente antes de terminar el último sorbo de vino.

—¿Adan?

—¿Sí?

—¿Tienes ganas de tener más hijos? No ahora, claro. Pero dentro de unos años.

—¿Sinceramente?

Ella asintió con la cabeza.

—Bueno, antes de Bryan, antes de casarme, quería tener por lo menos un niño y una niña. Me encantaría tener una hija. Pero después de todo lo que pasó, me conformé solo con él.

—No respondiste mi pregunta. —Me golpeó el pecho con los dedos, dejando claro que no iba a darse por vencida hasta que le dijera la verdad.

—Tú lo cambiaste todo, Daphne. Es como si me hicieras empezar desde cero. Así que la respuesta es sí. Amo a Bryan y me encantaría tener más hijos. Creo que a él también le gustaría la idea de tener un hermanito o una hermanita. ¿Esto es algún tipo de interrogatorio? —le devolví la pregunta.

—No. Solo era algo que quería saber.

—¿Ya estás haciendo planes?

—¿No puedo? —Frunció el ceño.

—Claro que puedes. —Le di un beso corto y su expresión se suavizó.

—De verdad quiero una familia contigo, Adan. Eso incluye a Bryan. Me enamoré tanto de ese niño como del padre. Quizás incluso más de él, porque Bryan siempre fue muy cariñoso conmigo.

—Me disculpo por ello. —Torcí los labios, incómodo.

—Ya lo superé.

—Qué bueno. —La jalé hacia mi regazo y la abracé—. ¿Vuelves conmigo a Tennessee a comienzos de la próxima semana?

—Claro. Solo necesito ir a Hollywood el mes que viene. Ya terminaron las grabaciones de la película, pero es probable que tenga que hacer el doblaje de algunas escenas cuyo audio no quedó bien o repetir algunos planos en la ciudad.

—Puedo ir contigo si quieres. Con mi madre en el hotel y personas de confianza manejando la destilería, puedo hacer muchas cosas a distancia.

—¡Me encantaría! —Me llenó de besos pequeños—. No quiero estar lejos de ti.

—Yo tampoco —confesé.



Treinta y ocho

El tiempo con Adan en el yate había sido perfecto, no porque esperara otra cosa, sino por la forma en que nos habíamos conectado y por lo que estábamos sintiendo el uno por el otro. Era mágico. Él era el hombre perfecto para mí, el que había estado buscando, y estar finalmente a su lado me llenaba de una felicidad difícil de explicar.

No le pedí que nos quedáramos más tiempo en el yate porque también estaba preocupada por Bryan. No dudaba de que mi madre y Grace pudieran cuidar muy bien del niño, pero necesitaba verlo con mis propios ojos y tocarlo para saber que estaba bien. Además,

una noche en el yate ya había valido por la broma interna. Nosotros dos podíamos tener sexo perfectamente en mi habitación.

En cuanto entramos a la sala, escuché una voz femenina que en un primer momento pensé que era la de Caroline, ya que me había dicho que vendría con Dylan. Sin embargo, enseguida noté que la entonación y el timbre eran completamente distintos. Imaginé que se trataba de alguna amiga de la iglesia de mi madre, que había ido a visitarla a ella o a Valeria, así que seguí caminando como si nada, con Adan detrás mío. Pero, cuando por fin vi quién estaba sentada hablando con mi madre, me invadió una mezcla de sorpresa y desconcierto. No habría tenido idea de quién era esa mujer si no fuera porque Bryan estaba sentado cerca de ella, analizándola con atención, igual que yo lo hacía en ese momento. El niño, a pesar de parecerse mucho a su padre, tenía ciertos rasgos de esa desconocida.

La observé mejor: rostro delgado, ojos azules, cabello castaño claro. Era bonita, pero tenía varios años más que yo. Algunas arrugas se marcaban cada vez que movía la cara. Lucía agotada, envejecida, quizás hasta triste.

—Janeth... —Cuando Adan se quedó paralizado, como si hubiera visto un fantasma, y murmuró ese nombre, supe con absoluta certeza quién era ella. Pero no tenía la menor idea de qué estaba haciendo allí, en *mi casa*.

—¡Amor! —Ella abrió una sonrisa amplia al ver a Adan, y eso me heló la sangre de un modo que no puedo explicar.

Él negó con la cabeza y dio un paso atrás, confundido, en shock. Al menos no era la única que no esperaba verla allí.

—¡Papá! —Bryan corrió hacia él y se abrazó a su cintura—. ¿Ella es mi mamá? —El niño señaló a la mujer.

—¿Qué estás haciendo aquí, Janeth? —Adan empujó al niño con delicadeza para colocarlo detrás de él, como si intentara protegerlo de cualquier amenaza.

—Yo... finalmente reuní el valor.

—Vamos a dejarlos resolver esto. —Mi madre pasó a mi lado y me tomó del brazo.

—¡Yo no voy a ir a ningún lado! —Me solté de ella. No sabía de qué tumba se había levantado esa mujer, pero no iba a permitir que regresara corriendo a los brazos de mi Adan.

—Hija, por favor. —Mi madre intentó calmar la situación. Ella fue quien abandonó a Adan. ¿Por qué yo tenía que permitir que hablaran? Me había esforzado demasiado para conquistar a ese hombre. No iba a entregárselo en bandeja a su ex.

—Adan, tenemos que hablar. —Ella seguía mirándolo como si no hubiera nadie más en la sala.

—¿Papá? —Bryan tiró de la camisa de su padre, intentando llamar su atención.

—Daphne, por favor, llévate a Bryan.

—¿Adan? —No me gustó en absoluto esa orden.

—Por favor. —No pude negarme al ver esos ojos llenos de lágrimas.

—Está bien. —Tragué saliva con una angustia que no cabía en mi pecho—. Bryan, ven conmigo. —Le extendí la mano.

El niño miró al padre, a la madre y luego a mí unas cien veces antes de tomar mi mano y seguirme hasta la habitación de

huéspedes donde estaba durmiendo.

De pronto, mi cielo se convirtió en un infierno, y todo ese momento de felicidad que había vivido con Adan en el yate se volvió una pesadilla desde que vi a esa mujer.

Me senté en la cama y Bryan se acomodó a mi lado. Sentía una angustia terrible, un grito atorado en la garganta. Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro sin que pudiera detenerlas.

No podía ser que, justo cuando había encontrado al hombre correcto, un fantasma del pasado viniera a arrebatármelo.

—¡Toma, Daphne! —Bryan me ofreció un pañuelo de papel, probablemente lo había tomado del baño.

—Gracias, mi angelito. —Le sonreí.

—¿Por qué estás llorando? —Inclinó la cabeza, tratando de entenderme mejor.

—Por nada. —Me limpié el rostro con el pañuelo. Ya había dicho mentiras mejores que esa.

—¿Estás triste porque apareció mi mamá?

—No... mira, Bryan, yo amo a tu papá.

—Lo sé. —El niño sonrió—. Papá también te ama a ti.

Esa afirmación me hizo ver un poco de luz al final del túnel, pero no logró tranquilizarme del todo.

Era imposible saber lo que estaba pasando por la cabeza de Adan.



Treinta y nueve

Al principio, pensé que estaba alucinando. Aquello solo podía ser un efecto perturbador de mi mente. Pero, en cuanto ella se levantó, más envejecida de lo que recordaba, y dijo mi nombre, entendí que era aterradoramente real. Seis largos años después, ¿qué demonios estaba haciendo ella en la casa de Daphne?

Le pedí a Daphne que se llevara a mi hijo de allí, porque lo que fuera a pasar en esa conversación podría ser demasiado para él. Con toda la rabia que me hervía por dentro, era imposible que aquello terminara en una conversación amigable.

—¡Mi amor! —Acortó la distancia entre nosotros en unos pocos pasos y puso las manos sobre mi pecho, pero me aparté de inmediato, jalándola hacia un lado.

—¡No me toques!

—¿Adan? —Sollozó, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mi amor, por favor...

—No me llames así —dije entre dientes, haciendo todo lo posible por contener la furia que me subía por dentro.

Durante los primeros meses después de que se fue, llegué a soñar con este momento. Le supliqué que volviera conmigo y con nuestro hijo. Pero con el paso del tiempo, sin una sola explicación, sin noticias, cualquier sentimiento positivo que alguna vez tuve por ella se transformó en odio puro y rencor. Tenía que contener todos mis impulsos para no lanzarme sobre ella.

—¿Por qué estás actuando así? Siempre fuiste tan amoroso conmigo.

Me reí. Me reí fuerte, esperando que eso ayudara a no perder el control.

—¿Cómo tienes el descaro de decir algo así? ¿Acaso se te olvidó que desapareciste todos estos años? ¿Además de robarme?

—Tenía miedo de volver. —Se encogió, asustada, pero yo estaba tan furioso que no me importaba una mierda.

—Ningún miedo en el mundo es más grande que la necesidad de estar cerca de Bryan.

—Estoy aquí ahora. —Se secó las lágrimas del rostro y sacó el pecho, como si tuviera algún derecho después de todos estos años.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? —Seguí con la postura fría y desconfiada.

—Vi una foto tuya en una revista. Estabas con ella... hablaban de su noviazgo. Pensé... —Empezó a llorar con más fuerza—. Pensé que seríamos tú y yo para siempre.

Bajé la cabeza y me cubrí los ojos con la mano. Tenía que estar delirando. No había otra explicación para lo que acababa de oír.

—¡Seis años, Janeth! ¡Seis malditos años! ¿Cómo tienes la cara de decirme algo así?

—¿No crees que ella es muy joven para ti?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Creo que sí lo es, cuando está conviviendo con mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿En serio, Janeth? Bryan ni siquiera recuerda tu cara. Mi madre fue mucho más madre para él que tú.

—Esa vieja. —Reviró los ojos.

—Debí haberle hecho caso cuando me dijo que tú no eras una mujer para mí.

—¿Y esa actriz de segunda sí lo es?

—Piensa bien lo que vas a decir si no quieres que pierda la paciencia de una vez por todas.

Con cada frase que salía de su boca, la rabia crecía más dentro de mí. Rabia contra Janeth por haberse ido. Rabia contra mí por haber sido tan idiota como para permitir que las cosas llegaran a este punto.

—Sigo siendo tu esposa, Adan. —Intentó tocarme la cara, pero di un paso al costado, dejando que su mano quedara en el aire.

—Fuiste mi esposa. Ya no lo eres.

—Sé que cometí un error... —Se abrazó a sí misma, como si tuviera frío.

—¿Un error? —Me reí, una carcajada cargada de sarcasmo y odio—. Esto no fue como olvidar un cumpleaños o decir tonterías borracha frente a mis amigos. Me robaste, desapareciste seis años y abandonaste a Bryan.

—Me dio vergüenza, miedo. Necesitaba el dinero para pagar la hipoteca de la casa de mis padres, o los iban a echar. Después no supe cómo mirarte a la cara. No me llevé a Bryan porque sabía que estaría mejor contigo. Y estaba en lo cierto. Lo criaste muy bien.

—¿Vergüenza? No, Janeth. Eso no es vergüenza. Eso es falta de carácter o algo peor. Podrías haberme pedido el dinero. Te lo habría dado.

—Lo sé... —Bajó la cabeza, y por un momento pareció culpable, arrepentida—. No fui capaz de pensar en eso en aquel momento. Y cuando me di cuenta, ya no tenía el valor para volver.

—Entonces ¿qué estás haciendo aquí ahora? Deberías haberte quedado donde estabas.

—Cuando vi la revista, la foto tuya con la actriz, el artículo hablando de una relación entre ustedes... me di cuenta de que estaba perdiendo al gran amor de mi vida. Me dolió demasiado.

—¿Te dolió? —Negué con la cabeza, incrédulo ante lo que escuchaba—. ¿Después de todos estos años tienes la desfachatez de aparecer aquí, a cara limpia, y decirme que te dolió verme con otra?

Por favor, Janeth, no me estás perdiendo ahora. Me perdiste hace años.

—Cometí un error, Adan, pero si me perdonas...

—¿Perdonarte? —grité, interrumpiéndola antes de que siguiera con esa maldita historia. Nada en el mundo justificaba lo que ella le había hecho a Bryan y a mí—. Eres una completa estúpida si crees que eso es posible.

—Nos amamos tanto, Adan...

—Muchas cosas cambiaron en estos seis años, Janeth.

—Tuvimos una historia, no puede ser que eso no signifique más que cualquier cosa que tengas con esa actrizcita adolescente.

—¡Cállate, Janeth! —Apreté los puños—. ¡Cállate de una puta vez!

No podía seguir escuchando aquello. Ni siquiera podía mirarla. Durante mucho tiempo me pregunté cómo reaccionaría si volvía a verla, aunque las posibilidades parecían cada vez más remotas con los años. En mi cabeza, ya había aceptado que estaba muerta. La verdad era que no quería volver a verla. Ni siquiera antes de conocer a Daphne. Prefería que Janeth siguiera, técnicamente, muerta.

—Adan, sé que estás molesto, pero me gustaría hablar contigo con más calma. Búscame cuando estés más tranquilo. —Me extendió un papel que no quise tomar—. Estoy hospedada en un albergue en las afueras. Si alguna vez quieres hablar, sabes dónde encontrarme.

—No quiero hablar.

—Lo dices ahora. Sé que todo es complicado, pero en el fondo de tu corazón, nuestro amor sigue ahí.

Ella se dio la vuelta y salió de la sala, dejando el papel tirado en el suelo.



Cuarenta

—¡Bryan, ven conmigo! —Grace apareció en la puerta de mi habitación, llamando al niño—. Vamos a merendar y luego a bañarnos.

—¿Daphne? —Me miró con esos ojitos azules, como si pidiera mi permiso para irse o tal vez estuviera preocupada por mí.

—Ve, mi angelito. Nos vemos después.

—¡Okay! —Me dio un beso en la mejilla y salió corriendo hasta la puerta, tomando la mano de Grace.

Apenas Bryan salió de mi habitación y me quedé sola, el dolor y la angustia en mi pecho crecieron aún más, convirtiéndose en lágrimas pesadas. ¿Acaso todo esto era una especie de castigo? ¿No tenía derecho a ser feliz? ¿O simplemente nadie que yo eligiera era el hombre correcto?

—¿Daphne? —Escuché un golpecito en la puerta, aunque estaba abierta, y supuse que era mi mamá, pero al mirar, vi que era Angel—. ¿Puedo pasar?

Asentí, aunque me sorprendió verla allí. Me caía muy bien, pero Angel y yo no nos habíamos acercado tanto como Caroline y yo. Tal vez eso se debía a las circunstancias en las que nos habíamos conocido.

Angel se sentó a mi lado en la cama y acomodó la falda de su vestido sobre su barriga, que ya estaba bastante grande, antes de mirarme.

—Laura me dijo que la mujer que llegó abajo es la ex esposa de Adan, la madre de Bryan. Imagino que por eso estás tan triste.

Solo asentí. No sabía si quería hablar de eso o no. En realidad, ni la sorpresa ni el shock me dejaban pensar con claridad.

—Ella había desaparecido, Angel. No dio señales durante seis años. Justo ahora que Adan y yo estamos bien, ahora que finalmente encontré al hombre que quiero para mí, ella vuelve para arruinarlo todo. Ni siquiera sé cómo se enteró de que él estaba aquí y no en *Chattanooga*.

—Si hay algo que aprendí desde que estoy con tu hermano es que parece que los medios saben más de nosotros que nosotros mismos. Cada prenda que uso, dónde me corto el pelo, incluso los lugares donde Dean me lleva a comer donas... ellos lo saben todo.

Así que supongo que la prensa publicó que Adan estaba aquí contigo, y esa mujer lo vio.

—Sí, pero... ¡Seis años, Angel! ¡Seis malditos años! ¿Por qué viene a buscarlo justo ahora? Parece que tengo un karma horrible, no puede ser.

—Tranquila, Daphne —dijo, tomándome la mano—. No es así.

—No quiero perderlo, Angel —admití, con los ojos llenos de lágrimas otra vez.

—Si él es para ti, Daphne, nadie te lo va a quitar, aunque en algún momento parezca que lo estás perdiendo.

—¿Y si no lo es?

—Entonces aparecerá alguien aún mejor.

—No es la respuesta que quería escuchar.

—Pero es la verdad. —Se encogió de hombros—. Tu hermano me hizo mucho daño, Daphne. Pensé que jamás volveríamos a vernos, pero después de altibajos, aquí estamos.

—Eres un verdadero ángel. —Sonreí.

—¿Por qué?

—Porque lograr que alguien como Dean se regenere es un milagro. Conociendo a mi hermano, nunca imaginé verlo enamorado de alguien que no fuera él mismo.

—Ha cambiado un poco.

—Qué bueno, ¿no?

Angel rió por la mueca que hice.

—Eso quiere decir que hasta hombres como Dean tienen salvación.

—No te preocupes, Daphne. Si Adan es tuyo, lo seguirá siendo.

—Pero ella es la madre de Bryan, estuvieron casados...

—Y ella le dio la espalda a todo eso y se fue. Abandonó a un bebé. ¡Dios mío! ¿Quién abandona a un bebé?

—No lo sé. —Negué con la cabeza, confundida—. Estoy aquí mientras ellos están allá abajo hablando. Podrían estar gritándose o reconciliándose.

—¿Qué sientes tú?

—Sinceramente, ni siquiera sé qué sentir, Angel. Estoy angustiada y con miedo de que aparezca por esa puerta y termine todo conmigo porque su ex volvió. Ella es la madre de su hijo, yo no. Y además, tienen una historia juntos.

—No sé si una mujer que abandona a su hijo como ella lo hizo sigue teniendo derecho a algo.

—No tengo ni idea de lo que pueda estar pasando por la cabeza de Adan.

—Ten un poco más de fe en ustedes. —Me acarició el hombro.

—Quisiera tener tu confianza.

—No soy nada confiada, pero sé que hundirme en la tristeza nunca me resolvió nada.

—Gracias. —Sonreí, y ella me abrazó.

—¿Daphne? —Adan apareció en la puerta y el corazón se me detuvo. Tenía miedo, pero al mismo tiempo, una necesidad desesperada de verlo. Esos sentimientos tan opuestos me estaban ahogando poco a poco. Era una locura esa montaña rusa emocional. Nunca imaginé que amar tanto a alguien pudiera doler así.

—Los dejo para que hablen. —Angel se levantó de la cama, soltando nuestro abrazo—. Si necesitas algo, solo dime.

—Gracias.

Pasó junto a Adan y cerró la puerta tras de sí, dejándonos solos, mirándonos fijamente...



Cuarenta y uno

Miré a Daphne, que estaba sentada en la cama, y ella se frotó los ojos, tratando de ocultarlos y secarse las lágrimas. No necesitaba preguntarle para saber que había estado llorando. Sus ojos estaban rojos, hinchados, y eso me dolía profundamente, porque si había algo que yo no quería, era verla triste.

—Ella...

—Ya se fue —me apresuré a decir, con la esperanza de que eso pudiera calmar un poco a Daphne.

—¿Para siempre?

—Probablemente no.

Me senté en la cama, pero en vez de acurrucarse en mí como solía hacer, se alejó, manteniendo una distancia entre nosotros. Eso me molestó profundamente, y me hizo darme cuenta aún más de lo importante que era para mí. La reacción de Daphne solo reforzaba la rabia que sentía hacia Janeth. Este era el peor momento del mundo para que ella regresara queriendo algo.

—Ella es la mamá de Bryan, imagino que ahora...

—Daphne —la interrumpí, con miedo de lo que pudiera decir—. Sé que no estás conforme con lo que acaba de pasar. Yo tampoco lo estoy. Imagino todo lo que puede estar rondando por tu cabeza.

—Adan, no tienes que explicarme nada —dijo, bajando la mirada, lo que removió aún más la ansiedad que se agitaba en mi pecho y me dejaba sin aire.

—Sí, tengo que explicarte. Sobre todo porque sé lo molesta que estás con todo esto. —La tomé de la cintura y la atraje hacia mí, donde sentía que era su lugar.

Daphne es mi faro. Me encontró y me guió de regreso a la felicidad cuando estaba perdido. Toda la rabia que había sentido al ver a Janeth se disolvió en el instante en que pude volver a tener a mi novia cerca. Daphne había llenado el vacío que Janeth dejó en mí. Eso era algo que nunca iba a olvidar.

—Perdón. Me imagino lo incómodo que fue para ti. Nunca se me pasó por la cabeza que ella volvería, y menos así, apareciendo aquí, en tu casa.

—No es tu culpa. —Sollozó, con la cabeza aún baja.

—Aun así, la única persona que no tiene la culpa de nada eres tú. —Le di un beso en la coronilla—. Daphne, mírame —le pedí en voz baja.

Tardó en hacerlo, pero al fin levantó la cabeza y me miró a los ojos. Se mordió el labio y noté que se estaba conteniendo para no llorar otra vez. Me llenó de más rabia ver que esa situación la había dejado así.

—¿Vas a volver con ella? —Por fin soltó lo que la estaba atormentando, y pensar que ese era su miedo me dejó entre asombrado y aliviado.

—No. Ni loco. Si alguna vez amé de verdad a Janeth, ese sentimiento se desvaneció con los años. No hay posibilidad alguna de retomar desde donde ella lo dejó. Lo que hay entre nosotros ahora es rabia y rencor, y ni el perdón más grande del mundo borraría eso.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto que sí. No importa si me sonríe y dice que está arrepentida. Eso no borra lo que hizo.

—Pero es la mamá de Bryan.

—Lamentablemente. Aunque si fuera por mí, ella no volvería a ver al niño. Janeth no es nadie para Bryan. Cuando lo dejó, él era muy pequeño para recordarla. No es más que una desconocida diciéndole que es su madre.

—Quisiera que las cosas fueran así de simples.

—Yo también. —La abracé con más fuerza, queriéndola cerca de mí tanto como fuera posible.

Aunque Janeth había traído de vuelta todos esos recuerdos que había escondido debajo de la alfombra, su presencia después de tantos años solo reafirmaba que era con Daphne con quien yo quería estar. Ver sus lágrimas y el miedo evidente a perderme me hizo estar más seguro de que su amor era real. Más real y sólido, tal vez, que todo lo que alguna vez viví con Janeth.

—Voy a encargarme de esto —le prometí a Daphne.



—¿Hijo? —Entré al cuarto y vi a Bryan jugando con un muñeco.

—¡Hola, papá! —Me miró con una mezcla de alegría y preocupación.

El regreso de Janeth no solo había desestabilizado mi vida. Lo que más me preocupaba era el impacto que tendría en la vida de Bryan.

—Grace, ¿podrías dejarnos solos, por favor?

—Sí, señor —asintió y salió del cuarto, cerrando la puerta.

—Ven aquí, hijo. —Le hice un gesto para que se sentara a mi lado en la cama—. Tenemos que hablar. Sabes de qué, ¿verdad?

Bryan asintió con la cabeza.

—¡Muy bien! —Le acaricié el cabello rubio.

—Papá, ¿esa mujer es de verdad mi mamá?

—Sí, hijo, ella es tu mamá.

—¿Volvió para verme?

—No lo sé, hijo. Espero que sí. —En el fondo quería creerlo, con la esperanza de hallar al menos un poco de decencia en ella. Sin embargo, durante la breve conversación que tuvimos, casi no mencionó al niño. Eso me molestó mucho, porque para mí, siempre fue lo primero.

—¿Vas a llevarme a verla de nuevo?

Tragué saliva. Si fuera por mí, Bryan no volvería a cruzarse con esa mujer que nos dio la espalda justo cuando más la necesitábamos. Pero tenía que pensar en él y en lo que era mejor para su bienestar, más allá de mi rabia o de mis heridas.

—Voy a hablar con ella primero, ¿de acuerdo?

—¿Ella no me quiere, papá? —Esa pregunta me destrozó el corazón y me hizo odiar aún más a Janeth, si eso era posible. Ningún niño debería tener que preguntarse algo así.

—Eres el niño más dulce que conozco, hijo. —Evité responder directamente, porque cualquier cosa que dijera solo estaría cargada de rabia—. Pero pase lo que pase, te amo más que a nada en este mundo. —Lo tomé en brazos y le di un beso en la frente—. ¿Lo entendiste?

—Yo también te amo, papá. —Me devolvió el abrazo.

Nos quedamos así unos minutos, hasta que lo solté para que pudiera bajarse de mis piernas.

—¿Papá?

—¿Sí, hijo?

—¿Daphne sigue siendo tu novia?

—Sí, Bryan. Eso no va a cambiar.

—¡Qué bueno! Ella me cae bien.

—Me alegra escuchar eso, hijo.



Bajamos a cenar y Daphne iba adelante. Bryan le sostenía la mano, y esa imagen me dio una sensación fugaz de normalidad. Mientras menos se viera afectado por la reaparición de Janeth, mejor.

Justo cuando estaba a punto de entrar al comedor, vi a Dean parado en la puerta, acompañado de otro hombre. Por el parecido, supuse que era Dylan. Daphne ya me había dicho que él vendría a conocerme, pero todo el asunto con Janeth me había hecho olvidarlo por completo.

—¡Hola, Dylan! —Daphne lo abrazó y le dio un beso—. ¿Dónde está Carol?

—En la sala —respondió él con un leve movimiento de cabeza.

—Voy a verla. ¡Vamos, Bryan!

Apenas Daphne pasó, los gemelos dieron un paso hacia mí y me tomaron uno de cada hombro.

—¿Eh? ¿Qué están haciendo? —Daphne abrió los ojos como platos.

—Quédate ahí —ordenó Dean, mirándola con firmeza, mientras él y su hermano me arrastraban a otro cuarto.

No entendía qué pretendían hacer, pero no me resistí. Aunque yo era fuerte, ellos eran dos.

—¡Dean! ¡Dylan! —gritó Daphne, pero los hermanos la ignoraron por completo.

Me arrastraron hasta lo que parecía ser una biblioteca y cerraron la puerta. Lo único que me preocupaba era qué estaría pensando Bryan al ver eso. Tropecé un poco cuando me soltaron, pero enseguida recuperé el equilibrio.

—¿Qué hacía tu ex aquí? —Dean apretó la mandíbula, y entendí de inmediato el tono de esa conversación y por qué los dos parecían tan molestos conmigo.

—Ni siquiera sé cómo encontró este lugar —dije la verdad, sin importar lo que pensaran.

—Mi hermana no es el tipo de mujer para que jueguen con ella —dijo Dylan, cruzando los brazos y enseñando los dientes como si

fuera un perro a punto de atacar.

Daphne era una mujer adulta. Nunca imaginé que recibiría una especie de interrogatorio de sus hermanos mayores, pero viendo lo unidos que eran y cómo Dean me interrogó la primera noche, debí haberlo previsto.

—No voy a jugar con Daphne. —Me enderecé y saqué pecho.

—¿Y cuál es el asunto con tu ex? ¿Estás seguro de que es "ex"? —insistió Dean.

Imaginé que estaban molestos y no tenía idea de cómo les habían contado lo que pasó. Vaya uno a saber qué estaba pasando por sus cabezas. Solo esperaba que no cruzaran la línea, porque mi paciencia ya estaba bastante limitada. No necesitaba más conflictos que preocuparan a Daphne.

—Estoy tan sorprendido por su aparición como cualquiera de ustedes. Janeth se fue hace seis años, nos abandonó a mí y a Bryan, no dio explicación alguna y hoy apareció como si nada.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Dylan, mirándome de reojo con desconfianza.

—Aún no lo sé.

—Esa no es la respuesta que queremos oír —gruñó Dean.

—Mi duda solo tiene que ver con mi hijo. Yo no quiero nada con Janeth. Me traicionó, nos dejó sin decir una palabra. No hay forma de que vuelva con ella y deje a Daphne.

—No confiamos en nadie. —Dean seguía con esa expresión dura, igual que su hermano.

—Si te atreves a lastimar a Daphne... —comenzó Dylan.

—Entiendo que quieran protegerla. Créanme, yo también. —Me mantuve tranquilo. No tenía razón para pelear con ellos. Queríamos lo mismo: ver feliz a Daphne. Me sentía decepcionado por haberla hecho llorar—. No anticipé esta situación y jamás quise causarle ninguna molestia. Ya hablamos, y ella sabe que no quiero que esto afecte nuestra relación.

—¿Tenía que enamorarse justo de un tipo tan mayor? —susurró Dylan a Dean sin preocuparse de si lo escuchaba. Me esforcé por no tomarlo personal, imaginando que la diferencia de edad entre Dean y su esposa también debía ser considerable.

—No se preocupen, quiero que ella sea feliz, igual que ustedes.

—Confiamos en eso.

—¡Abran esta puerta! —Daphne golpeaba desde el otro lado.

—Vamos a proteger a nuestra hermana de quien sea necesario, incluso de ti —aseguró Dean, pero yo me mantuve firme. No tenía nada que temer.

—Eso está bien. —Sonreí de medio lado y pasé entre ellos para abrir la puerta.

En cuanto giré la manija, Daphne prácticamente cayó en mis brazos. Probablemente estaba apoyada del otro lado tratando de escuchar la conversación.

—¿Estás bien?

—Sí. —Sonreí—. Solo estábamos teniendo una conversación amistosa.

Daphne miró de reojo a sus hermanos, que solo se encogieron de hombros.

—¿Vamos a cenar? —Laura apareció en el pasillo intentando calmar los ánimos.



Cuarenta y dos

Dylan y Caroline habían llegado, pero, en lugar de estar felices celebrando que mi mamá había logrado lo que quería y que sus tres hijos estaban enamorados, nos mirábamos unos a otros con un ambiente tenso flotando en el aire. Quisiera pensar que eso se debía solo a la charla que mis hermanos sobreprotectores tuvieron con Adan, pero tal vez había algo más de lo que debía preocuparme.

—¿Qué está pasando? —Caroline me jaló hacia un rincón sombrío del pasillo, justo después de terminar la cena.

—¿Aún no lo sabes?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando llegamos, Dean llamó a Dylan y hablaron unos minutos aparte. No me incluyeron en la conversación, pero no imaginé que tuviera algo que ver contigo. Solo lo sospeché después, cuando acorralaron a Adan en la biblioteca —dijo Caroline.

Bajé la mirada, incómoda al recordar ese momento, y luego la volví a mirar.

—La ex esposa de Adan apareció después de seis años, justo ahí, en nuestra sala. Solamente al verme con él, la bruja salió de quién sabe dónde para arruinar mi felicidad. —No pude contener la queja, cargada de furia.

Caroline no logró evitar soltar una carcajada al ver mi expresión, y eso no me calmó en lo más mínimo.

—¿Y qué dijo Adan de todo esto?

—Que no debo preocuparme. —Torcí los labios.

—Entonces creo que deberías hacerle caso.

—Es la mamá de Bryan, y eso me pone muy insegura. Sé que puede sonar ridículo, pero no puedo evitar sentir miedo.

—Te entiendo. —Me tomó las manos y me regaló una sonrisa cálida—. Pero tienes que confiar en Adan. Yo convivo todos los días con las fanáticas locas de Dylan. Confieso que en los primeros conciertos después de casarnos, tenía miedo de entrar a su camerino y encontrarme con alguna escena desagradable. Eso pasaba todo el tiempo cuando él era soltero. Era difícil confiar del todo, pero tu hermano supo comportarse y respetar los votos que hicimos.

—Gracias, Carol.

—De nada.

—Me alegra verte. —La abracé antes de alejarme y llamar a Adan para subir.

Tomamos a Bryan de la mano, uno a cada lado, y subimos por el pasillo hacia los dormitorios. Adan abrió la puerta del cuarto provisional del niño y lo cargó en brazos hasta la cama. Bryan ya se frotaba los ojitos y bostezaba, con señales claras de que el sueño lo estaba venciendo.

Adan lo acomodó sobre la cama y yo cubrí su cuerpecito hasta los hombros con la manta.

—Duerme bien, mi angelito. —Le di un beso en la frente.

—Gracias, Daphne. Tú también. —Bostezó de nuevo.

—Que tengas dulces sueños, hijo. —Adan acarició su carita antes de retirarse.

Esperamos a que cerrara los ojos y se acomodara bien antes de apagar la luz y salir rumbo a mi cuarto. A pesar de lo bien que había ido nuestra conversación, aún se sentía una tensión incómoda entre los dos.

—¿Qué querían mis hermanos? —pregunté en cuanto cerré la puerta.

—Asegurarse de que no te rompería el corazón.

—¿Y qué pensaban hacer si eso pasaba? —No pude evitar soltar una risa.

—No lo sé, pero se esforzaron por parecer bastante intimidantes.

—¿Amenazaron con golpearte? —Abrí los ojos, sorprendida por la idea.

—No llegaron a tanto. Al menos no lo dijeron de forma directa.

—Esos dos... —Negué con la cabeza.

—Solo están preocupados por su hermana menor.

—¿No estás molesto con ellos? —Me quité la blusa para ponerme el pijama.

—Si yo tuviera una hermanita, creo que actuaría igual. —Adan se acercó por detrás y me besó en el cuello.

Ese gesto me hizo suspirar, llenándome de un atisbo de felicidad. Me giré hacia él y le di un beso corto.

—Sé que no estás contento con la aparición repentina de Janeth. Yo tampoco lo estoy. Ojalá desapareciera otra vez, pero no sé qué es lo mejor para Bryan.

Respiré profundo. Por más molesta que fuera esa situación, entendía su preocupación. Por muy detestable que fuera Janeth, seguía siendo la madre de Bryan, y alejarlo de ella quizás no fuera lo más correcto.

—¿Qué excusa dio para haberse ido? —Apoyé mis manos en sus hombros mientras lo miraba fijamente.

—Que necesitaba el dinero para pagar la hipoteca de la casa de sus padres. —Por la expresión de Adan, noté claramente su

escepticismo—. Dijo que después le dio tanta vergüenza que no tuvo el valor de volver.

—¿Y no podía simplemente pedirte el dinero? —Fruncí el ceño.

—Eso fue lo que le pregunté, y me dijo que no tuvo coraje para hacerlo.

—Bueno, era tu esposa, y supongo que dos millones no es tanto dinero para ti.

—Es una cantidad considerable, pero no me habría dejado en la ruina. Si realmente era para ayudar a su familia, no habría tenido problema en dárselo.

—No sé, Adan, pero no le creo —confesé, aunque sabía que podía molestarle que yo dijera eso.

—Yo tampoco.

Sentí un alivio al ver que estábamos de acuerdo.

—Bryan me pidió ir a verla y no sé qué hacer, amor. —Me acarició el rostro al colocar un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

Escucharlo llamarme "amor" y el modo tierno en que me tocaba, iban disolviendo poco a poco los miedos que me aplastaban el pecho.

—Es su madre. —Eso era un hecho innegable, aunque decirlo dejara un sabor amargo en la boca.

—Sí. Ella dio a luz a Bryan, pero nunca fue realmente una madre. Ni siquiera cuando él era recién nacido. Apenas lo amamantaba y se lo entregaba a Grace. En el fondo, creo que este

regreso suyo podría ser más perjudicial que beneficioso para Bryan. Pero si no lo llevo, tal vez lo estoy separando de ella y algún día él podría culparme por eso.

—Es una decisión muy difícil. —Pasé mis dedos por su cabello, peinándolo hacia atrás—. Pero creo que deberías llevarlo, al menos una vez, y quedarte cerca, vigilando. —Sentía que podía arrepentirme de esa sugerencia, pero necesitaba recordarme a mí misma que no podía interponerme entre Bryan y su madre, por más que lo amara.

—¿De verdad lo crees? —Frunció el ceño, aún dudoso.

—Sí —asentí con firmeza. No pensaba retractarme.

—Está bien. Lo llevaré mañana a verla.

Le di un beso corto mientras lo jalaba hacia la cama conmigo. Solo quería vivir la ilusión de que al despertar, todo ese asunto con la ex reaparecida fuera solo una pesadilla horrible.



Cuarenta y tres

No tenía hambre. Me quedé de pie al lado de la mesa, con los brazos cruzados y la mirada perdida, mientras observaba a mi hijo terminar de comer los panqueques con jarabe de arce. Aunque tenía a Daphne acurrucada entre mis brazos, apenas pude dormir durante la noche. No lograba sacar de mi cabeza todo lo que había pasado y no dejaba de pensar si realmente era una buena idea llevar a Bryan a ver a su madre. Siempre hacía lo posible por protegerlo, pero quizás toda mi protección fuera exagerada, o insuficiente, y solo lo descubriría cuando ya fuera demasiado tarde.

Daphne se acercó a mí y me entregó la llave de un auto. La miré unos segundos en mis manos, antes de levantar los ojos hacia ella, buscando una explicación.

—¿Es de tu coche?

—No. Es un Audi, creo que parecido al tuyo. Menos mal que quien tiene que saber de autos es Dean —dijo con una media sonrisa, un poco incómoda—. El mío solo tiene dos asientos, y como Bryan aún tiene seis años, necesita ir atrás. Este lo usa George para transportar a mi mamá.

—Gracias. —Le di un beso corto, agradecido de que se hubiera fijado en ese detalle.

Siempre me gustaron los deportivos, pero tuve que comprar un utilitario cuando nació Bryan, con espacio para la sillita y todo lo que un bebé necesita.

Por un instante, quise que ella viniera conmigo, pero dada la situación, creí que lo mejor era dejarla allí y enfrentar mis fantasmas solo.

—¿Vas a estar bien? —Le tomé la mano, queriendo tener su atención por completo.

—Estaré ansiosa —confesó, bajando la mirada—. Pero voy a quedarme con mi familia, no hay razón para que no esté bien.

—No tardaré. —La atraje de nuevo hacia mí y sentí el dulce sabor de sus labios en los míos.

—Okay.

—Bryan, ¿vamos, hijo? —le dije al notar que había terminado de desayunar.

—¿Puedo ir a buscar un dibujo que hice? Lo olvidé arriba.

—Ve, hijo. Te espero aquí, pero no subas corriendo.

Bryan saltó de la silla y subió corriendo las escaleras, casi ignorando mi advertencia. Quisiera ver cuánto más me desafiará cuando sea adolescente.

Si quería ser sincero conmigo mismo, no deseaba llevarlo a ver a su madre. Tenía una gran desconfianza hacia ella, que esperaba que solo fuera resentimiento. Pero esa desconfianza me carcomía por dentro, un sentimiento que quizás nunca desaparecería.

—¡Listo, papá! —Bryan volvió y se detuvo frente a mí con la hoja arrugada entre las manos—. Ya podemos irnos.

—¿Y mi beso? —Daphne se inclinó para que él la besara.

Bryan cumplió y también la abrazó.

—Volveré pronto.

Daphne asintió con la cabeza y se hizo a un lado para dejarme pasar por el pasillo rumbo al garaje de la mansión.

No fue difícil encontrar el utilitario entre tantos autos deportivos que apenas tenían espacio para el conductor y el copiloto. Abrí la puerta trasera y aseguré a mi hijo con el cinturón antes de tomar el volante. Ingresé la dirección que Janeth me había dado en el GPS del auto, ya que nunca había manejado en Miami, y partí hacia el lugar indicado.

Conduje por avenidas llenas de gente y vi numerosos turistas de diversas partes del mundo, la mayoría en ropa de playa, probablemente rumbo al mar. El sol brillaba con fuerza, el cielo estaba despejado, y el clima era ideal para eso. Aunque estábamos cerca del otoño, el sol seguía ardiendo como si fuera pleno verano. Sospechaba que en esa ciudad, debido a su ubicación tropical, el verano nunca se iba del todo.

Manejé más tiempo del que imaginaba. Dejé atrás la zona turística y entré a un barrio más modesto, hasta que nos detuvimos frente a un pequeño albergue.

—¿Aquí es donde está mamá? —Bryan se inclinó sobre el vidrio para mirar hacia afuera.

—Bueno, es la dirección que me dio. Quédate quieto aquí dentro del auto, ¿sí? Voy a verificar.

Él asintió con la cabeza.

Salí del auto y me acerqué a la recepción, donde una mujer mayor resolvía un crucigrama, sin prestarle atención a nada a su alrededor.

—Buenos días. ¿Puedo hablar con Janeth? Me dijo que estaría hospedada en este albergue.

—¿Janeth? —Frunció los ojos como si intentara procesar lo que acababa de escuchar.

—Sí, Janeth.

—¿Janeth qué? —Recorrió con el dedo una lista escrita a mano.

Me mordí el labio inferior, tratando de recordar su apellido de soltera, pero no se me ocurrió nada.

—¿Janeth Watson?

—Ah, sí. Aquí tengo una Janeth Watson. Voy a avisarle.

—Gracias.

Me sorprendió pensar que, después de tanto tiempo, aún usaba el apellido de casada. No sabía si era nostalgia o una provocación. Al principio era difícil saberlo. Tal vez lo descubriría con un poco más de atención.

La señora se adentró por un pasillo y yo me quedé esperando. Pasaron algunos minutos hasta que regresó acompañada de Janeth, quien sonrió ampliamente al verme.

—¡Viniste! —Corrió hacia mí y quiso abrazarme, pero me hice a un lado.

—No por gusto. Vine a traer a Bryan. Quería verte y, aunque no me haga feliz, eres su madre, así que lo traje.

—Ah. —No noté ningún entusiasmo en su expresión al saber que pasaría un rato con su hijo. Eso me molestó más de lo que dejé ver, pero todavía me esforzaba por mantener la calma y actuar como buen padre.

—Vamos. Lo dejé en el coche. —Le hice una seña para que me siguiera. Aunque Bryan ya era un niño mayorcito, no me gustaba dejarlo solo.

Apenas abrí la puerta, él se quitó el cinturón y bajó al pavimento. Dio unos pasos tambaleantes hacia Janeth y se abrazó a sus piernas.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. —Su expresión siguió igual, noté que no estaba tan feliz de verlo como alguien en su posición debería estarlo.

—Vi que hay una cafetería a dos cuadras. ¿Por qué no vamos allá? Así podemos conversar mejor.

—Perfecto. —Janeth mostró una gran sonrisa.

—Vamos, hijo. —Le extendí la mano para que camináramos juntos.

—Mamá, ¿dónde vives? —le preguntó Bryan mientras nos movíamos por la calle poco transitada.

—En Nashville.

—¿Con el abuelo y la abuela?

—No, ellos murieron hace dos años.

—Qué triste. Lo siento mucho. —Bryan bajó la cabeza, probablemente apenado por haber preguntado eso.

Mi padre había muerto el año pasado, y Bryan ya era lo bastante grande para entender lo que significaba perder a alguien, para comprender que el abuelo no volvería a casa. Lo sufrió casi tanto como mi madre.

Llegamos a la cafetería, una de barrio, con piso de cuadros que alternaban entre rojo y amarillo, como un tablero de ajedrez, igual que la pintura de las paredes. Nos sentamos alrededor de una mesa redonda.

—Mira, mamá. Lo hice para ti. —Sacó el dibujo que había guardado en el bolsillo y se lo entregó. Era una representación de los dos, y me imaginé lo bien que ese momento le estaba haciendo a mi hijo, aunque a mí me revolviera todos los recuerdos amargos.

—Gracias, hijo. —Ella tomó el dibujo y lo puso sobre su regazo sin siquiera mirarlo. ¿Tal vez solo necesitaba tiempo para procesarlo? Esperaba que sí.

El mesero se acercó para tomar el pedido. Pedí solo un café expreso. Bryan quiso un waffle, y lo dejé pedirlo, aunque pensaba que estaba lleno por los panqueques. Janeth pidió lo mismo, aunque no recordaba haberla visto comer eso antes. Tal vez solo quería acompañar al niño. Quizás fuera un pequeño esfuerzo de su parte.

—¿Tengo algún hermano, mamá?

—No —respondió mirando directamente hacia mí, como si yo hubiera hecho la pregunta—. Tu padre es el único hombre que amé y aún amo.

Rodé los ojos. Si me hubiera amado, no habría hecho lo que hizo. Pero no pensaba discutir con ella delante de nuestro hijo. Bryan necesitaba tranquilidad después de todo lo ocurrido. Le hizo muchas preguntas, y ella respondió con evasivas. Era como si no tuviera ningún interés en estar ahí. O tal vez, salir con una actriz me había vuelto mejor para detectar las mentiras. Janeth no mostraba ni el más mínimo deseo de pasar tiempo con el niño, y yo no lograba entender por qué.

Cuando vi que ya habíamos pasado suficiente tiempo, me levanté para pagar la cuenta. Los dejé solos, pero me mantuve cerca, vigilando desde la barra mientras entregaba el dinero. Vi que Janeth se inclinó hacia Bryan y le dijo algo que no alcancé a escuchar. Cuando regresé, ya había terminado.

—¿Nos vamos, hijo?

—¿Tan pronto? —Janeth hizo un puchero.

—Tenemos que irnos.

Bryan no dijo nada, simplemente se bajó de la silla, dejó la mitad del waffle en el plato y me tomó la mano. Dejé a Janeth allí

sentada y me fui con él. Al alejarnos, Bryan se giró varias veces para verla el mayor tiempo posible.

—Hijo, ¿qué te dijo tu mamá cuando se quedaron solos? —le pregunté, mientras lo acomodaba en el asiento trasero.

—Que iba a necesitar mi ayuda para reconquistarte, papá.

Respiré hondo, luchando por contener la rabia que me invadió. Usar a Bryan era muy bajo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que Daphne es tu novia ahora.

—¿Te gusta Daphne?

—¡Muchísimo! —Sonrió, y eso me hizo sonreír también. En eso, los dos estábamos de acuerdo.



Cuarenta y cuatro

Tomé un cojín del sofá y lo abracé con fuerza contra mi pecho, intentando de ese modo suprimir la angustia que me consumía por dentro.

—¿Soy una persona terrible si digo que, en el fondo, me arrepiento de haber animado a Adan a llevar a su hijo a ver a su madre?

—Yo no te juzgaría por eso. —Caroline se acomodó en el sillón frente a mí.

—Tranquila, Daphne. Todo va a salir bien.

—Ay, Angel —suspiré al verla sentada en el sofá detrás de mí, mientras empezaba a trenzar unas mechas de mi cabello—. Me encantaría tener tu optimismo.

—Sufrir por adelantado no ayuda en nada.

—En eso tienes razón.

—Entonces... —Angel tiró de un mechón con un poco más de fuerza y sentí un pequeño tirón de dolor. Tal vez esa era su forma de hacerme pensar en otra cosa que no fuera la realidad que tanto me aterraba.

Adan me había asegurado que no quería nada con Janeth, y yo hacía lo posible por creerle, pero cada minuto que pasaba con la madre de su hijo era una oportunidad más para que revivieran recuerdos, lo suficiente como para hacerlo cambiar de idea. Sabía que estaba siendo paranoica, pero así me sentía.

Noté mi celular vibrando. Lo tomé de entre mis piernas cruzadas sobre el sofá, aparté las manos de Angel para que dejara de trenzar y contesté la llamada, aunque no reconocí el número en la pantalla.

—¿Hola?

—¿Daphne? —La voz femenina al otro lado me hizo desconfiar.

—¿Quién habla? —Considerando toda mi exposición mediática, la gran cantidad de fans, y otros que no eran tan fans, solo un grupo muy reducido tenía mi número personal.

—Soy yo, Janeth, la esposa de Adan.

Apreté los dientes, odiando la forma en que se refería a sí misma.

—¿Qué quieres conmigo y cómo conseguiste mi número? Me imagino que no fue Adan quien te lo dio.

—No fue él. Lo tomé del celular de tu madre mientras fue a buscar café para servirme. Es impresionante cómo estas personas mayores nunca ponen contraseña en sus aparatos.

Abrí los ojos, incrédula por lo que estaba escuchando. Caroline y Angel se acercaron al notar que algo pasaba.

—¿Qué quieres de mí?

—Un trato.

—¿Por qué haría un trato contigo?

—Porque me di cuenta de cuánto quieres a Adan y sé que voy a ser un gran obstáculo para que te quedes con él. Después de todo, no firmé ningún divorcio, así que legalmente sigue siendo mi esposo, te guste o no.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora? —Sentía el estómago revuelto, pero hice lo posible por mantener la calma mientras ella me arrojaba en la cara un detalle que quizá yo ni sabía. Ella se fue cuando Adan aún pensaba *que estaban bien.*

—Como te dije, podemos llegar a un acuerdo. Tú quieres al hombre, y yo necesito dinero. Mucho dinero, por lo que vi al ver tu fama y la casa donde vives.

—¿Qué? —Abrí los ojos, completamente sorprendida. Sabía que no era una persona confiable, pero jamás imaginé que fuera capaz de llegar tan lejos.

—Eso, un acuerdo, princesa. Puedes quedarte con el hombre si me das diez millones de dólares.

—¿Estás loca?

—No me digas que no los tienes.

—Ese no es el punto.

—Entonces todo es muy simple: me das el dinero, yo firmo los papeles del divorcio y Adan será completamente tuyo. Nunca volverás a verme.

Caroline y Angel me miraban igual de boquiabiertas que yo.

No dije nada. Me quedé en silencio, sin saber qué responder. Había imaginado muchas cosas cuando Janeth reapareció, pero ninguna incluía que me pidiera dinero para que pudiera estar con Adan.

—Vamos a acordar un lugar para vernos mañana. Tú llevas el dinero y los papeles para que yo firme. Te recomiendo que no le digas nada a Adan sobre esta conversación. Imagínate el escándalo que armaré si voy a la prensa y les digo que estás robándole el esposo a otra mujer. ¿De verdad crees que seguirás siendo la estrellita de Estados Unidos cuando todos descubran que te acuestas con un hombre casado?

Tragué saliva, sorprendida por la bajeza de ella.

—Nos vemos cuando tengas el dinero.

Me quedé mirando el celular unos minutos después de que colgó. Por un momento creí que había vuelto por Adan y por Bryan, pero después de oírla, entendí que solo volvió porque me vio con él y pensó que podía sacar provecho de la situación.

—¡Hija de puta! —Caroline soltó el cuerpo sobre el sofá, incapaz de contener las palabrotas.

—No lo puedo creer. —Angel negaba con la cabeza, desconcertada—. ¿Crees que realmente sea capaz de dañar tu imagen de esa forma?

—Con todo lo que ya hizo, no dudo de nada. —Me rasqué la frente, inquieta.

—Pobre Bryan —susurró Angel, al borde del llanto—. Si tuviera un poco de amor por él, no haría una cosa así.

—Tienes que contarle a Adan —dijo Caroline—. No puedes dejar que esa mujer te amenace de ese modo.

—Lo sé, se lo voy a contar.

—¿Contarme qué? —Adan apareció en la sala con el niño, y mi corazón se encogió. No quería parecer una loca neurótica diciendo tonterías para convencer a mi novio de que su ex era una basura.

—¡Bryan! —Angel le extendió la mano—. Ven con la tía, hay un pastel delicioso en la cocina. Voy a buscarte un pedazo.

—Estoy lleno. —Se tocó la pancita.

—Entonces vamos a jugar, ¿sí?

Bryan miró a su papá, que le dio una leve palmadita en la espalda como incentivo. Caminó hasta Angel y le tomó la mano, dejándose llevar. Caroline fue tras ellos, dejándonos solos a Adan y a mí.



Cuarenta y cinco

Fijé la mirada en Daphne en cuanto nos quedamos solos en la sala. Di unos pasos hasta quedar frente a ella, y Daphne se levantó del sofá. Pensé que se acurrucaría contra mi pecho, pero mantuvo una distancia que se sentía angustiante. Noté que estaba bastante incómoda, apenas podía mirarme a los ojos. Le tomé las manos con la esperanza de que me mirara, pero seguía con la vista clavada en el piso blanco bajo nuestros pies.

—¿Cómo te fue con Bryan y su mamá? —Esquivó el tema, y tal vez fuera algo más serio de lo que yo pensaba.

—Raro. Sentí que estaba más interesada en acercarse a mí que en ver a Bryan.

—¿Crees que no le importa el niño?

Sí lo creo. Tal vez fue solo una impresión mía, y Janeth intentaba que las cosas volvieran a ser como antes. Pero no podía ignorar el hecho de que debería haberle prestado mucha más atención al niño.

—No sé... ¿Qué es lo que tienes que contarme? —Recordé parte de la conversación que había alcanzado a oír entre ella y mis concuñadas.

—No sé por dónde empezar... —Soltó mis manos y retrocedió unos pasos.

—Empieza por lo que yo no sé —le dije, mientras le tomaba los hombros.

Respiró hondo. Inhaló y exhaló varias veces. Esperé pacientemente a que se sintiera cómoda para hablar. Tal vez fuera solo cosa mía, pero me pareció que tenía miedo de mi reacción.

—Janeth me llamó —dijo, atropellando las palabras como si necesitara soltarlas de una vez.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Me invadió una mezcla de incredulidad y sorpresa que me dejó sin palabras por unos segundos.

—Me pidió dinero para dejarte estar conmigo.

—¡¿Qué?! —La conmoción que me invadió fue inevitable, aunque no debería haberme sorprendido tanto.

Janeth ya me había robado antes y había desaparecido con mi dinero. Por más ruin que fuera, tenía más sentido eso que creer que había regresado por arrepentimiento.

—Me dijo que, si quiero estar contigo, tengo que pagarle diez millones de dólares. Me amenazó con exponer su matrimonio en los medios y hacerme pasar como la amante que quiere robarle al esposo. Me advirtió que no te dijera nada. Dijo que, si le doy el dinero, firmará el divorcio y nos dejará en paz.

La indignación y la rabia fueron tan grandes que no pude evitar soltar una risa, sin conseguir contener todo lo que estaba sintiendo. Me froté las sienes mientras negaba con la cabeza. El regreso de Janeth solo lograba empeorar la imagen que yo tenía de ella.

—¿Adan? —Daphne me miraba sin entender lo que estaba ocurriendo.

—No es tan lista como cree.

—¿De qué estás hablando, Adan? —Frunció el ceño, confundida.

—Hace como cuatro años inicié un proceso judicial para divorciarme. Ya no tenía ninguna intención de volver con ella, y fue mi madre quien me aconsejó que me protegiera. El tribunal no logró localizar a Janeth para las audiencias, así que declararon abandono del hogar y me otorgaron el divorcio junto con la custodia total de Bryan. No estamos casados, aunque ella crea lo contrario.

—¿En serio? —Una gran sonrisa se dibujó en los labios de Daphne.

—En serio. —La atraje de nuevo hacia mí y le di un beso en la cabeza—. En ese sentido, no tienes nada de qué preocuparte. No tiene ningún derecho legal sobre nada. Voy a llamar a mi madre y

pedirle que traiga los papeles del divorcio y de la custodia, por si a Janeth se le ocurre intentar algo.

—¿Y Bryan? —A diferencia de Janeth, Daphne sí mostraba una preocupación genuina por mi hijo.

—No voy a permitir que vuelva a acercarse a él. No creo que le importe el niño. Solo va a intentar usarlo para hacerme daño.

—Lo siento mucho, Adan —dijo, abrazándome mientras escondía el rostro en mi pecho.

Por más grave que fuera la situación en general, me sentía aliviado. Janeth se había ganado todo el resentimiento y rencor que había acumulado en estos años. En el fondo, me sentía liberado por haberme deshecho de ella.



Cuarenta y seis

Me sentí aliviada al ver que la reacción de Adan fue mucho mejor de lo que esperaba. Él era realmente un hombre distinto, maduro. Todavía teníamos que lidiar con su ex, pero sabía que juntos íbamos a lograr resolver la situación. Solo el hecho de que me asegurara que ya estaba divorciado me daba tranquilidad. Janeth podía imaginarse muchas cosas, pero ya no tenía derecho a nada.

—¡Daphne! —Bryan vino corriendo hacia mí cuando fuimos a buscarlo.

Lo alcé en brazos y le di un beso en la mejilla.

—Hola, mi angelito.

—Hice esto para ti —dijo, mientras me entregaba un dibujo.

Examiné la hoja. En el dibujo se veía a una mujer de cabello negro, que debía ser una representación mía, tomada de la mano con un hombre rubio, Adan, y un niño de cabello amarillo. Sonreí con ternura al darme cuenta de lo importante que era yo para Bryan. Eso me hacía muy feliz.

—¿No crees que falta alguien en este dibujo?

Bryan me miró con atención, como intentando adivinar a quién me refería.

—¿Quién falta?

—¡Max!

—¡Ah, es cierto! —La tensión de su carita se transformó en una gran sonrisa—. Tienes razón, falta Max. Devuélveme el dibujo, lo voy a agregar.

—Solo te lo devuelvo con una condición.

—¿Cuál?

—Que me lo des de nuevo cuando lo termines.

—¡Está bien! Daphne...

—¿Sí, angelito?

—¿A ti te gustan mis dibujos?

—Por supuesto que me gustan. Me gusta todo lo que haces con cariño para mí, Bryan.

—Entonces, de verdad mi mamá no me quiere.

—¿Por qué piensas eso? —Sentí una punzada en el pecho al notar cómo la tristeza se apoderaba de su rostro inocente.

—Tiró mi dibujo en la basura en cuanto nos fuimos. Solo hablaba de mi papá, ni siquiera me preguntó nada.

—Escúchame, Bryan —lo bajé al suelo y tomé sus manitos entre las mías—, no te preocupes por eso, ¿sí? Si ella no te quiere como debería, la que está perdiendo algo es ella. Yo voy a estar siempre aquí, queriéndote muchísimo.

—¡Gracias! —Me abrazó—. Prefiero que tú seas mi mamá en lugar de ella.

Suspiré, sin saber cómo reaccionar ante lo que acababa de decirme, ya que Adan me había pedido que no intentara ocupar el lugar de su madre. Pero, viendo las actitudes de Janeth, puede que lo haya traído al mundo, pero no merecía ese título.

—Mi angelito, voy a estar aquí para ti, siempre. —Le acomodé el cabello hacia atrás con los dedos antes de besarle la frente—. Te amo, pequeño.

Él sonrió y me abrazó con fuerza por el cuello, casi dejándome sin aire.

—Qué bueno que papá te conoció.

—Yo pienso lo mismo —respondí con una sonrisa mientras le devolvía el abrazo.

—¿Hay abrazos? Yo también quiero uno.

Nos giramos justo a tiempo para ver a Adan acercándose. Nos levantó a Bryan y a mí al mismo tiempo y nos llenó de besos a los dos.

—¿Pudiste hablar con tu mamá? —le pregunté cuando terminaron los abrazos y los besos.

—Sí, viene para acá. Debería llegar mañana temprano.

—Le voy a pedir al chofer de mi mamá que la recoja en el aeropuerto.

—Gracias. —Me dio un beso rápido en los labios.

—¡Qué asco! —Bryan hizo una mueca y los dos estallamos en carcajadas.



—¿Entonces está casado o no? —Dylan me miró con una expresión llena de dudas.

Adan había ido a hablar con su hijo, y yo terminé pasando un rato a solas con mis hermanos. Hacía tiempo que no estábamos los tres reunidos así. Dean y Dylan siempre habían sido muy unidos, y a veces sentía que me dejaban fuera de su mundo. Pero ese día, estaban pendientes de mí, o tal vez preocupados.

—Está divorciado, Dylan. —Me alejé del barandal del segundo piso y me senté en una butaca frente al sofá donde estaban ellos.

—Entonces ¿qué quiere esa mujer aquí? —Dean se rascó la barba recién crecida.

—Dinero. Me vio con él en una revista y ahora cree que puede chantajearme. Quiere que le dé diez millones de dólares para que me deje quedarme con él.

—¿Diez millones? —dijeron al unísono, con los ojos bien abiertos—. ¿Está loca?

—Dijo que va a salir en las revistas a hacer un escándalo, diciendo que le estoy robando al esposo.

—Y yo que no me metía en relaciones serias por nada —comentó Dylan encogiéndose de hombros—. Mira nada más esta desquiciada. Tienes que llamar a la policía.

—Estamos esperando a que la mamá de Adan llegue con los papeles del divorcio y de la custodia de Bryan. Lo que más me molesta es que no le importa en lo más mínimo el niño. Hasta Bryan se dio cuenta de eso.

—¡Vaya! Debiste haber dejado que mamá eligiera un novio para ti —se burló Dylan.

—¿De verdad creen que ella no tuvo algo que ver en todo esto?

Se inclinaron hacia mí y les conté parte de mi historia con Adan, incluyendo el momento en que nuestras madres nos encerraron en la cabaña. Cuando terminé, ambos se estaban retorciendo de la risa.

—Ahora entiendo por qué tuvo esa necesidad tan loca de ir a Tennessee. —Dean negaba con la cabeza, sin poder creerlo.

—Solo estaba asegurándose de la felicidad de ustedes tres.

Nos volteamos al escuchar la voz y la vimos en la entrada de la terraza, como si hubiera estado espiándonos.

—¿Hace cuánto que estás ahí parada, mamá? —le pregunté.

—Solo unos minutos —respondió, restándole importancia con un gesto—. Estaba pasando por el pasillo y los vi juntos. Me encanta verlos así.

—Mamá, sabes que no deberías meterte tanto. —Dean le frunció el ceño.

—Sean sinceros, ¿son felices?

—Lo somos. —Los gemelos se vieron obligados a admitirlo.

—Entonces hice bien mi trabajo —respondió con una sonrisa sarcástica, antes de entrar por fin a la terraza y abrazarme—. No te preocupes, todo va a salir bien.

—¿Qué es lo que sabes y que yo no sé? —Fruncí el ceño, desconfiada.

—Vamos a esperar a que llegue Agnes mañana.

—¿Ustedes dos están tramando algo otra vez?

—No, no lo estamos —dijo con firmeza, pero no me convenció ni un poco.



Cuarenta y siete

—¿Hijo? —Jalé a Bryan hacia el borde de la cama y me acomodé a su lado—. Quiero hablar contigo sobre tu mamá.

Tragué saliva, buscando las palabras correctas para decirle eso. Bryan era solo un niño y no quería que saliera herido por una mujer que no merecía el título de madre. Sin embargo, aunque me arrepintiera de haberme involucrado con Janeth, Bryan era el mejor regalo que había recibido en la vida. Enfrentar este problema se volvía más fácil cuando recordaba que sin ella, jamás habría tenido a mi hijo.

—¡No me gusta ella!

Me quedé sorprendido ante su afirmación tajante.

—¿Por qué dices eso, hijo?

—Ella no me quiere, ni pidió verme. Tiró mi dibujo a la basura. Escuché a la mamá de Daphne decirle a Grace que solo quiere dinero y que por eso volvió.

A veces subestimaba lo inteligente que era mi hijo.

—Es cierto, Bryan. —Bajé la cabeza, entrelazando los dedos—. Solo quiere dinero. Me hizo daño a mí y también a ti, pero parece que no le importa.

—Dale el dinero para que se vaya, papá. No la quiero aquí. Cuando está, hace llorar a Daphne. No quiero que Daphne llore. Daphne me quiere, no tira mis dibujos a la basura. Tal vez no sea mi mamá, pero es una mejor mamá que ella.

—No te preocupes, hijo. Voy a encargarme de eso y ella se va a ir.

—Por favor, papá. No la quiero.

—No tienes que preocuparte por eso, ¿de acuerdo?

Él asintió con la cabeza.

—¿Daphne ya no va a llorar?

—No, ella no va a llorar, Bryan.

—¡Qué bueno, papá! —Se frotó los ojitos, dejando ver el sueño que tenía. Ya era tarde y era hora de dormir.

—¿Vamos a acostarnos?

Asintió, abriendo los brazos para que lo cargara. Acomodé a mi hijo en la cama y le di un beso en la frente antes de salir del cuarto.

Atravesé el pasillo y entré al cuarto de Daphne justo en el momento en que salía de la ducha, secándose el cabello oscuro con una toalla blanca. Apenas me vio, me sonrió con timidez y se acercó. Coloqué las manos en su cintura y rocé mis labios con los suyos, saboreando un poco de paz, aunque fuera por unos segundos.

—¿Cómo fue la charla con Bryan?

—Mejor de lo que imaginaba. No quiere a Janeth cerca.

—Es un niño muy listo.

—Sí. Hay algo en lo que estuvimos completamente de acuerdo.

—¿Qué cosa? —Entrecerró los ojos azules.

—Queremos verte sonreír.

—¿Ah, sí? —El gesto se ensanchó involuntariamente en sus labios.

—Así es. —Deslicé las manos y desaté la cinta que sostenía su bata al cuerpo—. Vamos a olvidarnos de todo esto y a preocuparnos por cómo vamos a resolverlo cuando llegue mi madre mañana.

—¿Y qué piensas hacer entonces? —Me lanzó una mirada maliciosa.

—Pasar tiempo con la mujer que amo.

—¿La mujer que amo? ¡Eso me gustó!

—¡Qué bueno! —Tomé la solapa de su bata y bajé la cabeza, mordiendo la base de su cuello, saboreando el néctar de su piel, sintiendo cómo se estremecía con mi toque.

Daphne echó la cabeza hacia atrás, gimiendo suavemente de una forma tan sexy que se me puso dura. Tiré de la bata por encima de sus hombros y su peso hizo que la prenda resbalara por los brazos de Daphne y cayera al suelo.

Quedó desnuda ante mis ojos y al alcance de mis manos, y eso me bastó para no pensar en otra cosa que perderme en las curvas de su cuerpo. Daphne era una mujer maravillosa y tenía que agradecerle que no se hubiera rendido conmigo cuando yo me había cerrado al amor.

Moví mi boca hacia abajo, disfrutando de la miel de su piel, oliendo el dulce aroma de su perfume, hasta que mordisqueé uno de sus pezones. Sentí que su pezón se endurecía al contacto de mi lengua y eso me puso aún más caliente. Daphne era hermosa, delicada, el sueño de cualquier hombre, pero me había elegido a mí.

La levanté y la llevé a la cama, perdido en el azul de sus ojos. La tumbé sobre las almohadas, con su pelo negro desparramándose por las fundas blancas, y me acomodé entre sus piernas.

Deslicé una mano bajo su nuca y levanté su cabeza, acercando su boca a la mía y la besé lleno de deseo y hambre. En otro momento sería delicado y lento, pero ahora necesitaba sentirla desesperadamente.

Mordisqueé sus labios y los lamí antes de mover la cabeza hacia abajo, trazando un camino de besos, chupetones y mordiscos, por sus pechos, su vientre, hasta asentar la cabeza entre sus piernas. Perfectamente depiladas y ligeramente hinchadas, tener mi cabeza tan cerca de ella encendió aún más mis deseos. Toqué su

clítoris con la punta de la lengua, haciéndola jadear y agarrarse a mi pelo.

—¡Adán! —gimió, excitándome aún más.

Cerré los labios alrededor de su clítoris y succioné lentamente, sintiendo su textura con la boca. Dafne se retorció en la cama y tiró con más fuerza de mi pelo, sentí como me arrancaba algunos mechones, pero no me importó.

Aparté un poco la boca y soplé aire caliente, haciéndola retorcerse por toda la cama. Cuanto más me daba cuenta de que ella sentía placer, más excitado me ponía. Introduje el dedo lentamente, sintiendo lo mojada que estaba, y volví a pasar la lengua por su clítoris. Me apartó la cabeza y la hundió entre sus piernas, ordenándome en silencio que empujara con más fuerza. Introduje otro dedo y ella arqueó la espalda sobre la cama, gimiendo más intensamente. Su cuerpo se cerró alrededor de mis dedos en contracciones cada vez más intensas a medida que aumentaba el ritmo.

Sus suaves gemidos no tardaron en convertirse en gritos casi histéricos que me hicieron darme cuenta de que había acabado. La saqué jadeando sobre las sábanas y me quité la ropa.

Volví a ponerme encima de ella y Daphne me sonrió. Estaba preciosa, sobre todo desnuda y caliente. Me senté, me arrodillé en la cama y tiré de ella hacia mí, haciendo que se sentara en mi regazo y gemí, cerrando los ojos mientras su humedad me envolvía.

—Date la vuelta —le susurré al oído, antes de agarrar su suave y redondo culo.

Daphne me puso las manos en los hombros y accedió a mi petición, moviendo su cuerpo sobre el mío. Besé sus labios, su cuello y sus pechos. No podía pensar en otra cosa que en el placer, el mío

y el suyo. No habíamos tenido sexo desde que volvimos del yate y echaba de menos esa conexión.

No me contuve, dejándome guiar por el placer con toda la fiereza posible. Abrazado a sus curvas, embriagado por su perfume, dejé de moverme cuando toda mi sangre convergió en mi verga y acabé dentro de ella.

Nos quedamos abrazados. Yo respiraba contra su piel, acariciando su cabello suave, que caía desordenado alrededor de su rostro sudado, haciéndola ver aún más hermosa. Con cada momento que pasaba con Daphne, tenía más claro cuánto me estaba enamorando de ella.

—Voy a necesitar otra ducha —dijo, riendo mientras se echaba el cabello hacia atrás.

—No te preocupes, yo te baño.

—¿Adan?

—¿Sí? —Busqué sus ojos y noté que había adoptado una expresión más seria—. ¿Qué pasa?

—Ahora siento que todo va a estar bien.

—Vamos a resolver esta situación con Janeth —le prometí.



DAPHNE

CAPÍTULO

Cuarenta y ocho

Nos despertamos mucho más temprano de lo habitual aquel día. La mamá de Adan llegaría con los papeles y estábamos ansiosos por tener en nuestras manos los documentos que mantendrían a Janeth lejos. Esperaba que, al saber que ya no tenía derecho a nada, dejara de amenazarnos.

—Ya llegó —dijo mi madre, mientras golpeaba la puerta. Adan y yo la seguimos hasta la sala, pero al llegar allí, me llevé una sorpresa.

Sentados en uno de los sofás blancos de la sala principal de la mansión, había dos hombres vestidos de traje. Agnes parecía tranquila con su presencia, así que pensé que se trataba de

abogados, tal vez del bufete que asesoraba a Adan, y que estaban allí para ayudarnos con algún tema legal.

—¿Mamá? —Adan se acercó. El gesto de confusión en su rostro derrumbó mi suposición. Él no conocía a esos hombres.

—Me alegra verte bien, querido. —Sonrió Agnes.

—¿Quiénes son ellos?

Los hombres se levantaron y se plantaron frente a nosotros.

—Adan Watson, soy el agente Thomas Bruce y este es mi compañero Eric Night. Somos agentes del FBI.

¿Qué? Traté de no abrir demasiado los ojos, pero fue imposible. Aun así, no era la única con expresión de sorpresa.

—¿Del FBI? —repitió Adan, incrédulo.

—Sí. Llevamos diez años tras Sharon Baker, la misma mujer que tú conociste como Janeth Adams. Tiene más de veinte identidades falsas y desde hace una década ha estafado a hombres con alto poder adquisitivo en varios Estados del país. Se casó con algunos, a otros los chantajeó y extorsionó. Todas las víctimas reportaron pérdidas de millones de dólares.

—¿Cómo saben que es ella? —preguntó Adan, dirigiendo la mirada a su madre, que claramente conocía a los agentes mejor que nosotros.

—Hijo, no te lo dije antes porque no quería hacerte sufrir más. Pero cuando me llamaste diciendo que esa mujer había regresado, contacté a la policía.

—¿Desde cuándo sabías que era una estafadora, mamá? —Adan apretó los dientes, sin ocultar la furia en su mirada.

—Cuando te aconsejé iniciar el proceso de divorcio, contraté a un detective privado para tratar de encontrarla. Quería asegurarme de que no existía la posibilidad de que volviera, y también descubrir por qué te había robado. El abogado logró vincularla con otra mujer que vivía en Massachusetts bajo una de sus identidades falsas, y la policía ya la buscaba por un crimen similar al que cometió contigo. Pero el detective no logró dar con su paradero. Solo quería que siguieras con tu vida, que volvieras a ser feliz. Pensé que saber que era una mujer que hacía esto con varios hombres no te ayudaría en nada. No creí que regresaría.

—Debiste haberme contado eso, mamá.

—Eso no habría cambiado lo que pasó, hijo.

—Estamos aquí para intentar capturarla —dijo el agente, llamando de nuevo nuestra atención.

—¿Y cómo planean hacerlo? —pregunté.

—Agnes nos contó que exigió un pago de diez millones de dólares para desaparecer. ¿Es correcto?

Asentí con la cabeza.

—Queremos que coordines un encuentro con ella para entregarle el dinero. Cuando aparezca a recoger el maletín, estaremos listos para arrestarla. ¿Puedes hacerlo?

Miré a Adan, quien asintió.

—Puedo hacerlo —le aseguré al agente.

—Haz la llamada y acuerda el lugar de encuentro.

—¿Necesito sacar el dinero?

—No. Tenemos un maletín con billetes falsos que puedes llevar contigo.

—Está bien —dije mientras sacaba el celular del bolsillo. Me alejé algunos pasos hacia una esquina. Marqué el número que Janeth (o como sea que se llamara en realidad) había usado para comunicarse conmigo. Tardó poco más de media docena de tonos en contestar.

—¡Daphne!

—Janeth, tengo el dinero y los papeles del divorcio que gestioné con un abogado. ¿Dónde nos encontraremos para que te los entregue?

—¿Le dijiste algo a Adan?

—Por supuesto que no. Un escándalo ahora arruinaría mi carrera. Solo quiero resolver esto lo antes posible.

—¡Perfecto!

Me dijo la dirección y la repetí en voz alta para que el agente pudiera anotarla. Era en una plaza en los suburbios, y quería que fuera sola. ¿Acaso estaba tan loca como para creer que yo iría cargando diez millones de dólares así como así?

—Nos vemos en una hora. Llega puntual, princesa.

—Ahí estaré.

Cortó la llamada y miré primero a Adan y luego al agente.

—Vamos a preparar todo —dijo él.

Asentí, lista para seguir las instrucciones sobre lo que debía hacer.



Cuarenta y nueve

Mientras Daphne hablaba con los policías y recibía sus instrucciones, tomé a mi madre del brazo y la llevé a un rincón.

—¡Deberías haberme contado eso, mamá!

—Estaba intentando protegerte.

—La verdad era la mejor protección.

—¿Qué diferencia iba a hacer? Ya era tarde, ya te habías casado con esa mujer y te habías involucrado con ella. No había

nada que pudiera hacerse. Saber si era o no una estafadora no iba a cambiar las cosas.

—Tal vez saber que había otros hombres, que no fui el único idiota al que engañó, habría hecho que me doliera menos.

—Lo siento —dijo, bajando la cabeza—. Solo quería protegerte.

—No vuelvas a ocultarme algo así. Soy un hombre y puedo enfrentar mis propias verdades, por más dolorosas que sean.

—Está bien —respondió con una sonrisa forzada.

Me alejé de mi madre. Aunque seguía molesto por lo que había escondido, en ese momento ya no hacía tanta diferencia. Volví junto a Daphne y los agentes.

—Quiero ir con ustedes —anuncié.

—No sé si sea buena idea —replicó uno de los policías.

—Prometo quedarme detrás de ustedes y no hacer nada que interfiera con la operación, pero después de todo lo que esa mujer me hizo, necesito estar ahí.

Los policías se miraron entre sí y finalmente asintieron.



Me quedé dentro de una van estacionada a varios metros del lugar acordado, junto con algunos agentes, mientras otros ya se habían dispersado por la zona para proteger a Daphne.

Ella llegó conduciendo uno de los autos de la familia, el más discreto, y se bajó usando gafas de sol y un pañuelo para disimular su apariencia. Su rostro era tan conocido que llamaba la atención a donde fuera.

Se sentó en una de las bancas de metal, con dos pesadas bolsas de cuero en las manos, y se puso a observar a los niños que jugaban en un pequeño parque. Pasaron algunos minutos hasta que Janeth apareció y se sentó a su lado. En cuanto mi ex esposa tomó una de las bolsas, los agentes salieron de sus escondites y le ordenaron que se detuviera.

Janeth ya estaba esposada y siendo llevada hacia un coche del FBI cuando me permitieron salir de la van y acercarme. En ese instante, un torbellino de emociones giraba dentro de mí, pero no era la rabia lo que predominaba, sino la indignación.

—¡Janeth! —Me planté frente a ella justo antes de que la subieran al auto.

—¿Qué quieres conmigo? —preguntó entre dientes.

—Entiendo que lo único que querías de mí era dinero, pero ¿y Bryan?

—Fue un efecto secundario. El anticonceptivo falló, simplemente pasó. Sabía que si me lo quitaba podría afectar mi relación contigo, y necesitaba que me dieras la clave de la caja fuerte. Después de que el niño nació, prácticamente hacías todo lo que yo decía. Al final, resultó ser una buena herramienta.

—¿Herramienta? —No podía creer que así era como ella veía a mi hijo.

—Señor, necesitamos llevarla —dijo el agente.

—Por favor, saquen a esta mujer de mi vista. —Bufé como un toro furioso. Estaba seguro de que si me quedaba un segundo más frente a Janeth, ya no podría responder por mis actos.

—¿Adan?

Me giré al oír la voz de Daphne, que se encontraba detrás mío. Con solo unos pasos acorté la distancia entre nosotros y la abracé. Janeth estaba arrestada y por fin podía recuperar el control de mi vida, de mis heridas y de los traumas que cargué durante seis años.

—Te amo, mi estrella. —Acaricié su rostro y la besé.



Unos días después…

—¡Papá, papá! —Bryan corrió hacia mí, todo mojado, pasando junto al bar al lado de la piscina. Llevaba flotadores en los brazos y se sacudía como un perrito.

—Hijo, vas a terminar mojando a todos. Deja de hacer eso.

—Ven al agua con nosotros. Está buenísima.

—Después. Ahora estoy conversando.

—¡Bryan! —Daphne le hizo señas desde la piscina—. Ven a jugar con la pelota.

—¡Ya voy! —dijo, dándome la espalda, pero antes de que pudiera volver a correr, lo atrapé por la cintura y lo levanté en el aire.

—Camina despacio, hijo. Si te caes no vas a poder ni jugar ni nadar en la piscina.

—Está bien —refunfuñó, pero caminó más tranquilo cuando lo solté.

—Ser papá a veces parece lo más difícil del mundo —comentó Dean, riendo con cierta incomodidad mientras tomaba un trago del whisky que yo mismo producía.

—Hay cosas, como querer protegerlos de todo, que son instintivas. Otras se aprenden con el tiempo. Ya verás cuando nazca tu hija.

—Y Carol quiere gemelos. —Dylan puso los ojos en blanco—. Ni sé cómo mamá pudo criarnos sin volverse loca.

—Ah, claro que se volvió loca más de una vez. —Se rió Dean.

Mientras ellos se miraban, saqué una cajita de terciopelo del bolsillo y la puse sobre la mesa.

—¿Eso es...? —empezó a decir Dean.

—Un anillo de compromiso. —Abrí la caja.

—¿Vas a proponerle matrimonio a Daphne? —preguntó Dylan, diciendo lo obvio.

—Sí. Es la mujer ideal para mí y para mi hijo. —Miré de reojo hacia la piscina, donde ella jugaba con Bryan—. Nadie nos ha hecho tan felices como ella. No estoy pidiendo su permiso, pero espero contar con su apoyo.

—Admito que cuando supe de ti, del tipo con el que Daphne estaba saliendo, me preocupé. Un hombre casi doce años mayor, divorciado, con un hijo y una ex loca que aparece a exigir cosas... pensé que no eras el indicado para mi hermana. —Dylan cruzó los brazos y me sostuvo la mirada—. Creí que ella solo estaba rebelándose y que pronto dejaría de tomarte en serio. Pero después de pasar estos días con ustedes, puedo decir que no la veía tan feliz con nadie desde hace mucho. Si ella acepta la propuesta, no me voy a oponer.

—Ni yo —agregó Dean, sirviéndome otro poco de whisky.

—Gracias. —Levanté el vaso para brindar con ellos y volví a guardar el anillo en el bolsillo.



Cincuenta

Una semana después...

Pasamos un tiempo con mi familia, pero Adan tuvo que volver a Tennessee. Las clases de Bryan ya habían comenzado y él necesitaba encargarse de algunos pendientes del hotel y de la destilería que ya no podían resolverse a distancia. Regresé con él para que pudiéramos estar juntos antes de que yo tuviera que ir a Hollywood a concretar los últimos detalles de la película.

Adan estacionó el auto frente a la cabaña donde nuestras madres nos habían encerrado y rodeó el coche para abrirme la

puerta y ayudarme a bajar. Me sorprendió que estuviéramos ahí; había pasado el día con él en la destilería y pensé que volveríamos al hotel.

—¿Qué vinimos a hacer aquí?

—Es una sorpresa —dijo, mientras me arrastraba suavemente hacia la puerta. Apenas la abrió, reveló un camino de pétalos de rosa que llevaba hasta una pequeña mesa redonda decorada para la cena.

—¡Guau! —Me quedé con la boca abierta ante tanto romanticismo—. Me encantó la sorpresa.

—Esto apenas comienza...

La sonrisa de Adan me provocó un escalofrío.

—¿Y qué más debería esperar?

—Dejaría de ser sorpresa si te lo dijera. —Se rió, y yo fruncí el ceño.

Lo tomé por el cuello de la camisa y lo atraje hacia mí, robándole un beso. Con mi lengua dentro de su boca y el deseo recorriéndome el cuerpo, intenté desabotonarle la camisa, pero Adan sujetó mi mano y se apartó. Fruncí los labios como niña malcriada.

—Tranquila. Dejemos eso para el postre.

—¿Y si quiero el postre primero? —Lo miré con picardía—. Tengo más hambre de ti que de cualquier otra cosa.

—¡Qué impulsiva!

—A veces sí.

—Espera, quiero hacer algo primero. —Sacó una cinta roja del bolsillo y yo retrocedí un paso.

—¿Vas a atarme otra vez?

—No. Voy a vendarte.

—¡Adan!

—Vamos, date la vuelta.

Accedí con una mezcla de miedo y curiosidad. Me colocó la cinta sobre los ojos y la ató detrás de mi cabeza. Se me erizó la piel cuando sopló aire tibio cerca de mi oído. Luego apartó mi cabello y besó mi cuello. Pensé que empezaría a recorrerme con las manos, encendiendo mi cuerpo con sus caricias, pero solo sostuvo mi cintura y me guió hacia una de las habitaciones de la cabaña.

Cuando se detuvo detrás de mí y sentí su cuerpo pegado al mío, contuve la respiración esperando lo que haría. ¿Me lanzaría sobre la cama y me haría el amor con los ojos vendados? No sonaba nada mal. Sin embargo, desató la venda y la dejó caer de mis ojos. Estos se llenaron de lágrimas en cuanto vi lo que había sobre la cama.

Varias velas encendidas le daban al cuarto un ambiente todavía más romántico y, sobre las sábanas blancas, estaba escrito: *¿te quieres casar conmigo?*, con un anillo de compromiso colocado entre dos corazones.

—¡Adan! —Estaba temblando. No sabía si llorar o gritar de felicidad.

—Mi amor —me abrazó por detrás, rodeándome con ternura—, ¿te quieres casar conmigo? —susurró bajito en mi oído.

Había estado esperando ese momento con ansias, pero no imaginé que tomaría la decisión tan pronto.

—¡Sí! Claro que sí.

Adan tomó el anillo, con un diamante rodeado de pequeñas piedras azules en forma de corazón, y lo deslizó en mi dedo antes de besarlo.

Me giré en sus brazos, quedando de frente a él, y lo besé. Esta vez no me detuvo cuando intenté desabotonarle la camisa; al contrario, me ayudó a quitársela más rápido. Retrocedí hasta caer sobre la cama con él encima mío.

—¿Hacemos un rapidito? —murmuró, mordiéndome el labio inferior mientras deslizaba sus manos cálidas y pesadas por mis muslos, levantando la falda de mi vestido.

Extendí la mano y bajé el cierre de su pantalón. Esa acción fue suficiente para darle una respuesta. Adan se bajó el pantalón y la ropa interior, luego deslizó mi tanga de encaje y me la quitó. Me penetró de un solo empuje firme que me hizo gemir fuerte. Bajó el tirante de mi vestido hasta que uno de mis senos quedó expuesto y lo tomó con la boca, chupando y mordisqueando mi pezón.

Fui arrastrada por una ola de placer intensa y solo podía gemir, moviendo mi cadera para unir aún más mi cuerpo al suyo con cada embestida firme que hacía dentro mío. Lo hice girar sobre la cama para quedar encima de él y pude ver en su rostro cuánto estaba disfrutando mientras cabalgaba sobre su cuerpo.

Adan bajó la otra tira de mi vestido y sonrió al ver mis senos al descubierto, siguiendo el ritmo de mis movimientos. Estiró una mano y acarició mi clítoris. Eché la cabeza hacia atrás y gemí sin reservas, sintiendo cómo el orgasmo se acercaba poco a poco con la creciente tensión entre nuestros cuerpos.

Apoyé las manos en su pecho y me moví con más fuerza hasta que el éxtasis me arrasó por completo. Me desplomé sobre él, jadeando con el corazón acelerado, y Adan me besó mientras también alcanzaba la cima de su placer.

—¿Cuándo le diremos a Bryan que vamos a casarnos? —Acaricié su pecho, escuchando el latido de su corazón.

—Él ya lo sabe, en parte.

—¿Cómo que ya lo sabe? —Fruncí el ceño.

—Me preguntó si nos íbamos a casar y dijo que solo faltaba que yo te hiciera la propuesta. Que con que tú dijeras que sí, ya estaba.

—¿Y si yo hubiera dicho que no?

—¿Tú ibas a decirme que no?

—Era poco probable. —Me reí.

—Creo que podemos hablar con él mañana, ahora que ya es oficial.

—Sí. —Sonreí, pensando que por fin estaba a punto de tener lo que siempre había deseado: una familia con un hombre increíble que me amaba por quien soy.



DAPHNE

EPÍLOGO

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Dean me miró con cautela.

Asentí con la cabeza, sonriéndoles.

—Estoy completamente segura.

—¿No sería mejor elegir solo a uno? —Dylan cruzó los brazos.

Negué con la cabeza.

—Papá ya no está. Mi boda es en unas semanas y quiero que los dos me acompañen al altar.

—¿No crees que mamá y Agnes van a pensar que es exagerado?

—¿En serio, Dylan? —Bufé—. Ustedes hicieron una boda doble, ¿por qué yo no puedo caminar hasta el altar con mis dos hermanos mayores?

—Está bien, hermanita. —Dean se levantó de la silla y vino a abrazarme—. Vamos a acompañarte los dos.

Dylan se unió al abrazo y me apretaron como si yo fuera el relleno de un sándwich, pero tenerlos cerca me hacía feliz, incluso si a veces sentía que me asfixiaban. Si había algo en lo que mi madre había acertado al criarnos, era en esa necesidad constante de mantenernos unidos.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal





[1] En inglés, el nombre Angel se escribe sin tilde en la letra A (a diferencia del español) y suele utilizarse como nombre femenino.